

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**SAN PÍO DE PIETRELCINA
ESTIGMATIZADO DEL SIGLO XX**

LIMA – PERÚ

SAN PÍO DE PIETRELCINA, ESTIGMATIZADO DEL SIGLO XX
P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

Primera edición,
3.000 ejemplares

Nihil Obstat
P. Ignacio Reinares
Vicario Provincial del Perú
Agustino Recoleta

Imprimatur
Mons. José Carmelo Martínez
Obispo de Cajamarca (Perú)

Hecho el Depósito legal en la Biblioteca nacional del Perú N°
ISBN:
Dirección: Parroquia La Caridad - Pueblo Libre
Teléfono: 4615894

LIMA – PERÚ

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

CAPÍTULO I: Sus primeros años.

Sus padres. Infancia y adolescencia.

CAPÍTULO II: Vida religiosa

La vocación. Noviciado. Sacerdocio. Los votos. Su carácter.

Llamado a filas. San Giovanni Rotondo.

CAPÍTULO III: Sus sufrimientos

Enfermedades. El diablo.

Noche del espíritu. Transverberación y llagas.

CAPÍTULO IV: Calumnias.

Problemas y acusaciones. El padre Gemelli.

Intervenciones del Santo Oficio.

La Segregación (1931-1933). Emanuele Brunatto.

Visita de Mons. Maccari. El banquero de Dios.

CAPÍTULO V: Dones sobrenaturales.

Bilocación. Perfume sobrenatural. Éxtasis.

Luces sobrenaturales. ¿Vivir sin comer?

Fiebre altísima. Levitación. Conocimiento sobrenatural.

Profecía. Milagros.

CAPÍTULO VI: Ministerio de la confesión.

Padre Pío confesor. Grandes convertidos.

CAPÍTULO VII: Sus grandes amores.

Jesús Eucaristía. La Virgen María.

Los santos. El ángel custodio. La Iglesia y el Papa.

Defensa de la Iglesia. Las almas del purgatorio.

CAPÍTULO VIII: Sus obras.

Casa Sollievo della Sofferenza. Grupos de oración.

Otras obras.

CAPÍTULO IX: Más allá de la vida.

Su muerte. Su glorificación.

REFLEXIONES. DATOS BIOGRÁFICOS.

CONCLUSIÓN y BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

San Pío de Pietrelcina es un santo místico y estigmatizado, cuya vida nos pone en comunicación con el mundo sobrenatural. Su vida fue una continua inmolación por la salvación de los demás. A pesar de tantas calumnias y ofensas que recibió, siempre perdonó sin guardar rencor para nadie. Sus enemigos hasta llegaron a poner micrófonos en su celda y en la hospedería para tratar de descubrir sus supuestas *inmoralidades*. Y todo lo supo soportar con paciencia, ofreciéndolo como víctima por la salvación del mundo. Llevó durante 50 años las llagas de Cristo, siendo un verdadero Cristo viviente.

Era un sacerdote santo y muchos se convirtieron al confesarse con él o asistir a su misa. Dios le concedió grandes carismas. Como el don de bilocación, discernimiento de corazones, profecía, perfume sobrenatural, don de hacer milagros...

Que Dios nos dé, por su intercesión, la gracia de no contentarnos con una vida mediocre, sino de aspirar siempre a la santidad. Su vida es un camino de luz para nosotros y una reafirmación de las verdades fundamentales de nuestra fe católica.

Nota.- *Positio* se refiere a la *Positio super virtutibus* en 7 tomos (I,1; I/2; II, III/1; III/2; IV; IV/A), presentados en la Sagrada Congregación para las Causas de los santos con toda la información auténtica y abundante de los testigos para el Proceso de la beatificación y canonización del padre Pío de Pietrelcina.

CAPÍTULO I

SUS PRIMEROS AÑOS

SUS PADRES

Vivían en el pueblecito de Pietrelcina a 12 kilómetros de Benevento y 50 de Nápoles. Actualmente tiene unos 3.400 habitantes, pero en los primeros años de la vida de nuestro santo tenía unos 4.250. Su caída se debió a la emigración de los lugareños en busca de un futuro mejor, especialmente a países como Estados Unidos, Canadá, Brasil o Argentina.

El pueblo está situado en una zona agrícola ondulada de colinas a una altura de 351 m. sobre el nivel del mar. Al casarse sus padres, el 8 de junio de 1881, se fueron a vivir a una casita de una sola habitación de planta baja, que fue de su propiedad desde el primer momento. Se dedicaban a la agricultura y tenían un terreno propio de una hectárea en el lugar llamado *Piana Romana* a media hora, a las afueras del pueblo.

A su padre Grazio Forgione le llamaban tío Horacio o tío Razio. Era analfabeto, pero enérgico, inteligente y hábil para el trabajo. A su madre, María Giuseppa di Nunzio, la llamaban Mamma Peppa. Era de agradable figura, de carácter decidido, seria, respetuosa y religiosa. Formaban un matrimonio muy unido en medio de los trabajos y limitaciones de la vida diaria.

Tuvieron siete hijos: Miguel (1882-1967); Francesco, que no vivió ni un mes; Amalia (1885-1887); Francesco (padre Pío); Felicita (1889-1918), Pellegrina (1892-1944) y Grazia (sor Pía), que vivió de 1894 a 1969.

Era una familia pobre y religiosa, donde nunca faltó lo suficiente para vivir, aunque no disponían de dinero en efectivo. El padre Pío dirá años más tarde: *En mi casa era difícil encontrar diez liras, pero nunca faltaba nada*¹.

Cuando creció y quiso ser religioso, su padre decidió emigrar para hacerlo estudiar. Primero fue a Nueva York, en Estados Unidos, desde 1898 a 1903. Más tarde, en 1910, fue a Argentina, donde estuvo siete años.

Su padre murió en octubre de 1946, estando en san Giovanni Rotondo, cerca del convento de su hijo en la casa de María Pyle, la americana. Murió el 7

¹ Positio III/1, p. 11.

de octubre, estando presente el padre Pío, quien lo visitó varias veces en los últimos días de su enfermedad².

Su madre murió el 3 de enero de 1929 también en san Giovanni Rotondo en la misma casa de María Pyle, bienhechora de los padres capuchinos. Su madre había ido a visitarlo para pasar las Navidades de 1928 con su hijo. Iba todos los días a misa para recibir la comunión de sus manos, a pesar del intenso frío. La noche de Navidad, después de la misa de medianoche, se enfermó de pulmonía doble. El padre Pío estuvo a su lado hasta el último momento, llevándole la comunión todos los días y administrándole los últimos sacramentos. Cuando expiró, el padre Pío se deshizo en lágrimas. Era un llanto de amor y repetía: *Mamma mia, bella mammetta mia*. Su madre tenía 70 años y fue sepultada en el cementerio de san Giovanni Rotondo, vestida de terciaria franciscana. Las exequias fueron impresionantes y participó toda la población.

Fue un verdadero triunfo de oraciones y de flores. Un homenaje a la madre de un gran santo, que no sólo lo trajo al mundo sino que lo supo guiar en sus primeros pasos por el camino de Dios. ¡Cuántos sacerdotes deben su vocación al amor y a la fe de sus madres!

INFANCIA Y ADOLESCENCIA

Nació Francesco Forgione di Nunzio, nuestro santo, el 25 de mayo de 1887 en Pietrelcina y fue bautizado al día siguiente en la iglesia de santa Ana por el padre Nicolantino Orlando. Le pusieron por nombre Francesco por la devoción que su madre tenía al santo de Asís.

Siendo de pocos meses de nacido, una noche puso nervioso a su padre, que estaba cansado del trabajo del día y no podía dormir por los gritos del niño. Tomó a Francesco y lo tiró sobre la cama, diciendo: *¡Ni que me hubiese nacido un diablo en vez de un cristiano!* Mamma Peppa reprendió al papá, mientras recogía ansiosa al niño que de la cama se había caído al suelo. Pero no se había hecho nada. Lo cierto es que muchos años más tarde papá Grazio aseguraba que, desde ese día, nunca más molestó durante la noche³.

El padre Clemente de santa María in Punta manifiesta que, según le dijo la mamá del padre Pío: *Obedecía siempre a sus padres. Por la mañana y por la tarde iba a hacer una visita a Jesús y a la Virgen a la iglesia. Alguna vez le decía*

² Positio II/1, p. 789.

³ Positio III/1, p. 13.

*su madre: Francisco, ¿por qué no vas a jugar con los otros niños? Pero él no quería, porque blasfemaban y evitaba la compañía de los que mentían o tenían malas costumbres*⁴.

El padre Agustín de san Marco in Lamis, su director espiritual, afirma en su “*Diario*”: *Los éxtasis y apariciones comenzaron a sus cinco años, cuando tuvo el pensamiento de consagrarse para siempre al Señor y fueron continuos. Interrogado de por qué los había ocultado tanto tiempo respondió que creía que eran cosas normales que sucedían a todos. Por ello un día me preguntó: “¿Y usted no ve a la Virgen?”. Y al decirle que no, añadió: “Lo dice por humildad”*⁵.

Su otro director, el padre Benito de San Marco in Lamis afirma: *A los cinco años sintió necesidad de entregarse totalmente al Señor... Se le apareció en el altar mayor el Corazón de Jesús, le hizo señas de acercarse y le puso la mano sobre su cabeza para manifestarle su contento por su consagración. Y el pequeño Francesco sintió el firme propósito de entregarse a Él y amarlo totalmente*⁶.

Las vejaciones diabólicas comenzaron también a sus cinco años bajo formas obscenas, humanas y sobre todo bestiales. Decía el padre Pío: *“Mi madre apagaba la luz por la noche y se ponían a mi lado muchos monstruos y yo lloraba. Encendía la luz y yo callaba, porque los monstruos desaparecían. De nuevo la apagaba y de nuevo me ponía a llorar por los monstruos”*. Don Nicolás Carusa añade: *“Más de una vez Francesco me decía, cuando venía a la escuela, que, al volver a casa, encontraba en el umbral un hombre vestido de sotana que no le quería dejar pasar. Francesco se detenía, venía un niño descalzo, hacía la señal de la cruz y el de sotana desaparecía. Entonces, Francesco entraba en la casa”*⁷.

A los seis años sus padres le encomendaron dos ovejas para llevarlas a pastar. Con ellas se iba cada día a *Piana Romana*, donde poseían un pequeño terrenito. Allí jugaba con su amigo Luigi Orlando, otro pastorcito, o se dedicaba a la oración.

El padre Tarsicio Zullo refiere que *su padre lo llevó cuando tenía unos ocho años al santuario de san Pellegrino a Altavilla Irpina. Allí vio a una madre que rezaba por su hijo deforme, que llevaba en brazos, pidiendo a san Pellegrino que se lo curase. El pequeño Francesco Forgione quedó conmovido de la fe de la*

⁴ Positio II, p. 500.

⁵ Position III/1, p. 14; Padre Agustín, *Diario*, san Giovanni Rotondo, 1971, p. 44.

⁶ *Ibídem*.

⁷ Fernando da Riese Pío X, *Padre Pío de Pietrelcina*, Ed. Centro de Propaganda, Madrid, 1989, p. 30.

señora y de sus lágrimas. Él mismo se unió a la madre para pedir la curación. Su padre quería sacarlo de la iglesia y él le pedía que le dejara un momento más. A un cierto momento, la madre le dijo a san Pellegrino: “Si no me escuchas, tómalo”. Y lo dejó sobre el altar. Apenas el niño deforme tocó el altar, quedó curado. La multitud se emocionó y casi se aplastan unos a otros por el entusiasmo del milagro. El padre Pío contaba que su padre se preocupó de que le pasara algo ante la avalancha de gente. Sus paisanos de Pietrelcina, muchos años después, recordaban este suceso diciendo: “¿No habrá sido éste el primer milagro hecho por el padre Pío?”⁸.

Amaba la soledad y entre los nueve y once años se hacía cerrar en la iglesia por el sacristán, fijando con él la hora en que debía irle a abrir, pero sin decirle nada a nadie⁹.

El padre Marcelino Iasenzanero declaró: *Teniendo unos diez años, el niño Francesco fue enviado a “Piana Romana”. El tío Pellegrino le dio un dinero para que le comprara un cigarro y una caja de fósforos. Al regresar de la tienda, Francesco quiso saber a qué sabía el cigarro. Encendió el cigarro y aspiró una bocanada. De pronto, se encontró con que se le revolvió el estómago y se mareaba. Al llegar donde su tío, le contó con sinceridad lo que le había pasado y, desde entonces, puso una barrera entre él y el humo*¹⁰.

A esa misma edad cayó gravemente enfermo, debiendo guardar cama más de un mes. Su madre, preocupada, rezaba a la patrona de Pietrelcina, la Virgen de la Libera. Como estaban en tiempo de la siega, su madre preparó un plato de pimientos para los trabajadores. El padre Pío recordaba: *Sentí el olor de los pimientos y se me abrió el apetito. Mi madre se fue con la mitad de los pimientos y dejó la otra mitad en casa. Me levanté, y me comí todos los pimientos que había dejado mi madre y me quedé profundamente dormido. Al regresar mi madre, me encontró todavía durmiendo, la cara roja y empapado de sudor. Los pimientos habían hecho de somnífero y poco después de purga. Al día siguiente estaba restablecido y con salud*¹¹.

Un día su madre oyó ruidos y vio que se daba latigazos con una cadena de hierro. Le preguntó: “¿Por qué lo haces, hijo mío? La cadena te hace mal”. Y él respondió: “Me debo golpear como los judíos golpearon a Jesús hasta hacerle

⁸ Positio I/1, p. 603.

⁹ Positio II, p. 501.

¹⁰ Positio I/1, p. 600.

¹¹ Positio II, p. 501.

salir sangre, pero yo no quiero que me salga sangre”. La pobre madre sufría y, cuando sentía que su hijo se daba golpes, se alejaba con lágrimas en los ojos¹².

Un día el padre Orlando Giuseppe tuvo que reprenderlo por desobedecer a su madre que le preparaba la cama por las tardes y él prefería dormir en el suelo, teniendo una piedra por almohada¹³.

Teniendo diez años y después de haber estudiado algo con el profesor Cosimo Scocca y Mandato Saginario, sus padres lo encomendaron a Domenico Tizzani, que había sido sacerdote. Estaba casado, tenía una hija y le cobraba cinco liras al mes. Siendo ya sacerdote, el padre Pío tuvo la alegría de reconciliar con la iglesia a su maestro Tizzani y confesarlo antes de morir. *Cada vez que recordaba este episodio, levantaba los ojos al cielo y se emocionaba hasta no poder casi hablar, mientras imploraba la divina misericordia¹⁴.*

En la escuela todos lo reconocían como un alumno serio y piadoso. Un día sus compañeros de clase quisieron hacerle una mala jugada. Le pidieron a una compañera que le escribiera una carta de amor. Sus compañeros se la pusieron a él en el bolsillo y le manifestaron al maestro que estaba enamorando a su compañera y que en el bolsillo tenía una carta de amor. El maestro lo registró y la encontró, pegándole una buena tunda. Al día siguiente, la misma compañera, arrepentida, aclaró las cosas.

Otro compañero, por envidia de que Francesco, como acólito, era bien considerado por el párroco y los otros sacerdotes, escribió una carta anónima en la que decía que cortejaba a la hija del jefe de estación del pueblo, una jovencita que raramente iba a la iglesia y que Francesco ni la conocía apenas. El párroco lo reprendió y le prohibió ayudar en la misa. Después de las investigaciones correspondientes, el acusador tuvo que admitir que él había escrito la carta por envidia¹⁵.

Hubiera querido hacer la primera comunión antes de los once años, que era la edad establecida. Su abuelo intercedió ante el párroco, pero no lo consiguió. Tuvo que esperar como todos a los once años. La hizo en 1899.

El 27 de setiembre de 1899 recibió también la confirmación de manos del arzobispo de Benevento. Quince años más tarde, cuando siendo joven sacerdote preparó a 450 niños de Pietrelcina para la confirmación, recordaba el día de su

¹² Positio I/1, p. 606.

¹³ Positio III/1, p. 16.

¹⁴ Fernando da Riese Pío X, o.c., p. 304.

¹⁵ Positio I/1, p. 604.

confirmación diciendo: *Lloraba de consuelo en mi corazón con esta ceremonia sagrada, porque me acordaba de lo que el Espíritu Paráclito me había hecho sentir el día en que recibí el sacramento de la confirmación, día único e inolvidable para toda mi vida. ¡Qué suaves emociones me hizo sentir ese día ese Espíritu consolador! Con el recuerdo de ese día me siento enteramente devorado por una llama muy viva que quema, consume y no causa dolor*¹⁶.

CAPÍTULO II

VIDA RELIGIOSA

LA VOCACIÓN

Desde muy niño sintió Francesco inclinación a la vida de piedad y se entregó totalmente a Dios. Por ello, pensó en dedicarle su vida como religioso. Pero ¿por qué escogió ser capuchino y no otra Orden religiosa?

Durante su infancia llegaba de vez en cuando a Pietrelcina el hermano capuchino Camillo da Sant'Elia a Pianisi, con su larga barba, con la sonrisa a flor de labios y amigable con todos. Siempre tenía imagencitas, medallas, castañas, nueces etc., para los niños. Francesco lo observaba, lo escuchaba y lo seguía. En su mente estaba constantemente presente su figura y, por eso, cuando a los 16 años quiso dejar el mundo, pensó hacerse capuchino como fray Camilo.

Su tío Pellegrino prefería que fuera a otro convento, porque decía que los capuchinos estaban muy flacos y hacían mucha penitencia, pero Francesco no quería saber nada de otras Órdenes. El padre Pío, siendo ya anciano, decía: *La barba de fray Camilo se había quedado fija en mi cabeza y nadie me la pudo quitar de la mente*¹⁷.

Además Dios lo había escogido para una misión especial en el mundo y se lo manifestó por medio de una visión, que él cuenta en tercera persona. *Cierto día, mientras estaba meditando en el problema de su vocación y sobre cómo podría hacer para dar el adiós definitivo al mundo y dedicarse todo a Dios, su alma fue arrebatada y llegó a ver con los ojos de la inteligencia objetos diferentes de los que se ven con los ojos del cuerpo. Vio a su lado un hombre de presencia majestuosa, de extraordinaria belleza y esplendente como el sol. Lo*

¹⁶ Carta al padre Agustín del 12 de mayo de 1914.

¹⁷ Positio II, p. 502.

tomó a él de la mano y le dijo: “Ven conmigo, porque tienes que combatir como un guerrero valiente”. Lo condujo después a un campo extensísimo donde había una gran multitud de hombres. Eran dos ejércitos colocados frente a frente.

De una parte había hombres de rostros bellísimos, vestidos con vestiduras blancas; y de otra, hombres de aspecto horrible, vestidos de negro y que aparecían como sombras oscuras. Entre unos y otros había un gran espacio y he aquí que el guía lo coloca en medio de ellos. Entonces ve cómo se aproxima un hombre de extraordinaria estatura, tan alto que parece tocar con su frente las mismas nubes, de rostro feísimo. El personaje luminoso le advierte que debe combatir con ese terrible monstruo, pero él sintió un pavor indecible. Entonces oyó que le dijo: “Es inútil toda resistencia. Tienes que luchar con él. Avanza valerosamente, yo estaré junto a ti. Yo te ayudaré. ¡No permitiré que te derrote! Como premio de la victoria te regalaré una espléndida corona”.

Fue aceptado el combate. El choque fue espantoso, terrible; pero, al fin, con la ayuda del guía luminoso, lo derrotó y lo puso en vergonzosa huida. El monstruo, rabioso, se refugió detrás de la multitud de hombres de horrible aspecto. La otra muchedumbre de hombres de hermoso aspecto explotó en aplausos y gritos de júbilo. Y le pusieron una espléndida corona sobre la cabeza, pero le fue mandada quitar por el personaje luminoso mientras le decía: “Tengo reservada para ti otra mucho más hermosa, si consigues luchar siempre bien contra este perverso personaje contra el que has combatido hoy. Ten presente que ha de volver una y otra vez al asalto. Combate valerosamente y no dudes nunca de mi ayuda¹⁸”.

El significado de esta visión lo entendió mejor cinco días antes de su partida para el noviciado. Era el 1 de enero de 1903. Su alma se vio envuelta en una luz interior muy intensa. Penetrado de esa luz purísima, comprendió de forma clarísima que la entrada al convento para dedicarse al servicio del celestial Rey, implicaba exponerse a la lucha contra aquel hombre monstruo del infierno con el que había trabado una dura batalla en la visión anterior¹⁹.

Esta visión fortaleció su alma para dejar el mundo y entregarse a Dios. La última noche de su estancia en el pueblo, antes de partir al convento, tuvo otra visión: Vio a Jesús y María que, con toda su majestad, lo animaron y le aseguraron su protección. Jesús posó su mano sobre su cabeza y esto lo hizo

¹⁸ Sáez de Ocáriz Leandro, *Pío de Pietrelcina*, Ed. San Pablo, Madrid, 1999, pp. 44-45; Epistolario, cuarta edición, *san Giovanni Rotondo*, 2007, pp. 1280-1282.

¹⁹ Ib. p. 46; Epistolario, p. 1283.

*fuerte para no derramar ni una lágrima al despedirse, a pesar de su profunda tristeza*²⁰.

El día en que Francesco debía irse al convento, se quedó en la iglesia a rezar. Al ir a su casa, encontró mucha gente que acompañaba a su madre. Al ir a abrazarla, ella se desvaneció y, al volver en sí, le dijo: “*Hijo mío, perdóname. Siento que se me destroza el corazón, pero san Francisco te llama y tú debes irte*”. Sacó del bolsillo un rosario y se lo dio, diciéndole: “*Tómalo, te hará compañía en mi lugar*”. El padre Pío, cada vez que contaba este episodio, se conmovía hasta las lágrimas²¹. El 6 de enero de 1903 partió para el convento de Marcone.

NOVICIADO

Partió con el maestro Caccavo y otros dos niños del pueblo. Al llegar a Marcone lo recibió fray Camilo, quien lo abrazó con simpatía y alegría, diciéndole: *Bravo, Francesco, has sido fiel a la promesa y a la llamada de san Francisco*²².

El 22 de enero de 1903 vistió el hábito de novicio capuchino, llamándose Pío de Pietrelcina. Su mayor mortificación la tenía en el comedor, pues comía poquísimo y debía dar cuenta al padre maestro o al guardián (Superior), si dejaba algo y porqué. En ese tiempo estaba flaco, pero saludable. Cuando hacía la oración en común lo hacía sobre la Pasión del Señor, lo que le hacía llorar, dejando sobre el pavimento un pequeño charco de agua. Por ello, tuvo que poner un pañuelo en el suelo para que así no se viera el agua²³.

Su profesión religiosa de votos temporales, por tres años, fue el 22 de enero de 1904. Para ese acontecimiento llegó su madre, su hermano mayor, Miguel, y su tío Ángel Antonio. Su madre lo abrazó después de la ceremonia y le dijo: *Hijo mío, ahora sí que eres todo un hijo de san Francisco*.

El día 25, acompañado del padre Pío de Benevento, fray Pío y fray Anastasio partieron hacia el convento de sant'Elia a Pianisi para continuar sus estudios.

²⁰ Positio III/1, p. 38; Epistolario, p. 1284.

²¹ Positio II, p. 295.

²² Positio III/1, p. 46.

²³ Positio III/1, p. 50.

En el mes de setiembre de 1905, estaba una noche orando en su celda y sentía en la habitación de al lado un ruido como si fray Anastasio estuviese dando vueltas por no poder dormir.

Después de un rato, se asomó a la ventana y, al decir: ¡Fray Anastasio!, vio un gran macho cabrío del que sobresalía medio cuerpo, pero que al momento se lanzó fuera, sobre el techo de la leñera, y desapareció. Al día siguiente, le preguntó a fray Anastasio qué había pasado en su habitación. Él, sorprendido, le respondió que hacía más de un mes que ya no dormía en aquella habitación. Entonces, fray Pío se convenció de que aquella horrible bestia había sido el demonio bajo la figura de un macho cabrío²⁴.

Otro día, estando ya en Montefusco, salieron los estudiantes de paseo hacia una zona cercana al convento en que había arboles llenos de castañas. Fray Pío llenó un saquito de ellas y se las envió a su tía Daría como reconocimiento por el bien que le había hecho cuando era niño, pues lo había hecho dormir en su casa y lo había tratado como a un hijo. Ella tiró las castañas y conservó el saquito. Pasado el tiempo, el día en que se casaba su última hija, fue a buscar algo en una caja donde los hijos y el marido guardaban pólvora. Tenía en la mano una lámpara de aceite encendida y se desprendió una chispa. La pólvora explotó y su rostro quedó negro como un paño negro. Tía Daría, acordándose del saquito de fray Pío, se lo envolvió en la cara y su cara quedó normal. Este hecho lo contó la misma protagonista, cuando en 1918 llegó a Pietrelcina la noticia de las llagas del padre Pío²⁵. Algunos han considerado este caso como el primer milagro del padre Pío.

El 27 de enero de 1907, en el convento de sant'Elia a Pianisi, emitió sus votos perpetuos. En octubre de ese año partió con sus compañeros a san Marco la Catola para estudiar filosofía. Allí encontró al padre Benito de san Marco in Lamis y al padre Agustín de san Marco in Lamis, que serían sus directores espirituales y a quienes escribió desde otros conventos muchas de sus cartas.

Durante sus años de estudiante de filosofía y teología, los superiores tuvieron que enviarlo varias veces a su pueblo, porque los médicos le habían diagnosticado tuberculosis pulmonar y querían evitarle observar la severa regla capuchina, además de evitar el posible contagio a sus compañeros.

El año 1908 se enfermó gravemente con mucha fiebre, fuertes dolores en los pulmones y vómitos de sangre, que no le permitían tomar ni siquiera una

²⁴ Positio I/1, p. 633.

²⁵ Positio II, p. 1027.

cucharada de alimento durante días. Los médicos estaban desconcertados, pues la fiebre había días que le subía hasta el límite del termómetro y desaparecía sin explicación posible. Sin embargo, fray Pío había manifestado claramente a sus Superiores: *Mi enfermedad, por una gracia especial de Dios, no se contagia*²⁶.

Durante su estancia en el pueblo para respirar aire más sano y puro, seguía avanzando en sus estudios y los sacerdotes del pueblo le daban clases particulares. De modo que el 18 de julio de 1909 pudo ser ordenado diácono por Monseñor Benedetto, obispo de Termopoli. Y después continuó estudiando teología y liturgia con don Salvatore Pannullo, párroco de Pietrelcina.

SACERDOCIO

Los Superiores, pensando que no viviría mucho, dado su grave estado de salud, obtuvieron una dispensa de nueve meses sobre la edad canónica, que era de 24 años, y fue ordenado sacerdote a los 23 años en la catedral de Benevento, en la capilla de los canónigos, el 10 de agosto de 1910. Ese día de su ordenación sacerdotal renovó su ofrecimiento de víctima por la salvación del mundo²⁷.

Los Superiores le obsequiaron un cáliz y ornamentos propios para su uso personal, a fin de no contagiar a otros sacerdotes. Dos años más tarde, el 9 de agosto de 1912, escribía al padre Agustín: *Mi pensamiento vuela al hermoso día de mi ordenación sacerdotal. He comenzado a gozar de nuevo la alegría de aquel día sagrado para mí. Desde esta mañana he disfrutado del gozo del paraíso. ¿Qué será cuando lo gustemos eternamente? El día de san Lorenzo (de 1910) fue el día en que mi corazón estuvo más encendido de amor por Jesús. ¡Qué feliz fui y cuánto gocé aquel día!*

El 4 de agosto celebró su primera misa solemne en Pietrelcina. El 17 de agosto le escribe a su director el padre Benito: *Por varios días he estado un poco enfermo a causa de la demasiada emoción de estos días. Mi corazón está rebosante de alegría y desea cada vez con más fuerza tener alguna aflicción para ofrecérsela a Jesús*²⁸.

Después de su ordenación sacerdotal tuvo que permanecer varios meses en su pueblo por causa de su enfermedad. Los Superiores, viendo que su enfermedad iba para largo y que no podía cumplir sus deberes religiosos, ya que,

²⁶ Positio I/1, p. 553.

²⁷ Positio I/1, p. 647.

²⁸ Positio I/1, p. 647.

cuando lo enviaban a un convento, se enfermaba más gravemente, pensaron seriamente en pedir para él la salida de la Orden para que fuera sólo sacerdote diocesano. El general de la Orden se lo comunicó. Esto le hizo sufrir mucho, pues quería vivir y morir como fraile capuchino.

En un éxtasis de 1911 se lamentaba con su padre san Francisco y le decía: *“Padre mío, ¿ahora me sacas de la Orden? Por caridad, mejor hazme morir”*. Pero el padre san Francisco le reveló que permanecería en su casa con el hábito, sin salir de la Orden hasta que el Señor dispusiera otra cosa²⁹.

Felizmente, el general de la Orden reconsideró la decisión y pidió a Roma solamente el permiso para permanecer fuera de la Orden, siendo capuchino. Así obtuvo permiso de 1911 a 1914. De hecho, estaría en su pueblo hasta 1916.

En ese tiempo hubiera deseado ayudar al párroco en las confesiones; pero, a pesar de pedir insistentemente al padre provincial que le obtuviera el permiso para confesar, se lo negó, diciendo que estaba enfermo y que, si estuviera sano, no estaría en su casa.

El padre Tarsicio dice que durante los años 1910-1916, que el padre Pío permaneció en su pueblo de Pietrelcina, *daba catecismo a los niños y preparaba los cantos para el mes de mayo y la Semana Santa, ya que tenía una bella voz. Celebraba la misa hacia las cinco y media de la mañana durante una hora y media. Cuando estaba en éxtasis durante la misa o en otras horas del día, volvía en sí cuando el arcipreste Salvatore Pannullo se lo pedía mentalmente. Todo esto me lo ha confiado su sobrina Graziella*³⁰.

Dice el padre Agustín, su director espiritual: *En Pietrelcina sólo sabía algo de los fenómenos sobrenaturales del padre Pío, el arcipreste Pannullo, pues yo le informé, dado que el padre Pío debía confesarse con él mientras estaba en el pueblo. Ya entonces la gente lo consideraba un santo. Una vez, una persona me dijo: “Si usted nos lo quita, le rompemos la cara”. Y en una ocasión me amenazaron de verdad*³¹.

Un día, después de la misa, el padre Pío se fue a dar gracias detrás del altar y cayó desvanecido. A mediodía todavía no despertaba. El sacristán lo vio en tierra como muerto y corrió a decírselo al arcipreste, quien le dijo que no se

²⁹ Positio II/1, p. 111.

³⁰ Positio I/1, p. 641.

³¹ Ib. p. 642.

preocupara que ya “resucitaría”. Fue a la iglesia y dijo: “Padre Pío, vuelve en ti”, y así lo despertó. El padre Pío preguntó:

- ¿Qué hora es?
- Ya es pasado el mediodía.
- ¿Me ha visto alguien?
- No, no te ha visto nadie.

*El padre Pío se frotó los ojos y salió. Esto lo contaba Rosina Panullo, sobrina del arcipreste*³².

El 17 de febrero de 1916 los Superiores intentaron de nuevo enviarlo al convento de Foggia y allí estuvo siete meses en el convento de santa Ana. El mismo día de su llegada fue a visitar a su hija espiritual, la señorita Raffaelina Cerase, que estaba muy grave.

LOS VOTOS

El padre Pío fue un religioso auténtico que guardó con perfección los tres votos de pobreza, castidad y obediencia. Tenía costumbre de hacer una inclinación de cabeza cada vez que encontraba al Superior, como reverencia hacia él. Cuando estaba enfermo y le mandaban tomar medicinas, las tomaba por obediencia, aunque supiera que le iban a hacer daño. *A quien se lo hacía notar, respondía: “La santa obediencia lo quiere así”*³³. Y solía decir: *Quien obedece, no se equivoca. La obediencia es madre y custodio de toda la virtud. La obediencia da seguridad perfecta. La obediencia transforma toda ocupación en virtud. Quien obedece, nunca pierde y siempre gana*³⁴.

El padre Plácido Bux, compañero del padre Pío en el noviciado, declaró que unos meses después de la aparición de las llagas, le pidió al provincial, autorización para sacarle unas fotografías con las manos desnudas (sin guantes). Llegó a san Giovanni Rotondo y le ordenó al padre Pío quitarse los guantes y cruzar las manos sobre el pecho. El padre Pío le dijo: *Plácido, ¿bromeas o estás loco? Si quieres fotografiarme, hazlo pronto, pero no me quito los guantes*. El padre Plácido le recordó que venía con autorización del padre provincial y obedeció, aunque con disgusto, inclinando la cabeza. De esta fotografía se han hecho miles de copias donde se ven nítidamente las llagas en el centro de las manos³⁵.

³² Ib. p. 645.

³³ Positio II, p. 628.

³⁴ Positio II, p. 1084.

³⁵ Positio I/2, p. 2079.

En cuanto a la pobreza, siempre la vivió en plenitud. En su habitación nunca tuvo lujos, sino lo estrictamente necesario o lo que le ordenaba el Superior. Hasta 1935 tuvo en su celda un colchón de paja, pero el Superior le obligó a cambiarlo por otro mejor. Y así en otras cosas. Un día el señor Capetta quiso regalarle una pluma Parker, pero la rechazó, diciéndole que no era apropiada para un capuchino.

En cuanto a la comida era muy parco. El padre Rafael, su Superior, dice que en el año 1926 en que el padre Pío era director espiritual de los estudiantes: *Casi no comía, parecía un pajarito. Un bocado de pasta, alguna tajada de patatas, algún pedacito de pescado, un bocado de pan y nada más. Cuando había terminado, yo les pasaba sus platos a los colegiales que tenían más necesidad. Y entonces él inclinaba la cabeza sin mirar a nadie y rezaba el rosario. Y así todos los días*³⁶.

Fray Modestino declaró: *Un día lo observé en el comedor y, al terminar de comer, recogió las migas de pan con el índice de la mano derecha y se las llevaba a la boca. Parecía estar purificando la patena sobre el altar*³⁷.

El padre Agustín, en su *Diario*, escribe el 17 de febrero de 1946: *El padre Pío come poquísimo, apenas unos veinte gramos de alimento cada 24 horas y, sin embargo, no baja de peso, soportando como si nada el trabajo del confesionario durante muchas horas. Parece que su vida sea un milagro viviente y constante. Algún día ha quedado en cama con fiebre alta, pero, al día siguiente, se ha levantado para celebrar la misa y confesar como si nada hubiera sufrido*³⁸.

En los últimos años de su vida, tomaba por la mañana, después de la acción de gracias de la misa, una tacita de café en la que echaban alguna vitamina. Pero, durante muchos años, sólo comió al mediodía. Normalmente nunca comía chocolate o dulces, helado o fruta. Si tomaba alguna menta, era para refrescar la garganta. A veces tomaba un poco de vino blanco. En los últimos años, también en la cena tomaba un poco de queso fresco, pero nunca se acostumbró a echar sal a la comida.

Con relación a la pureza, fue siempre muy estricto. ¡Y pensar que fue esta virtud la que más atacaron sus perseguidores! El padre Agustín, su director

³⁶ Positio I/1, pp. 781-782.

³⁷ Positio II, p. 133.

³⁸ Positio I/1, p. 945.

espiritual, pudo decir: *Estoy dispuesto a jurar que ha conservado hasta ahora su virginidad y no ha pecado contra esta angélica virtud ni siquiera venialmente*³⁹.

El padre Adriano Leggieri, que lo conoció desde niño, aseguró que *se transparentaba en toda su persona la virtud de la pureza. Su mirada, aunque estuviera con gente, parecía ausente, absorto en Dios*⁴⁰.

El padre Miguel Colasanto dice que *parecía un ángel de carne por su pureza. Su rostro parecía el de un niño inocente. El padre Rómulo Pennisi, que era de su edad, aseguraba que había conservado la inocencia bautismal*⁴¹.

El padre Honorato Marcucci afirma que era muy reservado y cuidadoso de su pureza. *Cuando era anciano y yo debía hacerle la limpieza incluso de las partes más delicadas, él repetía constantemente jaculatorias como “Dios mío, ayúdame”, “Madre mía, ayúdame”*⁴².

El padre Amadeo Fabrocini refiere: *Nunca he visto en él un gesto indecoroso. Sus modales estaban siempre llenos de modestia. Jamás se ha arremangado los brazos o descubierto parte de su cuerpo ni aun en los días más calurosos*⁴³.

Él mismo decía que *no había besado nunca a una mujer ni siquiera a su propia madre.*

SU CARÁCTER

El padre Pío medía 1.66 m. de estatura, pesaba unos 83 kilos y tenía unos ojos vivos y brillantes. Era muy sensible a las atenciones que le hacían los demás. Intuía a distancia sus deseos y trataba de darles contento en la medida de sus posibilidades. Hasta el perrito del convento se sentía feliz a su lado.

Si encontraba abierta la puerta que daba al huerto, entraba al convento y se iba a la celda del padre Pío. Percibía perfectamente por el olfato si el padre estaba dentro, raspaba entonces con sus patas la puerta, gruñía y no cesaba de llamar hasta que el padre Pío le abría. Y no se iba de allí hasta que lo acariciaba cariñosamente y le advertía: *Bien, bien, ya basta, ahora vete.*

³⁹ Positio III/1, p. 420.

⁴⁰ Positio I/1, p. 584.

⁴¹ Positio I/1, p. 585.

⁴² Positio II, p. 10.

⁴³ Positio II, p. 20.

El padre Pellegrino escribió en sus *Testimonios: No es fácil expresar con palabras el sentido de la bondad y de la humanidad que brillaba en sus ojos tan luminosos*⁴⁴.

También tenía mucho sentido del humor y contaba anécdotas y chistes ocurrentes para alegrar a los hermanos. Cuando le pedían que les contara algún hecho interesante, les preguntaba: *¿Quieren de primera, de segunda o de tercera categoría?*

Un día estaba conversando con algunas personas y se le acercaron dos médicos. Dijo: *¿Saben cómo está un enfermo entre dos médicos? Como un ratón entre dos gatos.*

A un impertinente que le preguntaba: *¿Por qué yo no amo a Jesús como usted?, le respondió: ¿Y por qué no lo amo yo como tú?*

A un visitante, que se declaraba pecador y lo tenía sujeto por los pies, le tuvo que decir: *Porque tú seas pecador, ¿me vas a comer a mí los pies?*

Un día lo visitó el presidente del Consejo de ministros de Italia, don Antonio Segni. Era el 22 de noviembre de 1959. Llegó acompañado de un brillante cortejo y todo lo hacían con mucho protocolo. Al presentarle a uno de ellos le dicen: *El señor Russo*. Y él, tratando de cortar la seriedad, dice: *Señor presidente, ¿por qué me ha traído sólo un ruso? ¿Por qué no me ha traído todos los rusos que ha podido?* Esto rompió la etiqueta y todos se rieron complacidos.

Y, sin embargo, a pesar de su dulzura y amabilidad en el trato normal, cuando estaba confesando y se trataba de la salvación de las almas, era muy exigente y no aceptaba componendas. A veces manifestaba su carácter fuerte, cuando algunas personas se le echaban encima para abrazarlo o besarle las manos sin consideración e incluso cuando querían robarle algún objeto personal como reliquia. Algunos hasta llegaron a cortarle pedacitos de su hábito. En esos momentos, gritaba para que lo dejaran pasar y no andaba con miramientos. En el confesonario rechazaba también sin contemplaciones a las mujeres que iban con minifalda e incluso con vestidos cortos o sin mangas.

Y como veía el corazón de las personas y quería su bien, a muchos los mandaba retirarse del confesonario hasta que se prepararan mejor o cambiaran de vida.

⁴⁴ Pellegrino de Sant'Elia, *Testimonianze*, pp. 11-115

Al padre Carmelo, su Superior, le manifestó en una ocasión que él también sufría al rechazarlos, pero añadió: *Yo trato a las almas según se lo merecen delante de Dios*. Al padre Tarsicio de Cervinara le declaró: *Yo amo a las almas como amo a Dios*. Por eso, no podía ser débil con los pecados de los penitentes y los corregía con fuerza. Especialmente luchaba mucho contra los pecados del aborto, del adulterio, de faltar a misa los domingos, la indecencia en el vestir, la blasfemia o los pecados contra la eucaristía⁴⁵.

Sobre la blasfemia se cuenta de él un caso cuando, siendo joven sacerdote y estando en su pueblo, iba un día por un camino bordeado de arbustos y escuchó a un campesino decir una blasfemia contra la Santísima Virgen. *Quedó consternado e indignado. Se acercó al blasfemo y le dio una bofetada. Al preguntarle el interesado que por qué lo hacía, le respondió:*

- *¿No ves que te faltaba poco para volver a blasfemar?*⁴⁶.

LLAMADO A FILAS

Corría el año 1915, en plena guerra mundial. Italia estaba en guerra contra Austria. El padre Pío tuvo que presentarse el 6 de noviembre de 1915 al centro de reclutamiento de Benevento para ir a la guerra. Se presentó en el cuartel y el capitán médico le diagnosticó tuberculosis, enviándolo al hospital militar de Caserta. Estuvo allí 10 días, ya que el coronel médico que lo volvió a examinar, lo declaró apto para el servicio. El 5 de diciembre recibió órdenes de presentarse en la décima compañía de sanidad de Nápoles. Al llegar, pidió que lo examinara un médico, quien lo dispensó de llevar el uniforme militar y le permitió alojarse en el exterior. El 17 una comisión de médicos lo examinó de nuevo y le concedió un permiso extraordinario de un año para restablecerse por tener una infiltración en los pulmones. Tuvo que regresar a su pueblo.

El 16 de diciembre de 1916 se le acabó el permiso y tuvo que presentarse al cuartel de Nápoles. Otra vez lo examinaron y le concedieron otros seis meses de convalecencia.

El 20 de agosto de 1917 tuvo que pasar otra revisión médico-militar y, a los pocos días, el coronel médico lo declaró apto para servicios internos.

⁴⁵ Positio II, p. 625.

⁴⁶ Padre Constantino Capoblanco, *Paroles et anecdotes de padre Pío*, Resiac, 1986, pp. 8-9.

Durante algunas semanas tuvo que conocer la vida del cuartel y los ejercicios de instrucción militar superficial. Metido en su uniforme militar, hacía guardias, barría el cuartel, llevando recados y obedeciendo a sus Superiores. Pero esta vida le resultaba muy pesada para su espíritu por las blasfemias de sus compañeros y por sus malas costumbres. Además no podía celebrar la misa y su salud empeoraba cada día hasta llegar a vomitar sangre. Desde Nápoles escribía el 26 de agosto de 1917 al padre Benito, su director: *Estoy extremadamente desconsolado por no poder celebrar la misa. Falta capilla y no tengo permiso de salir fuera. ¡Qué desolación! Ojalá que el Señor pueda sacarme de esta cárcel tenebrosa.*

En otra carta al mismo padre Benito del 4 de setiembre, le dice: *Todo mi cuerpo es un cuerpo patológico: catarro bronquial difuso, aspecto esquelético, nutrición mezquina y así todo.* Se sentía tan mal que pensaba que moriría. El 19 de setiembre de 1917 le escribe: *¿Me libraré el Señor de la vida militar? ¿Moriré en el convento o en el cuartel?*

Por fin, después de 147 días de vida militar, fue liberado. Así se lo escribe al padre Benito en carta del 15 de marzo de 1918: *Estoy superlativamente alegre, la gracia de Dios me ha liberado completamente de la vida militar. No veo la hora de partir, pues estoy lleno de piojos hasta en los cabellos.*

Sin embargo, también reconoce que, a pesar de tanto sufrimiento por sus enfermedades, especialmente en el cuartel, donde no podía ni celebrar la misa, su estadía en la vida militar había sido más provechosa que un retiro espiritual y había ofrecido sus dolores por su patria. No se desentendía de los avatares de la guerra. El 24 de agosto de 1917 tuvo lugar la gran derrota de los italianos en Caporetto donde murieron 40.000 hombres, fueron heridos 90.000 y hechos prisioneros 300.000. El general en jefe del ejército italiano, general Cardona, fue sustituido por el general Armando Díaz y, no soportando la deshonra de la derrota, desesperado y deprimido, quiso suicidarse. Una noche había dado orden al centinela de no hacer pasar a nadie, pues no quería que lo perturbasen.

Llovía y los truenos se alternaban con el estallido de los cañones austriacos y los relámpagos lucían en la oscuridad. El general se decidió, tomó una pistola de su cajón y quiso quitarse la vida. Pero en ese preciso instante vio delante de sí la figura de un fraile y sintió un extraño perfume de rosas y violetas. Antes de preguntarle quién era y quién le había hecho entrar, se sintió abrazar por él y oyó una voz que le hablaba en nombre de Dios y le invitaba a tener coraje y a dejar el arma. El general Cardona, arrepentido de su debilidad, quiso hablar con el fraile, pero desapareció.

El comandante pensó continuamente en ese fraile. Terminada la guerra, vio su foto en un periódico y supo que se llamaba Pío. No perdió el tiempo y se precipitó a san Giovanni Rotondo, donde lo reconoció y esperó que pasara ante él. Cuando el padre Pío estuvo cerca, le dijo: *General, cómo te librate aquella noche*⁴⁷.

SAN GIOVANNI ROTONDO

El padre Paolino, Superior del convento de san Giovanni Rotondo, visitando el convento de Foggia, invitó al padre Pío a pasar unos días de descanso en su convento de san Giovanni Rotondo. El padre Pío llegó el 28 de julio de 1916. Los días que permaneció estuvo bien de salud. Visto lo cual, el padre provincial, padre Benito, su director espiritual, le pidió que permaneciera allí de modo provisional, pero el Señor lo quería allí para siempre y allí se quedó hasta el fin de sus días.

Le encomendaron la dirección espiritual de los *fratrini*, unos 30 estudiantes de 11 a 16 años que aspiraban a la vida religiosa. A ellos los confesaba y les daba charlas espirituales.

Uno de ellos recordaba: *Un día salimos de paseo y, al llegar a un lugar de descanso, nos reunimos con el padre Pío para que nos contara alguna anécdota, pero aquel día el padre estaba triste. En un cierto momento estalló en llanto y dijo: “Uno de vosotros me ha traspasado el corazón”. Sentimos una gran curiosidad sobre qué había pasado. Entonces él, muy serio, nos dijo: “Esta mañana uno de vosotros ha hecho una comunión sacrílega. Y yo mismo se la he dado durante la misa conventual”. Ante esas palabras, uno de nosotros cayó de rodillas y, llorando, dijo: “He sido yo”. El padre lo hizo levantar y nos hizo alejar para hablar a solas con él. Lo confesó y continuamos el paseo*⁴⁸.

El padre Emilio de Matrice contaba que en el año 1916, siendo estudiante en el convento de san Giovanni Rotondo, el padre Pío era director espiritual de los colegiales y dormía en una habitación junto al dormitorio de ellos. *Una noche le oí repetir: “Madre mía, Virgen María, ayúdame”. Oía carcajadas horribles, ruidos de hierros que se retorcían y cadenas que se arrastraban por el suelo. Yo estaba casi sin respirar de miedo.*

⁴⁷ Positio IV, problemi storici, pp. 535-536.

⁴⁸ Positio III/1, pp. 131-132.

A la mañana siguiente vi que los hierros que sostenían las cortinas de su cama estaban retorcidos en tierra y el padre Pío estaba con un ojo hinchado y sentado en una silla. Yo le dije: “Padre, padre, ¿qué ha pasado esta noche?”. Él me dijo que debía estar callado y que fuera a llamar al padre Paolino que dormía en otra celda.

Todos los colegiales querían saber qué había pasado al padre Pío. Un día, ante nuestra insistencia, nos reveló el secreto. Declaró: “¿Queréis saber por qué el demonio me dio unos buenos bastonazos? Por defender como padre espiritual a uno de vosotros. Estaba con una fuerte tentación contra la pureza y, mientras invocaba a la Virgen, me pedía ayuda también a mí. Inmediatamente, corrí en su ayuda, rezando el rosario y hemos vencido. El joven tentado se libró de la tentación y se durmió hasta la mañana, mientras yo continué la lucha. Fui golpeado, pero gané la batalla”. Desde aquel día, antes de acostarnos, rezábamos todos tres avemarías a la Virgen para que guardara nuestra pureza⁴⁹.

Otro suceso lo refiere el padre Jacinto D’Addario en sus *Testimonios* sobre el padre Pío: *Un día estaba yo triste, porque no recibía noticias de mi casa. El padre Pío se me acercó y me dijo: “No te preocupes, quédate tranquilo, están todos bien y ahora recibirás una carta”. Algunos minutos después, llegó fray León con la correspondencia y me entregó una carta de la familia⁵⁰.*

A la vez que era director de los estudiantes, la gente del pueblo comenzó a visitarlo y a confesarse con él. Así se formó un grupo de unas 30 mujeres que eran sus hijas espirituales y a quienes también daba charlas espirituales.

CAPÍTULO III

SUS SUFRIMIENTOS

ENFERMEDADES

El padre Pío, desde jovencito, padeció muchas enfermedades misteriosas, que dejaban atónitos a los médicos, pues aparecían y desaparecían sin causa razonable. Desde el principio los médicos hablaban de tuberculosis pulmonar. Los médicos militares le diagnosticaron infiltración en los ápices pulmonares. Con frecuencia tenía fiebres altísimas que rompían los termómetros normales y

⁴⁹ Positio I/1, p. 701.

⁵⁰ Positio I/1, p. 1282.

dejaba boquiabiertos a los médicos. El padre Agustín en su *Diario* habla de distintas enfermedades. Aparte de la tuberculosis, resfriados fuertes con tos, que no le dejaban dormir. También sufría de cólicos renales y dolores artríticos. Tuvieron que operarlo de una hernia inguinal.

En 1946 sufrió de un reuma en el brazo derecho, que no lo podía mover. Muchas veces sentía dolores en todo el cuerpo; otras veces tenía fuertes dolores de oídos, especialmente en noviembre de 1958, en que sufrió una otitis dolorosa. En 1959 sufrió también de pleuritis. Pero lo que más le hizo sufrir fueron las calumnias que propagaron sobre su supuesta inmoralidad. Sobre esto hablaremos en otro capítulo.

EL DIABLO

Pero no sólo eran los dolores físicos y las calumnias lo que lo convertían en un Cristo viviente, asociado a la Pasión del Señor, sino también los asaltos del enemigo infernal a quien llamaba *cosaco*, *barbazul* o *Belcebú*. Se le presentaba de diferentes formas, lo golpeaba, lo tiraba de la cama, lo arrastraba por la habitación y lo tentaba de desesperación.

En 1911, estando en el convento de Venafro, se le apareció el demonio en forma de gato negro y horrible. Una vez se presentaron varias jóvenes desnudas, bailando provocativamente. Otra vez le escupieron en el rostro sin aparecerse. En ocasiones lo aturdían con ruidos ensordecedores.

En una oportunidad se le apareció en forma de verdugo que lo flageló. También se le presentó en forma de crucifijo o de un joven, amigo de los religiosos, que hacía poco los había visitado. Un día se apareció bajo la forma de su padre espiritual y hasta del padre provincial. Otro día se le presentó bajo la figura del Papa Pío X. Otras veces se presentaba como si fuera su ángel custodio o san Francisco o la Virgen María.

A veces, era uno solo, pero otras veces eran muchos. Él los reconocía pidiéndoles que repitieran con él: *¡Viva Jesús!*, que ellos no querían repetir. *Casi siempre, después de estas apariciones diabólicas, se le aparecía Jesús, María o su ángel custodio*⁵¹.

Algo que al diablo le disgustaba tremendamente era que el padre Agustín fuera su director espiritual. En una carta del 14 de octubre de 1912 le escribe: *El*

⁵¹ Positio I/1, p. 659.

diablo no quería que en la última carta le informara sobre la guerra que me hace. Como no quería escucharlo, comenzó a sugerirme: “¡Cómo agradarías a Jesús, si rompieras toda relación con tu padre espiritual! Él es muy peligroso para ti, es un objeto de gran distracción para ti. El tiempo es muy precioso y no deberías emplearlo en esta peligrosa correspondencia con tu padre, emplea ese tiempo en rezar por tu salud que está en peligro. Si sigues así, ten en cuenta que el infierno está siempre abierto para ti”.

En otra carta al padre Agustín, del 18 de enero de 1912 le dice: *Barbazul no se quiere dar por vencido. Ha tomado casi todas las formas. Desde hace varios días me viene a visitar junto con sus otros satélites, armados de bastones y objetos de hierro. ¡Cuántas veces me ha tirado de la cama, arrastrándome por la celda! Pero ¡paciencia! Jesús, la Mamá celeste, el angelito, san José y el padre san Francisco están casi siempre conmigo⁵².*

En carta del 13 de diciembre de 1912 le dice al mismo padre Agustín: *La otra noche barbazul se me ha presentado bajo la figura de un sacerdote nuestro, transmitiéndome una orden severísima del padre provincial de no escribirle más, porque es contrario a la pobreza y un grave impedimento para la perfección. Confieso mi debilidad, padre mío, lloré amargamente, creyendo que era una realidad. Y no hubiera sospechado ni lo más mínimo que era un engaño de barbazul, si mi angelito no me hubiera descubierto el engaño. El compañero de mi infancia trata de aliviar los dolores que me dan estos apóstatas impuros.*

Estando el padre Pío en Foggia en 1916, cuenta en sus *Memorias* el padre Paolino: *Cada tarde, cuando los hermanos estaban en la cena, en la habitación del padre Pío, que estaba enfermo en cama, se sentían unos tremendos ruidos como si un bidón de benzina hubiera caído con todo su peso sobre el pavimento de la celda del padre Pío. Los religiosos se espantaban el oír esos tremendos ruidos, que se repetían todos los días a la misma hora. Corrían a su celda y lo encontraban en cama palidísimo, tan angustiado que no podía ni pronunciar una palabra y sudando tanto que, al quitarle la camisa, parecía que la hubieran metido y sacado de una tina con agua.*

Cuando llegué a Foggia y me lo contaron, no podía creerlo. Por eso, quise quedarme durante la cena en la celda del padre Pío para ver si el demonio se atrevía a hacer algo en mi presencia. Pasaba el tiempo y, viendo que no pasaba nada, le dije que iría a cenar cuando salieran los hermanos. Cuando los hermanos estaban saliendo del comedor, salí y, apenas puse el pie en el primer escalón para bajar, oí el tremendo ruido que me sacudió de la cabeza a los pies,

⁵² Positio III/2, p. 1155.

por ser la primera vez que lo oía. Regresé aprisa a la celda y lo encontré palidísimo como siempre. Le ayudé a cambiarle la ropa y me di cuenta de que era cierto lo que me habían contado.

El provincial, padre Benito, llegó a Foggia, pues los ruidos ya se repetían hacía un mes y la Comunidad estaba espantada, viviendo sobresaltada. El provincial le pidió al padre Pío que le rogara al Señor que, por el bien de la Comunidad, hiciera cesar aquellos ruidos... El Señor oyó su oración y cesaron los ruidos volviendo la calma al convento, pero no cesaron los asaltos del demonio, que escogía siempre la misma hora de la cena para atormentar al padre Pío. Por eso los hermanos, cuando después de la cena iban a visitarlo, lo encontraban en las mismas condiciones de antes: pálido, angustiado, sin fuerzas y totalmente bañado en sudor. Y esto duró muchísimo tiempo⁵³.

El mismo padre Pío declaró: Una noche se me echaron varios encima y me golpearon emitiendo gritos desesperados, tirando por el aire libros, sillas, guantes... y me amenazaban y me maldecían. Desde ese día, cada día me molestan, pero no me aterrorizo... Me querían hacer entender que estaba rechazado por Dios⁵⁴.

*Un día el padre Pío bajó a confesar a los hombres a la sacristía y sólo había un hombre vestido de negro. Comenzó la confesión y se acusó de muchos pecados. No terminaba nunca. El padre Pío lo escuchaba con paciencia, pero después lo animó a hacer penitencia y a rezar el acto de contrición para no ofender más a Jesús. Pero, al oír pronunciar el nombre de Jesús, aquel hombre desapareció y una especie de temblor sacudió la sacristía. El padre Pío fue al pasillo a preguntar si habían visto salir a alguien. Pero nadie lo había visto. Entonces dijo entre sí: *Era él, el monstruo de belcebú*⁵⁵.*

Una tarde, dice el padre Alessio Parente: Después de haberle ayudado a meterse en la cama, me retiré a mi celda y, a los pocos minutos, sonó la campanilla. Acudí a ver qué deseaba. Me miró y se sonrió sin decir nada. A los cinco minutos, pasó lo mismo. Y así unas cuatro veces. Por fin le dije: “Déjame descansar”. Y me respondió: “Hijo mío, quédate aquí y descansa en el sillón, porque los diablos no me dejan en paz ni un minuto”⁵⁶.

⁵³ Positio I/1, pp. 687-689.

⁵⁴ Positio III/1, p. 774.

⁵⁵ Positio III/1, p. 818.

⁵⁶ Positio II, p. 206.

NOCHE DEL ESPÍRITU

El padre Pío también debió sufrir intensamente por el aparente abandono de Dios. La noche del espíritu es una etapa del alma en el camino hacia el matrimonio espiritual, que es la máxima unión con Dios que el alma puede conseguir en esta tierra. En esta etapa, según refiere san Juan de la Cruz: *El alma padece acerca del entendimiento, grandes tinieblas; acerca de la voluntad, grandes sequedades y aprietos; y en la memoria, grave noticia de sus miserias..., no hallando en nada alivio ni aun pensamiento que la consuele, ni aun poder levantar el corazón a Dios... No se puede encarecer lo que alma padece en este tiempo, muy poco menos que un purgatorio*⁵⁷.

Pues bien, el Señor lo estaba preparando para dar un gran paso y debía pasar por esta dura etapa de tinieblas. En junio de 1918 estaba en plena noche del espíritu.

Todo era tinieblas a su alrededor. Le parecía que no podía sostener el peso de la justicia divina y se sentía aplastado por su poderosa mano. Las lágrimas eran su pan noche y día. El 4 de junio de 1918 le escribía al padre Benito: *Estoy cubierto de tinieblas. Busco a mi Dios, pero ¿dónde encontrarlo? Oh, Dios mío, te he perdido y estoy extraviado. Señor, ¿me has condenado a vivir eternamente lejos de tu rostro? ¿Dónde estás, bien mío? Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? Estoy perdido, perdido en lo desconocido. Estoy privado de todo. Tengo hambre del retorno de Dios a mi alma. ¿Dónde puedo reposar mi pobre corazón? Lo busco y no lo encuentro, toco el corazón del divino prisionero y no me responde. ¿Qué es esto? ¿Mi infidelidad lo ha hecho inflexible? ¿Debo renunciar a toda esperanza? Oh, Dios mío, no puedo decir más que ¿por qué me has abandonado?*⁵⁸.

Esta oscuridad total había comenzado el 30 de mayo y terminó de alguna manera el 5 de agosto, al recibir la transverberación, y el 20 de setiembre al recibir lo estigmas. Fueron días de gran sufrimiento en los que se sentía abandonado de Dios, pero fueron necesarios para su purificación total.

TRANSVERBERACIÓN Y LLAGAS

Ya el 23 de enero de 1912 tuvo una transverberación como él lo cuenta en carta del 26 de agosto de 1912 al padre Agustín: *El viernes pasado (23 de agosto*

⁵⁷ Llama de amor viva, 1, 20-21

⁵⁸ Positio I/1, pp. 703-705.

de 1912) *estaba en la iglesia dando gracias después de la misa, cuando inesperadamente, de golpe, sentí que me herían el corazón con un dardo de fuego tan vivo y ardiente que creía morirme. Me faltan palabras adecuadas para hacer comprender la intensidad de esta llama, me es del todo imposible expresar esto. ¿Me lo podría creer? El alma, víctima de este consuelo, quedó muda. Me parecía como si una fuerza invisible me sumergiese todo en fuego. ¡Dios mío! ¡Qué fuego! ¡Qué dulzura! He sentido muchas veces estos transportes de amor y, durante ellos, he permanecido como fuera de este mundo, pero en otras ocasiones este fuego ha sido menos intenso. Esta vez, por el contrario, ha sido tan vehemente y tan fuerte que un instante más y mi alma se hubiera separado del cuerpo. ¡Qué cosa tan hermosa es ser víctima de amor! Pero, al presente, Jesús ha retirado su dardo de fuego, pero la herida es mortal.*

Este fenómeno se repite el 5 de agosto de 1918, como prelude de la estigmatización. Él lo refiere así: *Estaba confesando a nuestros muchachos en la tarde del día 5 cuando, de repente, me sentí dominado por un gran terror a la vista de un personaje celeste que se me presentaba ante la vista de la inteligencia. Tenía en su mano una especie de arnés, instrumento semejante a una larga lámina de hierro con una punta muy afilada y de la punta parecía salir fuego. Ver todo esto y observar como dicho personaje lanzaba dicha lámina de hierro sobre mi alma fue todo uno. Lancé un gemido y me sentí morir. Dije al niño que se retirase, porque me sentía mal y no podía seguir confesando. Este martirio duró sin interrupción hasta la mañana del día 7. Sentía que me arrancaban las vísceras y que todo quedaba sometido a fuego y hierro. Desde aquel día hasta ahora me siento herido de muerte. Siento en lo profundo de mi alma una herida que está siempre abierta y que me hace padecer espasmos⁵⁹.*

Y sigue diciendo: *La herida, que está abierta, sangra y sangra siempre. Eso sólo bastaría para producirme mil y mil veces la muerte. Oh, Dios mío, ¿por qué no muero?⁶⁰*

El padre Paolino, atestiguó: *La herida del costado tiene forma de X, de lo que se deduce que son como dos heridas. Otra cosa que me impresionó es que la llaga tiene las apariencias de una fuerte quemadura, que no es superficial, pues llega hasta el costado⁶¹.*

Sobre la estigmatización hay que decir que, desde 1910, ya sentía los dolores de las llagas, pero invisibles. Se hicieron visibles el 20 de setiembre de

⁵⁹ Carta al padre Benito del 21 de agosto de 1918.

⁶⁰ Carta al padre Benito del 5 de setiembre de 1918.

⁶¹ Positio III/1, p. 167.

1918. Al padre Benito le escribía el 22 de octubre de 1918: *Era la mañana de día 20 del pasado mes de setiembre. Estaba en el coro después de la celebración de la misa, cuando me vi sorprendido por un estado de sosiego semejante a un dulce sueño... Mis sentidos internos y externos estaban en una quietud indescriptible. Se apoderó de mí una gran paz... Y, mientras ocurría esto, me vi ante un misterioso personaje, semejante a aquel que vi en la tarde del 5 de agosto. Sólo se diferenciaba en que éste tenía los pies y las manos y el costado manando sangre abundante. Su vista me llenó de terror. Nunca sabré explicarme lo que sentí en aquellos momentos. Me sentí morir y habría muerto ciertamente, si el Señor no hubiese venido a sostenerme el corazón, que parecía que se iba a salir del pecho.*

*La presencia del personaje desapareció y, entonces, me percaté de que mis manos, pies y costado estaban traspasados y arrojaban sangre a borbotones. La herida del corazón es la que despide de continuo sangre, en especial el jueves por la tarde hasta el sábado por la mañana... Padre mío, temo morir desangrado si el Señor no oye mis gemidos... ¿Me concederá Jesús esta gracia? ¿No quitará al menos de mí esta confusión que experimento por causa de estas señales externas?*⁶².

Al padre José Orlando le explicó lo ocurrido el 20 de setiembre: *Me encontraba en el coro, dando gracias después de la misa, y sentí que poco a poco era llevado a una suavidad siempre creciente, que me hacía gozar mientras oraba; cuanto más oraba, mayor era el gozo. En un determinado momento me hirió la vista una gran luz. No me dijo nada y desapareció. Cuando me di cuenta, me encontré en el suelo, llagado. Las manos, los pies y el costado sangraban y me causaban un dolor tal que no tenía fuerzas para levantarme. A rastras me trasladé del coro del convento y me metí a la cama y recé para volver a ver a Jesús, pero después entré dentro de mí mismo, miré mis llagas y lloré, derritiéndome en himnos de acción de gracias y de petición*⁶³.

Las llagas del padre Pío eran circulares, como de una moneda de dos centímetros de diámetro en las manos y en los pies, en el centro de las manos y los pies. La herida del costado en forma de x, tenía un lado de 7 centímetros de largo y otro de 4 centímetros.

El padre Rafael, que fue su Superior, cuenta lo que le escuchó confidencialmente: *Estaba en el coro, dando gracias después de la misa, y allí en un momento de sopor y de profunda contemplación sobre Cristo crucificado,*

⁶² Carta al padre Benito del 22 de octubre de 1918.

⁶³ Fernando da Riese Pío X, o.c., p .93.

*recibí las llagas en las manos, y en los pies. Del crucifijo, que estaba en el coro, transformado en un misterioso personaje cubierto de sangre, partían haces de luz con flechas y llamas que llegaron a herirme las manos y los pies, porque el costado lo tenía ya llagado desde el 5 de agosto de este mismo año*⁶⁴.

El padre Benito, al recibir la noticia de las llagas, se lo comunicó confidencialmente al padre general de los capuchinos en carta del 24 de abril de 1919. Pero la noticia salió al exterior y pronto dio vuelta al mundo. De modo que llegaron a visitarlo personalidades eclesiásticas y científicas importantes. A partir del 9 de mayo de 1919, ya empezaron a salir artículos en diferentes periódicos de Italia. La primera noticia salió en *Il giornale d'Italia*.

El primer médico que lo visitó y vio sus llagas fue el doctor Luigi Romanelli, el 15 y 16 de mayo de 1919. Según él, las lesiones de las llagas no podían tener un origen natural, ya que el hecho constituía un fenómeno inexplicable para la ciencia humana. El segundo médico que lo visitó fue Amico Bignami, escéptico y racionalista, que escribió en su *Relación* del 26 de julio de 1919: *La impresión de sinceridad que manifiesta el padre Pío me impide pensar en una simulación, pero sin aceptar que las llagas sean de carácter sobrenatural*.

*El doctor Bignami mandó fajar y sellar las llagas en presencia de dos testigos, pensando que, después de ocho días, habrían desaparecido. Al octavo día le quitaron las vendas y salía tanta sangre, mientras él celebraba la misa, que fue preciso enviarle algunos pañuelos para que pudiera secar sus manos. Con esa prueba parece que el Señor iba en contra del juicio del doctor Bignami, el cual, si estuviese vivo, ¿qué diría del hecho de que las llagas permanecen después de 38 años?*⁶⁵.

El tercer médico fue el doctor Giorgio Festa que lo visitó el 9 y 10 de octubre de 1919. Volvió a visitarlo el 15 de julio de 1920. El 5 de octubre de 1925 volverá a examinarlo después de operarlo de hernia inguinal. En esa oportunidad, el padre Pío se desvaneció al llevarlo a su celda y el doctor Festa pudo examinar de nuevo las llagas, constatando que la llaga del costado aparecía fresca y rojiza en forma de cruz y con leves, pero evidentes radiaciones luminosas que salían de sus bordes⁶⁶. El doctor Festa escribió un libro para probar la sobrenaturalidad de las llagas. El libro se titula: *Misteri di scienza e luci di fede. Le stigmati del padre Pio da Pietrelcina, Roma, 1949*.

⁶⁴ Padre Rafael, *Appunti*, en Sáez de Ocáriz Leandro, o.c., p. 122.

⁶⁵ Positio III/1, p. 179.

⁶⁶ Positio IV, *studi particolari*, p. 250.

El 20 de setiembre de 1968 se celebraron los 50 años de la impresión de las llagas. No hubo ninguna solemnidad exterior fuera de una inmensa cantidad de flores, ofrecidas por sus hijos espirituales. También estaba el crucifijo delante del cual recibió las llagas, adornado y rodeado de muchas flores. El padre Pío celebró una misa sencilla, como todos los días, a las cinco de la mañana con la iglesia llena de gente. De la ciudad vino el alcalde y los concejales con muchísima gente a saludarlo.

CAPÍTULO IV

CALUMNIAS

PROBLEMAS Y ACUSACIONES

A partir de 1918 en que aparecieron sus llagas y se difundió la noticia a nivel mundial, hubo personas que no creían en ellas. No faltó quien manifestó su opinión de que el padre Pío y los capuchinos de su convento eran unos farsantes y querían hacer negocio fácil. Mucha gente, incluso importantes eclesiásticos y civiles, empezó a visitarlo para escuchar su misa y encargar misas. Como dejaban abundantes limosnas, los mismos sacerdotes diocesanos del lugar empezaron a criticar a la gente y ver mal que fueran al convento, distante unos dos kilómetros del pueblo.

El doctor Lecce de san Giovanni Rotondo, ateo, habló públicamente en 1919 de que *todo era un exagerado fanatismo de la gente que iba en tropel a ver a un monje enfermo gravemente de tuberculosis pulmonar y a recoger sus salivas sanguinolentas.*

Los sacerdotes diocesanos Principe, Domenico Palladino y Giovanni Miscio fueron al arzobispo Monseñor Gagliardi, denunciando al padre Pío como un inmoral. Concretamente, hacían alusión a que en 1918, durante una enfermedad, el padre Pío había sido instalado en la hospedería del convento donde había sido atendido por varias piadosas mujeres con las que tenía encuentros pasionales. Se referían a tres conocidas beatas Cleonice Morcaldi, Clementina Belloni y la condesa Telfner. Se habían hecho odiosas, porque tenían mucha influencia en el convento y especialmente con el padre Pío. Eran sus hijas espirituales y, con el permiso del Superior, padre Carmelo, en un tiempo ponían orden en las filas de mujeres que querían confesarse. Ellas procuraban sentarse siempre en los primeros puestos de la iglesia para la misa y, con el permiso del

Superior, tenían casi todos los días una charla espiritual con el padre Pío. También ayudaban en otras tareas del convento y de la iglesia. Por eso, otras mujeres les tenían celos y hablaban mal de ellas.

De hecho, algunos sacerdotes del lugar, como hemos mencionado, las acusaron de tener intimidad con el padre Pío con ocasión de haber estado en la enfermería. Pero ¿qué había ocurrido?

Eran los tiempos de la famosa gripe española, que tantos muertos ocasionó. Algunos frailes capuchinos estaban movilizados por la guerra y en el convento apenas estaban dos sacerdotes, el padre Paolino y el padre Pío. El padre Paolino debía multiplicarse y hacer de cocinero para los estudiantes y atender tantas obligaciones del convento. El doctor Merla le aconsejó bajar al padre Pío, que tenía mucha fiebre, a la hospedería, donde se alojaban a veces los padres de los estudiantes. La señorita Rachelina Russo, seria y honorable, lo atendió, al igual que a otros hermanos del convento. Pero de este hecho tomaron pie para calumniar al padre Pío.

También había acusaciones en cartas anónimas de que el padre Pío se veía a solas con mujeres en la iglesia a ciertas horas y de que los religiosos hacían negocio, distribuyendo pedazos de hábito o de cordón o de camisas del padre Pío, así como otros objetos personales del padre Pío, incluso pañuelos manchados de sangre, para sacar dinero.

Los Superiores tomaron nota y prohibieron a los religiosos apropiarse de objetos personales del padre Pío y menos donarlos a extraños. Sin embargo, la situación llegó a tanto que el canónigo Giovanni Miscio amenazó con publicar un libro contra el padre Pío en el que iba a descubrir todas sus inmoralidades y mentiras. Decía que ya había pagado 5.000 liras al editor y que, si se retractaba y no lo publicaba, debía pagar otras 5.000 liras para rescindir el contrato. Era un verdadero chantaje. Pero el hermano mayor del padre Pío, Miguel Forgione, quiso defender a su hermano y acordó con el canónigo pagarle 3.000 liras para rescindir el contrato. El asunto llegó a la policía, quien arrestó a Miscio como extorsionador y fue condenado el 25 de noviembre de 1929 a un año y ocho meses de prisión. Fueron cuatro años de disgustos para el padre Pío, pues insistió ante su hermano para que retirara la demanda y no condenaran al sacerdote; no obstante, su hermano no aceptó sus consejos.

Por ello, al ser condenado el padre Miscio, intercedió por él ante el rey Vittorio Emanuele III en carta del 14 de julio de 1932 para que fuera reintegrado como profesor, pues había perdido su puesto. Y, al salir de prisión, tuvo la alegría de recibirlo y abrazarlo. Ambos se hicieron buenos amigos y durante

varios años el padre Miscio subía frecuentemente a visitar al padre Pío al convento para conversar con él⁶⁷.

EL PADRE GEMELLI

El padre Agustín Gemelli fue a visitar al padre Pío en abril de 1920 y consideró al padre Pío como sicópata, un pobre enfermo, cuyas llagas eran producidas por sugestión. El padre Gemelli, al visitar al padre Pío, quiso verle las llagas, pero el padre Pío le preguntó si tenía un permiso escrito de las autoridades eclesiásticas y, al no tenerlo, no quiso enseñárselas. Y, sin verlas, emitió un juicio negativo sobre las llagas y sobre la persona del padre Pío, a quien consideró por su desplante, poco menos que un enfermo mental. El asunto tuvo mucha transcendencia, pues el padre Gemelli, fundador de la universidad del Sagrado Corazón de Jesús de Roma, era muy conocido en las altas esferas del Vaticano y su opinión fue tomada, no sólo en serio, sino como auténtica. Publicó un artículo titulado *Le affermazioni della scienza in torno alle stigmate di san Francesco in Studi francescani* (él era médico franciscano), revista N° 10 de 1924, pp. 358-404; y también en la revista *Vita e pensiero* N° 10 de 1924, pp. 580-603.

En ellas decía: *Las únicas llagas auténticas de origen sobrenatural son las de san Francisco de Asís y probablemente las de santa Catalina de Siena. Las de san Francisco son auténticas, porque presentaban un carácter neo-formativo y también, porque la Iglesia con su autoridad lo ratificó al autorizar la celebración de un oficio propio. Las llagas de santa Catalina sólo podemos creer que fueron de orden sobrenatural, porque el Papa Sixto V prohibió poner en duda la realidad de sus llagas bajo pena de excomuni6n*⁶⁸.

En la revista *La Civiltà cattolica* se puso en duda estas afirmaciones, considerando que eran inexactas e imprudentes, porque así quería excluir tantas otras estigmatizaciones de la historia y, concretamente, las del padre Pío. Le contestó públicamente el doctor Giorgio Festa, que había estudiado las llagas del padre Pío en varias oportunidades, constatando la sobrenaturalidad de las mismas. El doctor Festa publicó su libro *Misteri di scienza e luci di fede* contra la tesis exclusivista del padre Gemelli⁶⁹.

⁶⁷ Positio I/1, pp. 799-801.

⁶⁸ Positio I/1, p. 259.

⁶⁹ Ib. p. 260.

Cuando le interrogaron al padre Pío sobre las afirmaciones del padre Gemelli, respondió: *Vino acompañado de la señorita Armida Barelli. Hablé muy poco con él. Pero no me vio las llagas. Afirmar lo contrario es una deshonestidad científica*⁷⁰.

Sin embargo, como hemos anotado, las altas esferas eclesiásticas tomaron nota, creyendo que todo era una farsa y enviaron un visitador apostólico para aclarar las cosas.

INTERVENCIONES DEL SANTO OFICIO

La primera visita apostólica enviada por el Santo Oficio (actual Congregación para la doctrina de la fe) tuvo lugar el 14 de junio de 1921 y estuvo a cargo de monseñor Rafael Rossi, obispo de Volterra, carmelita descalzo y más tarde cardenal. Su opinión fue muy favorable al padre Pío e, incluso, él mismo sintió el famoso perfume que el padre Pío dejaba tras de sí. El padre Pío juró ante él de no haber usado nunca perfume sobre su persona y de no haberse procurado las llagas, ni por sí mismo ni por otros⁷¹.

Dejó escrito: *El padre Pío es un buen religioso, ejemplar, ejercitado en la práctica de la virtud, dado a la piedad y quizás elevado en los grados de oración más de lo que aparenta al exterior. Resplandece en particular por su humildad y por su simplicidad incluso en los graves momentos en que se le ha puesto a prueba*⁷².

Después de la visita, el Santo Oficio mandó una comunicación el 2 de junio de 1922 en la que se ordenaba que el padre Pío debía evitar toda singularidad. Debía celebrar la misa, no a hora fija, sino a cualquier hora, de preferencia muy de mañana y en privado, para evitar que la gente acudiera en masa a su misa. Que por ningún motivo debía mostrar sus llagas y menos aún darlas a besar. También se debía cambiar a su director espiritual, el padre Benito, con el cual se le prohibía cualquier comunicación, incluso epistolar. El padre Pío no debía contestar ni por sí mismo ni por otros a las cartas a él dirigidas para pedirle consejo, pedirle gracias o por otros motivos. Aconsejando a los Superiores llevar al padre Pío a otro convento.

⁷⁰ Positio II, p. 1497.

⁷¹ Castelli Francesco, *Padre Pio sotto inchiesta*, Ed. Ares, Milano, 2008, pp. 218-242.

⁷² Ib. p. 55.

Pero los detractores siguieron en su lucha contra el padre Pío y los capuchinos. El 21 de julio de 1922 llegó al padre general una carta del Santo Oficio en la que se decía que habían recibido noticias de que los religiosos del convento de san Giovanni Rotondo se habían peleado entre sí y se habían herido con arma blanca y de fuego, quedando algunos heridos, de modo que había tenido que intervenir la policía para poner paz entre ellos. El motivo decían que era el haberse querido repartir los cientos de miles de liras u otros objetos preciosos que la gente le entregaba al padre Pío. El padre general quiso aclarar las cosas de inmediato y mandó al padre capuchino Celestino da Desio para investigar. Todo se aclaró: habían sido mentiras inventadas por envidiosos malintencionados, pero el Santo Oficio recomendó que trasladaran al padre Pío a otro convento.

El 23 de noviembre de 1922, el padre general le envió al cardenal Merry del Val una larga carta en la que le daba noticias de cómo no había sido posible trasladar al padre Pío, porque el pueblo amenazaba con graves represalias en caso de traslado, como lo reconocían las mismas autoridades civiles y eclesiásticas.

El 31 de mayo de 1923 el Santo Oficio emitió un comunicado, publicado en el *Acta Apostolicae Sedis*, que, traducido del latín, dice así: *Declaración en torno a los hechos que se atribuyen al padre Pío de la Orden de Menores capuchinos. La Suprema Congregación del Santo Oficio... declara que de los hechos que se le atribuyen no consta la sobrenaturalidad de los mismos y exhorta a los fieles a conformarse en su comportamiento de acuerdo a esta declaración. Roma, 30 de mayo de 1923*⁷³.

La mañana del 25 de junio de 1923 el padre Pío celebró la misa en la capilla interna del convento, pero en la tarde la gente exigió que celebrara la misa en público. Esa fue la jornada más difícil en la vida del padre Pío. El padre Ignacio, Prior del convento, en su *Diario* (1922-1925) dice: *Ese día la gente de san Giovanni Rotondo estaba muy agitada ante el temor de que trasladaran a otro lugar al padre Pío y pedían a gritos que lo dejaran celebrar la misa en público.* Había más de 3.000 manifestantes. El padre Ignacio tuvo que aceptar. Al día siguiente, el padre Pío celebró la misa en público.

El día 31 de julio de ese año 1923, el padre general le enviaba una carta al provincial para que destinara al padre Pío al convento de Ancona, usando la máxima reserva con el público para evitar problemas. Pero la gente se enteró y se sublevó, vigilando el convento día y noche para que no cambiaran al padre Pío.

⁷³ Positio II, p. 1438.

A la vez, se organizaron algunas comisiones para interceder por el padre Pío ante el arzobispo y ante el Santo Oficio.

Otro suceso lamentable ocurría el 10 de agosto de 1923. El padre Pío celebraba el aniversario de su ordenación sacerdotal y, después de dar la bendición eucarística, entró a la sacristía. Entonces, se le acercó un joven que, llevando un revólver, se lo apuntó al pecho gritando: *Si no podemos tenerte vivo, te tendremos muerto*. Gracias a Dios fue desarmado y no pasó nada, pero el padre Pío quedó conmovido y escribió delante de Jesús sacramentado una especie de testamento espiritual que dice: *Veo muy oscuro mi futuro y no sé qué harán de mí los Superiores o a qué Comunidad me enviarán. Yo, como hijo de obediencia, obedeceré sin abrir la boca. Pero tengo razones para suponer mi final, conociendo las intenciones de este mi querido pueblo de san Giovanni Rotondo de querer tenerme aquí, si no vivo, al menos muerto*.

Deseo que cualquiera que cumpla este malvado proyecto, no sea sancionado por las autoridades civiles o judiciales ni le apliquen las penas del código penal. No deseo que se le quite ni un pelo por causa mía. He amado a todos, he perdonado siempre y no quiero bajar a la tumba sin haber perdonado a quien quiera poner término a mis días.

*La presente la he escrito delante de Jesús sacramentado con plena lucidez de mente y con el corazón rebosante de amor a Jesús y a todos mis hermanos*⁷⁴.

El 27 de agosto de 1923 el padre Pío le envió una carta al padre Luigi D'Avellino, vicario provincial, en la que le dice: *Si por orden de los Superiores debo partir para otro convento, preveo con toda certeza que, si no asiste Dios de modo particular y peligroso, ocurrirán sucesos luctuosos que afectarán a mis hermanos religiosos tal como amenaza este pueblo excitado, no escuchando ni mis palabras ni las de mis hermanos. Incluso mi vida corre peligro y no son vanas estas amenazas...*

*He obedecido y quiero obedecer siempre, pero tengo el deber de conciencia de pedirle que se haga en condiciones de que mi alma no se haga responsable por la sangre que se derramaría por el hecho de mi obediencia*⁷⁵.

Felizmente ese mismo mes el Santo Oficio mandó suspender por el momento el traslado del padre Pío. En abril de 1924 fue enviado el padre

⁷⁴ Positio I/1, p. 758.

⁷⁵ Ib. p. 760.

Celestino de Desio por segunda vez a hacer otra visita al convento y dio un informe muy favorable al padre Pío.

El 22 de abril de 1925 el padre Bernardo D'Alpicella, comisario, escribió una carta reservada al padre Pío para exigirle que no hablara fuera de confesión con ninguna persona, ni en la sacristía, ni en la hospedería, ni en la portería o pasillos del convento, especialmente si eran mujeres. Que se dedicara especialmente a confesar a los hombres; y a las mujeres las confesara lo menos posible, pero sólo en la iglesia. Esto se debía a que había habido muchas habladurías.

En mayo de 1925, el general de los capuchinos intentó de nuevo cambiar de convento al padre Pío y pidió ayuda al Prefecto de Foggia, pero éste le respondió que había mucho riesgo de graves sucesos para los sacerdotes del lugar e, incluso, para el arzobispo de Manfredonia, que también estaba amenazado de muerte, y todo quedó en nada.

LA SEGREGACIÓN (1931-1933)

Las calumnias contra el padre Pío y los religiosos capuchinos no cesaban. Algunos sacerdotes del lugar decían que los que iban al convento estaban excomulgados. En esto también tuvo responsabilidad el arzobispo, monseñor Gagliardi, que era contrario al padre Pío y prohibió a los sacerdotes ir al convento, aunque fueran para confesarse. Lo cual escandalizaba al pueblo sencillo, que seguía amando al padre Pío y asistía a sus misas con mucha devoción. Pero seguían las cartas anónimas y el mismo arzobispo las hacía llegar al Santo Oficio. Por fin se tomaron medidas extremas. El Santo Oficio emitió un decreto fechado el 23 de mayo de 1931 en el que se declaraba que al padre Pío se le quitaban todas las facultades ministeriales, excepto las de celebrar misa, pero dentro del convento y en una capilla privada, no en la iglesia pública. El texto literal decía: *Patri Pio a Pietrelcina omnes auferantur facultates ministeriales excepta tantum santam missam celebrandi sed intra dumtaxat septam monasterii in sacello interiori privatim non in ecclesia publica*⁷⁶.

Se le prohibía la misa en público y confesar a cualquier persona o hacer cualquier otra acción sacramental del ministerio sacerdotal. Y no podía recibir visitas ni recibir cartas. Sólo podía hablar con los religiosos del convento.

⁷⁶ Positio III/1, p. 374.

El padre Rafael de san Elías a Pianisi, que era el Superior, tuvo la difícil obligación de comunicarle al padre Pío el decreto del Santo Oficio, que llegó con fecha de 9 de junio de 1931. Dice: *Después del rezo de Vísperas tomé fuerzas y lo llamé a solas y le comuniqué que el Santo Oficio le prohibía confesar laicos o religiosos y celebrar la misa en público, debiendo celebrar la misa en estricto privado. Él alzó los ojos al cielo y dijo: “Que se haga la voluntad del Señor”. Después cubrió sus ojos con las manos e inclinó la cabeza. Traté de consolarlo, pero sólo encontró consuelo en la oración, quedando en el coro hasta medianoche. Y nunca manifestó ninguna queja durante los dos años de la prueba, siendo siempre humilde y obediente en todo*⁷⁷.

Durante el tiempo de la Segregación, estaba de dos a tres horas en el altar celebrando la misa. El resto del tiempo lo dedicaba a rezar. También en algunos momentos del día leía libros ascéticos y místicos de los santos Padres. Iba a dormir, no antes de la medianoche, y era él el que despertaba a los religiosos para ir al coro a rezar por la mañana.

Esta situación de Segregación del mundo duró hasta el 14 de julio de 1933. Ese día se le levantaron las restricciones por expreso deseo del Papa Pío XI. Ya podía celebrar la misa en público en la iglesia del convento y confesar sólo a los religiosos, pero fuera de la iglesia. Al recibir la noticia, que le dio personalmente el provincial Bernardo D’Alpicella, estando en el comedor, *el padre Pío se levantó de su sitio y se dirigió a él para besarle la mano y pedirle que le agradeciera en su nombre al Santo Padre. Mientras esto sucedía, todos los religiosos aplaudían y gritaban. ¡Viva el Papa! y ¡Viva el padre Pío!*⁷⁸.

Todavía tenía algunas restricciones. No podía aún confesar hombres o mujeres ni hablar con mujeres o darles a besar su mano y que no entraran en la sacristía o por los pasillos del convento. Su misa debía durar, más o menos, media hora sin contar el tiempo destinado a dar la comunión. Este punto le resultó difícil de guardar, pues a veces se quedaba como extático y no podía físicamente seguir adelante.

Por fin, el 19 de marzo de 1934, se le concedió permiso para confesar hombres y mujeres, aunque sin hablar con nadie antes o después de confesar, quedando especialmente prohibido todavía que hablara con mujeres sin una autorización especial del Superior. A los hombres podía, incluso, confesarlos en el coro o en la sala de visitas.

⁷⁷ Positio I/1, p. 566.

⁷⁸ Positio I/1, p. 864.

EMANUELE BRUNATTO

Fue uno de los grandes convertidos del padre Pío. Había sido buzo en América, sastre de señoras en Milán, jockey en Bolonia, comerciante en Palermo y empresario de una famosa cantante de cabaret en Nápoles. Él cuenta así su conversión: *El fraile (padre Pío) me miró con desdén como si viera venir al diablo. Pensé: ¿éste es el santo? ¿Por qué me mira con tanto odio? Estaba furioso. El capuchino parecía no ocuparse de mí. Huí como un loco de la sacristía y comencé a sollozar como un niño herido, repitiendo constantemente: Dios mío, Señor mío.*

Cuando volví a la sacristía, el padre Pío me esperaba solo. Su rostro, de una belleza transcendental, irradiaba una alegría indescriptible. Sin palabras, me hizo señas de arrodillarme. Los recuerdos del pasado me vinieron como aguas de un torrente en crecida. ¡Cuántos errores cometidos desde mi adolescencia! Le dije:

- *No terminaré jamás de confesarme tantos pecados.*

El padre me dijo:

- *Te has confesado durante la guerra y el Señor te ha perdonado.*

Cuando llegó el momento de la absolución, el padre Pío debió comenzar varias veces, como si luchase con un adversario invisible. Las palabras sacramentales chocaban como flechas lanzadas sobre mi cabeza, mientras de su boca salía un perfume de rosas y violetas que me inundaba el rostro. Al momento de dejar el convento, le pedí bendecir al único objeto decente que encontré en mis bolsillos, un par de guantes blancos, último residuo de mis actuaciones teatrales. Tuvo un pequeño movimiento de sorpresa, pero me sonrió y lo bendijo. Desde aquel día hasta que los perdí, estos guantes emanaron de vez en cuando el perfume que había sentido durante la confesión⁷⁹.

Una vez convertido, quiso quedarse definitivamente a vivir junto al padre Pío. Durante un tiempo le concedieron vivir dentro del convento, ayudando al padre Pío en la misa. Cuando el padre Pío fue segregado en 1931, fue su incondicional defensor. Amenazó con publicar un libro que había escrito, titulado *Gli anticristi nella Chiesa di Cristo* (Los anticristos en la Iglesia de Cristo), donde hablaba de la implicación de algunos altos eclesiásticos.

⁷⁹ Malatesta Enrico, *Padre Pío*, ed. Deltavideo, Milano, 1991, p.57.

La Santa Sede se preocupó y trató de impedir su publicación. El padre Pío le escribió dos cartas, llenas de amor paternal, para que no publicara el libro en el que quedarían mal parados algunos miembros de la Iglesia. Igualmente, el padre Pío tuvo que luchar mucho para que otro de sus convertidos, el alcalde de san Giovanni Rotondo, Francesco Morcaldi, no publicara otro libro escrito por él: *Lettera alla Chiesa*.

Cuando más tarde, en 1960, el padre Pío recibió algunas restricciones, Brunatto organizó una Asociación internacional de defensa de la persona del padre Pío. Tenía listo un *Libro blanco* para ser entregado a la ONU y a la opinión pública mundial sobre los atentados a los derechos humanos en la persona del padre Pío. Todo esto le hacía sufrir mucho a nuestro santo, que quería que nadie lo defendiera, pues quería ser hijo de la Iglesia hasta las últimas consecuencias. Por eso, les decía: *No arrojen basura contra su propia Madre la Iglesia*.

VISITA DE MONSEÑOR MACCARI

El año 1960 las cosas empeoraron para el padre Pío después de varios años de relativa calma y en los que pudo hacer mucho bien por medio de la misa y de las confesiones, a las que dedicaba muchas horas al día.

Ese año se recibieron varias cartas contra el padre Pío y su Obra de la *Casa Sollievo de la Sofferenza*, para la que recibía millones de liras. La peor acusación la recibió de Elvira Serritelli, una señorita psicológicamente enferma, que ya había calumniado al padre Rafael, Superior del convento, y a otro joven que vivió un tiempo en su casa y después llegó a ser fraile capuchino con el nombre de Damiano Fucci. Según los que la conocían, era una maniática sexual. Tenía celos de las tres beatas ya mencionadas y de no ser la preferida del padre Pío como hubiera deseado. Cuando llegó a su casa monseñor Terenzi, párroco del Divino Amore de Roma, le hizo grabar la historia de su vida con el padre Pío, en la que contaba que durante casi diez años (1921-1930) había tenido relaciones íntimas con él y que después él las tenía con Cleonice Morcaldi.

El padre Justino, del convento del padre Pío, le creyó y la apoyó. El 9 de mayo instaló dos equipos de grabación, en la celda del padre Pío y en la hospedería, a ver si podía descubrir alguna prueba contundente contra el padre Pío. Lo apoyaba el religioso, no sacerdote, fray Maseo. La primera grabación estaba tan mal hecha que casi no se oía, pero creyeron que corroboraba su idea de la inmoralidad del padre Pío, pues decían que se escuchaba el ruido de un beso en la conversación del padre Pío con la señorita Cleonice Morcaldi. Monseñor

Terenzi llevó esta grabación al Santo Oficio, donde se desencadenó una turbulencia eclesiástica.

El padre Justino, con la anuencia del Superior y el Visto Bueno del padre Buenaventura de Pavullo, definidor general, de monseñor Pietro Palazzini y de Pietro Parente, siguió grabando. En total fueron unas 37 grabaciones. También recogía los pedacitos de las cartas que el padre Pío rompía y echaba al basurero para pegarlas y ver si había algún indicio de inmoralidad⁸⁰. Lo que parece que no sucedió fue que hicieran grabaciones en el confesionario, pero en la hospedería se grabó la confesión de alguien que allí se confesó.

El padre Pellegrino, el Superior, queriendo saber qué había de cierto en toda aquella madeja manifestó: *Tomé la llave de la hospedería y me escondí en la segunda estancia desde la que podía observar todo. El padre Pío durante el coloquio con cada una de las beatas tenía apoyados los codos sobre la mesa y las palmas de las manos sobre las mejillas, escuchando atentamente y respondiendo alguna vez. Le espí tres veces en tres días distintos y siempre vi la misma escena y comprobé que su comportamiento era honesto y puro. Por eso, no continúe*⁸¹.

Pero el Santo Oficio, preocupado por tantas acusaciones, tomó la decisión de enviar un visitador apostólico para investigar las denuncias de inmoralidades y de los malos manejos económicos de la *Casa Sollievo*. Nombró para este fin a monseñor Carlo Maccari, quien llegó a san Giovanni Rotondo el 30 de julio de 1960 y estuvo dos meses investigando, preguntando a testigos y viviendo con todos los gastos pagados en la *Casa Sollievo*.

Elvira Serritelli reafirmó bajo juramento las acusaciones que había grabado ya anteriormente sobre sus relaciones con el padre Pío por casi diez años. Monseñor Maccari entregó la *Relación* de su visita el 5 de noviembre de 1960. El resultado de su visita era negativo para el padre Pío, a pesar de tanto bien que había hecho durante los 40 años de apostolado. En su *Relación*, Monseñor Maccari manifiesta sus dudas sobre la conducta del padre Pío en cuanto a la obediencia de las reglas monásticas y de su reserva en cuanto a hablar con las mujeres. Recomienda sacar al señor Battisti, que era el administrador de la *Obra Sollievo della sofferenza*, y establecer un grupo de personas para controlar la correspondencia y las ofertas que se reciben. Sugiere controlar a los Grupos de oración, fundados por el padre Pío, pues considera que han sido focos de fanatismo, como el grupo de Padua.

⁸⁰ Positio IV-A, p. 443.

⁸¹ Positio II, p. 241.

El Santo Oficio, por decreto del 31 de enero de 1961, ordenó que estaba totalmente prohibido a sacerdotes, y con mayor razón a los obispos, ayudar en la misa al padre Pío. Que debía celebrar la misa en público a distintas horas para evitar la asistencia de mucho público. Que le estaba totalmente prohibido al padre Pío recibir mujeres en el locutorio del convento o en cualquier otro lugar, y los Superiores debían impedir cualquier acto de devoción hacia su persona.

El padre Pío aceptó todas estas normas con espíritu de obediencia sin guardar rencor para nadie. El padre Eusebio afirma que *un día vio al padre Pío rezando fervorosamente y le preguntó: ¿Tiene alguna preocupación esta tarde? Y le respondió: Estoy rezando por el padre Justino*⁸².

A Elvira Serritelli continuó tratándola con amabilidad y perdonándola. Decía: *Es preciso tener caridad y rezar por ella para que el Señor salve su alma*⁸³.

EL BANQUERO DE DIOS

Otra fuente de disgustos para el padre Pío tuvo origen en los sucesos desencadenados por Giambattista Giuffré, llamado el banquero de Dios. Él decía: *Quien me presta, duplica*. Muchos obispados y Órdenes religiosas le confiaron su dinero; pero, cuando quebró, quedaron debiendo millones de liras a los fieles que les habían prestado y de ahí surgieron problemas graves.

El obispo de Padua, monseñor Bortignon, tenía dos proyectos en 1956: construir un Seminario menor y una casa de la providencia con 2.000 camas para enfermos incurables o sin recursos. El proyecto total costaba cinco mil millones de liras. El primer año todo fue bien, pero el segundo año vino la quiebra y el obispo quedó debiendo millones de liras a sus fieles. El padre Pío estuvo a salvo de los problemas, porque siempre se opuso a tener tratos con Giuffré por considerar injustas sus operaciones, al dar demasiado interés.

El padre Tarsicio Zullo manifestó: *Cuando regresé de Palestina y fui nombrado Superior del convento de Foggia, el ecónomo del convento me dijo que todo el dinero de la Comunidad lo había encomendado al banquero Giuffré, que daba 70, 80 y hasta 100% de intereses. La cosa me impresionó y se lo conté al padre Pío que me respondió: “Haz volver inmediatamente al convento el*

⁸² Positio II, p. 208.

⁸³ Positio I/2, p. 1480.

dinero de la Comunidad. Espera un poco y verás qué golpes da san Francisco a los hermanos por este vilipendio de la pobreza”⁸⁴.

Pero la provincia capuchina de Foggia se había prestado entre 1955 y 1960 mil millones seiscientos mil liras para distintas construcciones y, al perder el dinero por la quiebra de Giuffré, quisieron que el padre Pío prestara dinero a su provincia para afrontar las deudas.

En octubre de 1959 el provincial pidió formalmente ayuda financiera al padre Pío para ayudar a su provincia. Pedía de 100 a 200 millones de liras. El padre Pío le pidió que hablara con el administrador de la *Casa Sollievo*, señor Battisti, y con él llegaron a la conclusión de prestar solamente 40 millones. El recibo fue firmado en escritura formal por el provincial, el ecónomo provincial y el administrador Angelo Battisti. A los dos meses el provincial volvió a pedir de nuevo de cien a doscientos millones, pero no se le concedió. Entonces, el padre provincial cambió de convento al padre Mariano, que era el capellán de la *Casa Sollievo* y quien recibía todos los días el dinero que venía en las cartas, destinado a esta Obra⁸⁵.

Las cosas estuvieron tirantes y el padre Pío fue tachado de egoísta y poco colaborador por sus propios Superiores.

CAPÍTULO V

DONES SOBRENATURALES

BILOCACIÓN

Éste fue uno de los dones en que más sobresalió el padre Pío. Estaba en su convento de donde nunca salía y, a la vez, lo veían en distintos lugares del mundo. Cuando el visitador monseñor Rossi, en 1921, le preguntó cómo sucedía en él la bilocación, respondió: *Sobre la bilocación no sé cómo suceda... Una vez me he encontrado junto al lecho de una enferma de san Giovanni Rotondo. Era de noche y yo estaba en el convento orando. Hará hace más de un año. Le di palabras de aliento. Ella dice que recé por su curación. Esta es la sustancia del hecho. Yo no la conocía, pero me había sido encomendada. Otra vez me he presentado a un hombre en Torre Maggiore, mientras yo estaba en el convento, y*

⁸⁴ Positio IV, problemi morali, p. 267.

⁸⁵ Positio II, pp. 1041-1043.

*le he reprendido sus vicios y pecados, exhortándolo a convertirse. Después ha venido a verme aquí*⁸⁶.

El padre Tarsicio Zullo certifica que vio dos veces al padre Pío en bilocación, estando predicando en Pozzuoli en 1954 y estando en Palestina en 1956. El mismo padre Pío se lo confirmó⁸⁷.

Alfredo Viola, obispo de Salto, en Uruguay, manifestó: *En 1937 monseñor Fernando Damiani se encontraba enfermo del corazón y llegó a san Giovanni Rotondo con la idea de morir junto al padre Pío. De hecho, estando en el convento le dio un ataque, que durante dos horas lo puso al borde del sepulcro. Llamaron al padre Pío y llegó cuando ya había pasado el peligro y, como monseñor le reprendió por no haber venido antes, el padre Pío, sonriendo, le dijo:*

- *Sabía que no morirías y, por eso, he continuado confesando.*

Cuando mejoró, el padre Pío le recomendó que regresara a su diócesis en Uruguay y continuase trabajando, ya que, cuando estuviera para morir, él personalmente se preocuparía de que estuviera bien asistido espiritualmente.

En setiembre de 1941 yo celebré un Congreso de vocaciones con motivo de mis 25 años de ordenación sacerdotal. La noche del 11 al 12 de setiembre, monseñor Damiani tuvo un ataque al corazón. Monseñor Barbieri, que estaba de huésped, fue despertado con fuertes golpes en su habitación después de medianoche. Abrió la puerta y oyó una voz que le decía:

- *Monseñor Damiani se muere, vaya a asistirlo.*

*En la penumbra vio la sombra de un capuchino. Corrió a la habitación de monseñor Damiani y lo encontró agonizante y con un papel en el que había escrito: “Padre Pío. San Giovanni Rotondo. Los espasmos continuos del corazón me aniquilan”. Damiani recibió la unción de los enfermos, estando aún en plena conciencia, y a la media hora falleció, asistido por cuatro obispos y seis sacerdotes, que habían venido al Congreso*⁸⁸.

El padre Nazareno escribió: *Una tarde fui junto con el padre Pío a visitar a una terciaria enferma (Raffaelina Cerase). Le di la absolución “in articulo*

⁸⁶ Castelli Francesco, o.c., pp. 218-219.

⁸⁷ Positio II, p. 630.

⁸⁸ Positio III/1, p. 814.

mortis” (en el momento de la muerte) y después volvimos al convento (de santa Ana de Foggia). A las cuatro de la mañana, vino un hombre a llamarme, diciendo que necesitaba cuatro candeleros para ponerlos junto al cadáver de la terciaria, que ya había muerto. Fui de inmediato a decírselo a Piuccio (padre Pío) y él me dijo con sencillez: “La he asistido yo y ha ido directamente al cielo”. Creo que el padre Pío fue a asistirle en bilocación⁸⁹.

El padre Agustín refiere: *Una vez le comenté de la vestición de Sor Beniamina, que yo realicé en Firenze el 8 de diciembre de 1931. Él lloraba conmovido, bendiciendo y agradeciendo a Jesús, mientras yo se lo contaba. También le hablé de que una hermana de esa Comunidad me dijo que una mañana, después de la comunión, se le había aparecido él para confortarla y bendecirla. Yo le pregunté:*

- *¿Es cierto que se da sus viajecitos hasta Firenze?*
- *Sí, respondió humildemente.*
- *La hermana me dijo que le pidió que fuera también donde sor Beniamina y tú le respondiste que no tenías permiso. ¿Es verdad?*
- *Sí, me confirmó.*

Pero frecuentemente va donde sor Beniamina como iba cuando era seglar y se presentaba en su casa. Y esta querida alma va frecuentemente donde él. Entre ambos se intercambian misteriosas visitas espirituales por bilocación⁹⁰.

El padre Rosario de Aliminusa declara que el verano de 1963 el padre Clemente de Milwaukee le contó lo siguiente: *Había en Estados Unidos una señora anciana con un tumor incurable. Un día recibió una fotografía del padre Pío de una amiga, que le dijo: “Este fraile te ayudará”. Ella no le dio importancia, pero una noche se le apareció el padre Pío y le dijo: “Hazte católica y te mejorarás”. Ella le pidió a su hija que llamara a un sacerdote católico, quien la preparó y así se hizo católica y se curó.*

El padre Eusebio, que conocía el hecho, le preguntó al padre Pío:

- *Padre, ¿usted hace viajes a América? He sabido que ha ido a encontrar una señora enferma de un tumor.*

El padre Pío sorprendido, respondió:

⁸⁹ Positio IV, problemi morali, p. 21.

⁹⁰ Positio I/1, p. 841.

- *Y tú ¿cómo lo sabes?*
- *Padre, cuando viaja, ¿qué lengua habla?*
- *El italiano*⁹¹.

Así se confirmaba que era cierto que había estado allí en bilocación.

En Roma, en Vía del Tritone 53, en el apartamento de la condesa Virgini Salviucci, esperaban la bendición de la capilla. La condesa estaba hablando con los cardenales Pietro Casparri, su primo, y Augusto Sili, su cuñado. En ese momento entró una religiosa con una reliquia de la santa cruz en una cajita, contando que en la noche se le había presentado en su celda, en carne y hueso, el padre Pío y le había dado aquella cajita con orden de llevarla al día siguiente a la casa de la condesa. La presencia de la cajita con la reliquia les convenció de que no había sido un sueño. Pocos días después, la condesa llegó a san Giovanni Rotondo para informarse y el padre Pío le confirmó que la reliquia se la había dado él personalmente a la religiosa⁹².

El padre Eusebio Notte aseguró: *Un día me llamaron a la portería y me encontré con el actor Carlo Campanile, quien me contó que tenía un hijo que le hacía sufrir mucho por su cleptomanía. Me confió que un día de profunda tristeza había visto al padre Pío en su casa de Roma. Y me pedía que se lo preguntara al padre Pío, pues no quería haber sido víctima de una alucinación. Por la tarde le pregunté al padre si conocía la casa de Carlo Campanile de Roma, porque él decía que había estado en su casa. Él no podía negarlo y respondió: “Cuando suceden esas cosas (aludía a la bilocación) el Señor permite que se vea sólo a la persona interesada y lo que sucede en ese momento no más, pues de otra manera el Señor debería hacer muchos milagros”. A partir de ese día, cuando le ayudaba a meterse en cama por las tardes, le decía: “Buen viaje, padre” y él simplemente, me respondía: “Gracias”*⁹³.

Ana Benvenuto relata: *Mi madre estaba en avanzado estado de gestación de su octavo hijo, que era yo. El 25 de julio de 1921 hacia las cinco de la mañana se despertó y vio al pie de su cama un padre capuchino que le sonrió y desapareció. A partir de ese momento, se le quitaron todos los temores que tenía y a las 24 horas me dio a luz a mí con toda normalidad. Después de 19 años reconoció en el padre Pío al capuchino que la visitó al darme a luz. Y me pidió que, al confesarme con él, le dijera si había sido él. Yo se lo pregunté y, bajando*

⁹¹ Positio II, p. 1551.

⁹² Positio IV, studi particolari, p. 269.

⁹³ Positio II, p. 313.

la voz, me respondió: “Te lo diré, si me prometes que no se lo dirás a nadie”. Se lo prometí y me dijo que aquel capuchino había sido ciertamente él⁹⁴.

En julio de 1957 fue hospitalizado en la clínica de san Severo de Foggia, a 60 kilómetros de san Giovanni Rotondo, el padre capuchino Plácido de san Marco en estado gravísimo con cirrosis hepática. La habitación del enfermo estaba bien cerrada. Era la medianoche y el enfermo estaba plenamente despierto. En ese momento de la noche, se presenta ante él el padre Pío y, sonriendo, le dice: *Padre Plácido, puedes estar tranquilo que de esta no morirás*. Y luego siguió hablando de otras cosas.

El capellán del hospital, padre Alberto, también capuchino, tuvo noticia del hecho y, al trasladarse uno de esos días a san Giovanni Rotondo, le dijo al padre Pío:

- *¿Cómo ha estado en san Severo, visitando al padre Plácido, y no te has dignado visitarme a mí que soy el Superior?*
- *Cállate, respondió el padre Pío. Es verdad, he estado en san Severo, pero no se lo digas nadie⁹⁵.*

El padre Honorato Marcucci cuenta que un día de julio de 1968 le dijo al padre Pío:

- *Padre, mañana voy de viaje a Lourdes, me dé la bendición y me asista en el viaje. ¿Quiere venir a visitar a la Virgen conmigo?*
- *He estado tantas veces...*
- *Pero ¡qué dice! Usted no ha salido nunca del convento ¿Está diciendo mentiras?*
- *No, no, a Lourdes no se va sólo en tren o en coche, también se va de otros modos⁹⁶.*

La señora Giovanna Boschi Rizzani declaró en el Proceso: *Nací en Udine el 18 de enero de 1905. Mi padre era masón y vivía como masón. En su última enfermedad, la casa era vigilada día y noche por los hermanos masones para que no entrase ningún sacerdote. Algunas horas antes de su muerte, mi madre, muy piadosa, estaba junto a su cabecera llorando y orando. De pronto, vio salir de la habitación la figura de un fraile capuchino. En aquel momento sintió que el perro daba gritos lastimeros como presintiendo la muerte de su patrón.*

⁹⁴ Positio II, p. 726.

⁹⁵ Sáez de Ocáriz Leandro, o.c., p. 228.

⁹⁶ Positio II, p. 11.

Entonces, mi madre bajó por las escaleras al jardín para soltar al perro. Fue en ese momento que le vinieron con fuerza los dolores del parto y allí mismo me dio a luz a mí con ayuda del mayordomo. Después del parto, tuvo el valor de subir las escaleras conmigo en brazos y correr a la cama del esposo moribundo. Los masones, que estaban de guardia, y el párroco de san Quirino, que había llegado para atender al moribundo, vieron la escena del parto a distancia.

El mayordomo, sabiendo que había un sacerdote a la puerta esperando, gritó a los masones que, si no querían que atendiera al moribundo, al menos pudiera atender a la niña y bautizarla, pues podía morir siendo prematura. Así pudo entrar el sacerdote y atender al moribundo, que murió confesándose y pidiendo perdón.

Mi madre, después de la muerte de mi padre, se trasladó a Roma. Durante mis estudios del Liceo yo estaba atormentada con dudas de fe, debido a lo que nos decían algunos profesores incrédulos y racionalistas. Una tarde de 1922, junto con una amiga, fui a la basílica de san Pedro para que algún sacerdote aclarara mis dudas, pero a esa hora no había ninguno. Faltaba media hora para cerrar. Dando unas vueltas por la basílica, encontramos a un joven capuchino y le pedí que me confesara. El padre me aclaró mis dudas. Después de confesarme, esperé con mi amiga a que saliera del confesonario para despedirme, pero no salía. Cuando llegó el sacristán, abrió el confesonario y no había nadie. ¡Era un misterio!

En las vacaciones estivales de 1923, me acerqué con una tía a san Giovanni Rotondo para conocer al famoso padre Pío. Cuando pasó el padre Pío, me miró y dijo: “Giovanna, te conozco, naciste el día en que murió tu padre”. Al día siguiente pude confesarme y me dijo: “Hija mía, por fin has venido. ¡Cuántos años te estoy esperando! El año pasado te acercaste con una amiga a la basílica de san Pedro y te confesaste con un padre capuchino. ¿Recuerdas? Aquel capuchino era yo”.

Hija mía, escúchame. Cuando estabas para nacer, la Virgen me llevó a tu casa y me hizo asistir a la muerte de tu padre. Me dijo: “Él se salva por las oraciones y lágrimas de su esposa y mi intercesión. Reza por él. La esposa está para dar a luz una niña, te la confío. Hazla lo más resplandeciente posible, porque un día quiero adornarme con ella. Hija mía, tú me perteneces. Me has sido confiada por la Virgen María. Ella me dijo que vendrías a mí, pero que primero te encontraría en san Pedro. El año pasado te encontré en san Pedro y

*ahora has venido aquí. Así que vendrás frecuentemente a san Giovanni Rotondo y yo tendré cuidado de tu alma para que conozcas la voluntad de Dios*⁹⁷.

Hacia fines de 1919 el padre Pío estaba un día quitándose los ornamentos en la sacristía y había un señor que lo miraba fijamente. Decía:

- *Sí, es él, no me equivoco.*

Cuando la gente salió, se acercó, se puso de rodillas y llorando le dijo:

- *Padre Pío, gracias por haberme salvado de la muerte.*

El padre Pío le puso la mano en la cabeza y le dijo:

- *No a mí, hijo mío, sino a Nuestro Señor y a la Virgen dale las gracias.*

Después estuvieron hablando unos minutos. Al salir, algunos le preguntaron qué había sucedido y relató: *Yo era capitán de infantería y un día en el campo de batalla había un terrible fuego. Cerca de mí vi un fraile pálido, de ojos vivos y bellos, que no tenía el distintivo de capellán y que me llamó diciendo: “Capitán, aléjese de ese lugar, venga aquí”. Voy hacia él y en ese momento, en el lugar donde estaba primero, explotó una granada que abrió un gran hoyo. Si hubiese estado allí hubiera volado por los aires. Quise agradecerle al fraile, pero ya había desaparecido.*

*Otro colega, ese mismo día, me contó que un fraile le había salvado también de un grave peligro de muerte y lo mismo dijeron algunos soldados. Entre ellos había uno que dijo que era el padre Pío, el santo del convento de san Giovanni Rotondo, que se hacía ver en los campos de batalla. Y yo por curiosidad, más que por fe, vine a ver si el fraile que me había salvado era él, porque tenía su figura bien grabada en mi mente. Ahora que lo he visto, pueden imaginar mi sorpresa y la gratitud que siento por él. Soy feliz de haberle podido agradecer personalmente y de besarle sus manos sagradas*⁹⁸.

Anota el padre Dámaso de Sant’Elia a Pianisi, Superior del convento: *Diversos pilotos de la aviación angloamericana de varias nacionalidades (ingleses, americanos, polacos, palestinos) y de diversas religiones (católicos, ortodoxos, musulmanes, protestantes, judíos), que durante la segunda guerra mundial, después del 8 de setiembre de 1943, se encontraban en la zona de Bari*

⁹⁷ Positio I/1, pp. 627-631.

⁹⁸ Positio III/1, p. 812.

para cumplir misiones en territorio italiano, fueron testigos de un hecho clamoroso. Cada vez que en el cumplimiento de sus misiones militares se acercaban a la zona de Gárgano, cerca de san Giovanni Rotondo, veían en el cielo a un fraile que les prohibía tirar allí las bombas. Foggia y casi todos los centros de la región de la Puglia sufrieron repetidos bombardeos, pero sobre san Giovanni Rotondo no cayó ni una bomba. De este hecho fue testigo directo el general de la fuerza aérea italiana, Bernardo Rosini, que entonces formaba parte del Comando de unidad aérea, cooperando en Bari con las fuerzas aliadas.

El general Rosini me contó que entre ellos hablaban de ese fraile que se aparecía en el cielo y que hacía que sus aviones volvieran atrás. Todos los que lo oían se reían incrédulos; pero, como el episodio se repetía y con pilotos diversos, intervino el comandante general en persona. Tomó el comando de una escuadrilla de bombarderos para destruir un depósito de material bélico alemán que estaba precisamente en san Giovanni Rotondo. Todos estábamos curiosos de conocer el resultado de aquella misión. Cuando la cuadrilla regresó, todos fuimos de inmediato a pedir información.

El general americano estaba desconcertado. Contó que, apenas llegaron cerca del pueblo, él y sus pilotos vieron surgir en el cielo la figura del fraile con las manos levantadas. Las bombas se soltaron solas, cayendo en los bosques, y los aviones dieron vuelta atrás sin ninguna intervención de los pilotos. Todos se preguntaban quién era aquel fantasma a quien los aviones le obedecían misteriosamente. Alguien le dijo al general que en san Giovanni Rotondo había un fraile con las llagas, considerado un santo, y que quizás podía ser él. El general, incrédulo, dijo que apenas fuera posible iría a comprobarlo.

Después de la guerra, el general, acompañado de algunos pilotos, se acercó al convento de los capuchinos. Apenas entró en la sacristía, se encontró con varios religiosos entre los que reconoció de inmediato a quien habían obedecido los aviones. El padre Pío se le acercó y, poniéndole la mano en la espalda, le dijo: “¡Así que eres tú quien nos quería matar a todos!”. El general se arrodilló delante de él. El padre había hablado como de costumbre en dialecto de Benevento, pero el general estaba convencido de que había hablado en inglés. Los dos se hicieron amigos y el general, que era protestante, se convirtió, haciéndose católico⁹⁹.

⁹⁹ Positio III/1, pp. 689-690.

PERFUME SOBRENATURAL

Era una manifestación de la presencia del padre Pío. Así le dijo a Cleonice Morcaldi en 1922, cuando le preguntó qué significaba el perfume. Fueron muchísimas las personas que sintieron el perfume, incluso a muchos kilómetros de distancia de su convento. Era una manifestación sensible de su presencia en bilocación en lugares distintos. El padre Tarsicio Zullo lo sintió muchas veces. Una vez era tan fuerte que le preguntó:

- *Padre Pío, ¿de dónde viene este perfume?*

Y respondió:

- *De la sangre*¹⁰⁰.

Su director, el padre Agustín, en su *Diario* declara: *Cada cierto tiempo siento el perfume y algunos días más frecuentemente*¹⁰¹.

El padre Pellegrino, que fue su Superior, manifestó: *Personalmente, he notado el perfume. Había dos tipos de perfume. Uno era el de la sangre de las llagas, que era un olor a sangre, pero no desagradable. El otro era un perfume preternatural que he sentido dos veces. Una en el año 1953 y la segunda la noche de la muerte del padre Pío, mientras lo vestíamos. Yo y el doctor Sala nos dimos cuenta de lo extraordinario del hecho. No puedo decir qué tipo de perfume era, pero era intensísimo*¹⁰².

El padre Rafael, que tantos años vivió en el mismo convento que el padre Pío, certificó: *En el coro, durante el rezo del Oficio divino, a veces se advertía un perfume particular que emanaba de las llagas de sus manos sangrantes. El mismo perfume fue advertido más de una vez en su celda, cuando iba a hablarle de cualquier asunto. Una tarde, después de la cena, mientras toda la Comunidad iba al coro, el padre Pío, que había pasado en esos momentos, dejó tras de sí una estela del perfume que inundó todo el corredor. El padre Anastasio, que me precedía, se volvió y me dijo: “Rafael, siente, ahora ha pasado el padre Pío que ya está a la puerta de su celda”*¹⁰³.

El doctor Adolfo Affatato, hijo espiritual del padre Pío, manifestó: *Durante mi viaje de bodas estaba en Sirmione. A un cierto momento, mi coche*

¹⁰⁰ Positio II, p. 630.

¹⁰¹ Positio I/1, p. 840.

¹⁰² Positio II, p. 239.

¹⁰³ Positio III/1, p. 816.

quedó invadido de un perfume intenso. Le dije a mi esposa: “Aquí está el padre Pío”. Se me ocurrió prender la radio y en ese momento él estaba hablando. Al regresar del viaje de bodas, le dije al padre: “Padre Pío, pero en Sirmione”... No me dejó terminar la frase y añadió: “¿Creías que te iba a dejar un solo momento?”¹⁰⁴.

Sobre haber sentido el perfume hay muchísimos testimonios, por ejemplo de Antonio Bianchi, Francesco Fontana, Cleonice Morcaldi, Nina Campanile, Vittoria Ventrella, padre Jacinto D’Addario, doctor Romanelli, Domenico Tognola, Eduardo Bianco y muchos otros.

ÉXTASIS

Muchas veces caía en éxtasis y no se daba cuenta de nada de lo que pasaba a su alrededor. El padre Agustín certificó que en 1913 los éxtasis los tenía dos o tres veces al día y duraban desde una hora hasta dos horas y media a veces.

El padre Guillermo en sus *Cenni* (apuntes) sobre el padre Pío, escribió que *en 1911, estando en el convento de Venafro, al recibir la comunión y dar gracias, nosotros, presentes, no podíamos dejar de estar arrodillados. El padre Pío abría los ojos y los tenía así durante una media hora, indicando que algo extraordinario estaba pasando ante su vista. De esto estábamos convencidos, pues a veces sonreía, a veces se entristecía o alzaba la voz con fuerza, orando a Jesús por la conversión de algún pecador o recomendándole a los bienhechores o pidiendo la paz y la salvación para todos.*

Un día el padre Agustín invitó al doctor Pozzilli a asistir a uno de esos éxtasis después de la comunión y pasó una vela encendida delante de sus ojos. El doctor lo llamó y no respondió, pero, al llamarlo el padre Agustín, como Superior, inmediatamente despertó¹⁰⁵.

El doctor Nicola Lombardi certificó: *Un día fui llamado donde el padre Pío y lo vi echado en cama con los ojos abiertos y fijos en algo que estaba delante. Le dirigía la palabra a Cristo, a la Virgen y a su ángel custodio. El diálogo duró una media hora en mi presencia y de otros religiosos. Acabado el diálogo, al retirarse los personajes con quienes hablaba, él cerraba los ojos y se dormía. Pero, si el Superior en este estado de sueño lo llamaba aún desde fuera*

¹⁰⁴ Positio II, p. 548.

¹⁰⁵ Positio I/1, p. 654.

*de la celda y sin que sintiera su voz como hizo en mi presencia, se despertaba riendo y bromeando como si no hubiera pasado nada*¹⁰⁶.

El padre Alessio Parente afirma: *Muchas veces, entrando en su habitación para acompañarlo a la sacristía para oír las confesiones, lo encontraba en éxtasis con el rostro transfigurado y con una extraordinaria belleza en el rostro de un color rosado. Sus ojos, a veces, estaban cerrados y otras abiertos y fijos hacia la pared de la celda. Estaba tan absorto que no sentía el ruido de las llaves al entrar*¹⁰⁷.

LUCES SOBRENATURALES

El padre Rafael de S. Elia a Pianisi en su escrito *Acceni* manifiesta: *Llegué a san Giovanni Rotondo el 17 de setiembre de 1919. Dormía en una celda angosta frente a la celda número 5 del padre Pío. La noche del 19 al 20 setiembre no podía dormir por el calor. Hacia medianoche me levanto de la cama y abro la puerta. Todo estaba oscuro. Apenas la lucecita de una lamparita de petróleo. Mientras estaba en la puerta para salir, veo que llega el padre Pío del coro, donde había estado rezando. El padre Pío estaba todo luminoso con una imagen del niño Jesús en sus brazos. Andaba lentamente y murmuraba alguna oración. Pasó delante de mí todo radiante de luz y no se dio cuenta de mi presencia. Sólo algunos años después me di cuenta de que era el primer aniversario de haber recibido los estigmas*¹⁰⁸.

El padre Agustín escribe en su *Diario* el 8 de abril de 1946: *Un anciano, vecino de nuestra casa, llamado Nicolás Pazienza, de una bondad y simplicidad extraordinaria, me contó que hacía bastantes años, una noche de verano se despertó y vio la habitación del padre Pío toda iluminada de una luz más brillante que el sol; y el padre Pío estaba resplandeciente en medio de la luz. El buen anciano, ante tal visión, exclamó: “Dios mío, ¿qué será el paraíso?”. He podido verificar que desde su era se puede ver la ventana del padre Pío*¹⁰⁹.

En setiembre de 1925, el padre Pío fue operado de una voluminosa hernia inguinal por el doctor Giorgio Festa en el mismo convento. El padre Pío no quiso que le pusieran cloroformo y aguantó consciente todos los dolores de la operación; pero, al llevarlo a su habitación, se desvaneció y el doctor pudo observar sus llagas como lo había hecho cinco años antes y ver que tenían los

¹⁰⁶ Positio IV, studi particolari, p. 231.

¹⁰⁷ Positio II, p. 205.

¹⁰⁸ Positio I/1, p. 728.

¹⁰⁹ Positio I/1, p. 945.

mismos caracteres antiguos. Entonces, observó que de los bordes de la llaga del costado salían radiaciones luminosas¹¹⁰.

¿VIVIR SIN COMER?

Algo que admiraba a los médicos era cómo podía sobrevivir casi sin comer ni lo mínimo indispensable. El padre Dámaso de Sant'Elia a Pianisi dice: *Una vez estuvo si comer durante 20 días¹¹¹. El padre Agustín aseguraba que apenas comía unos 20 gramos de alimento cada 24 horas¹¹². Fray Modestino afirma que un día le dijo el padre Pío: Hijo mío, ruega por mí. Tengo el vientre hinchado y me duele, y esto precisamente hoy que he comido sólo 30 gramos de alimento. El mejor favor que me puede hacer el Superior es el dispensarme de comer¹¹³.*

Lo más maravilloso es lo que él contaba con gracia para hacer reír a sus hermanos, pero que fue un hecho real. Durante una enfermedad se pesó y pesaba 83 kilos. Al restablecerse, luego de tres días sin haber tomado ningún alimento, pesaba 86 kilos. Había engordado tres kilos sin haber comido nada en esos tres días. ¡Esas son las maravillas de Dios, que alimenta el cuerpo de los santos solamente con la santa comunión! Este milagro lo declaró en el Proceso su Superior, padre Rafael¹¹⁴.

Por eso, no es de extrañar lo que refiere el 5 de mayo de 1956 el padre Carmelo con ocasión del Simposio internacional de afecciones coronarias. El doctor británico Ewans declaró: *Para nosotros los médicos el padre Pío está biológicamente muerto. Hay que tener en cuenta la cantidad de calorías que consume diariamente en el desempeño de su actividad y, por otra parte, las que recibe nutriéndose tan poco, al límite de la sobrevivencia. Hay que pensar también en la sangre que pierde todos los días como él mismo ha testificado y se prueba en el examen de las vendas del costado. Así que por la fuerza del principio científico de las calorías necesarias para la existencia humana y de las leyes que regulan el equilibrio físico-síquico del organismo, para nosotros los médicos está biológicamente muerto. Dicho de otro modo, humanamente es imposible que un hombre pueda sobrevivir en esas condiciones y que pueda trabajar sin descanso todos los días¹¹⁵.*

¹¹⁰ Positio IV, studi particolari, p. 259.

¹¹¹ Positio I/1, p. 569.

¹¹² Positio I/1, p. 945.

¹¹³ Positio II, p. 147.

¹¹⁴ Positio II, p. 1405.

¹¹⁵ Positio II, p. 820.

FIEBRE ALTÍSIMA

Algo incomprensible para los médicos era constatar que tenía fiebres altísimas que a cualquier ser humano normal lo hubieran llevado a la tumba. El padre Paolino afirma que, cuando el padre Pío estaba en el cuartel, se rompían los termómetros que le ponían para medirle la fiebre, pues solamente marcan hasta 42 ó 43 grados. El padre Ezequías Cardone certifica que el último domingo de agosto de 1945 el padre Pío estaba en cama con fiebre. El Superior le ordenó medirse la fiebre y el doctor Avenia le dio el termómetro. Después de pocos segundos, se rompió por el excesivo calor. El médico confirmó que se había roto por la presión interna del mercurio, pues el padre Pío no había hecho ningún movimiento extraño¹¹⁶.

El doctor Giorgio Festa, después de haber visitado al padre Pío con el doctor Romanelli, declaró que había presentado fiebre de hasta 44 y 44,5 grados¹¹⁷.

En otra ocasión afirma el padre Lorenzo, que fue Superior del convento: *Yo mismo le medí la temperatura con un termómetro traído de Roma por el doctor Festa y señaló 48 grados*¹¹⁸.

El padre Paolino, en sus *Memorias*, certifica que, siendo Superior en diciembre de 1916, cayó el padre Pío enfermo. Dice: *Mi extrañeza fue grande, cuando, al retirarle el termómetro de baño, vi que la columna de mercurio había alcanzado los 52 grados*¹¹⁹.

El padre Pío decía que esa altísima temperatura se debía a que estaba ardiendo por dentro de tanto amor a Dios y a los demás. Por eso, podía seguir viviendo por la gracia de Dios.

LEVITACIÓN

Es elevarse del suelo por el poder de Dios y no sólo estando en éxtasis. Afirma el padre Pierino Galeone: *Un día, después de confesar, vi al padre salir*

¹¹⁶ Positio I/2, p. 1406.

¹¹⁷ Positio IV, studi particolari, p. 293.

¹¹⁸ Castelli Francesco, o.c., p. 176.

¹¹⁹ Paolino da Casacalenda, *Le mie Memorie in torno a padre Pío*, Ed. San Giovanni Rotondo, 1954, p.86.

del confesonario y elevarse unos dos metros. Parecía estar en una nube y llegó como por encanto al altar, donde hizo la genuflexión y entró en la sacristía, pero la gente no vio nada y estaba esperando que saliera del confesonario. En el mediodía, los religiosos del convento le preguntaron:

- *Padre, ¿dónde fue esta mañana?*

El, sonriendo, respondió

- *Esta mañana después de confesar, me he levantado y he tenido un desvanecimiento. Creía que iba a caerme. He rezado a los ángeles que me ayudaran y me han sostenido, haciéndome caminar por encima de las cabezas de la gente. ¡Qué duras eran, parecían ladrillos! Y con una risa general se terminó el incidente¹²⁰.*

El mismo padre Pío, al preguntarle el visitador apostólico monseñor Rossi en 1921 sobre este hecho, que algunos le habían comentado, respondió: *Estaba confesando en la sacristía, que estaba llena de hombres. Hacía mucho calor y se sofocaban, pidiendo ayuda. Pensé que lo mejor era salirme para que ellos también salieran. Al salir, no podía bajar los escalones del confesonario, porque había mucha gente. Tuve que pasar por la fuerza por encima de aquellos hombres, al menos sobre los primeros, y me encontré fuera. Entonces regresé para hacerlos salir¹²¹.*

CONOCIMIENTO SOBRENATURAL

El padre Pío poseía el don de conocer la conciencia de sus penitentes y otras muchas cosas por la gracia de Dios.

El padre Rómulo declaró: *El padre Benito me contó que él confesaba una mujer que comulgaba frecuentemente. Un día el padre Pío le escribió para advertirle que aquella mujer tenía un pecado oculto y que el Señor estaba cansado de ella. El padre Benito trató de preguntarle, pero ella no decía nada. El padre Pío le dijo cuál era su pecado y ella no lo pudo negar¹²².*

María Pompilio cuenta el hecho siguiente, que escuchó en su propia casa al padre Prior de santa María Maggiore, que decía a otros dos sacerdotes: *Esta*

¹²⁰ Positio II, p. 1103.

¹²¹ Castelli Francesco, o.c., pp. 218-242.

¹²² Castelli Francesco, o.c., p. 199.

mañana me he convencido de lo que es el padre Pío. Estaba él orando en el coro, mientras yo también estaba en el coro dando gracias después de la misa. En un cierto momento se acercó fray Constantino y le dijo:

- *Padre Pío, en el pasillo hay un señor que quiere confesarse, ¿puedo hacerle entrar?*

El padre Pío ni respondió ni se movió. A los pocos minutos, de nuevo fue a decirle lo mismo. Entonces el padre Pío levantó la cabeza y le respondió:

- *Ese señor ha hecho esperar 25 años a Nuestro Señor, ¿y no me puede esperar cinco minutos?*

Yo salí al corredor y vi al señor impaciente que me dijo:

- *Padre, tengo temor de que me rechace el padre Pío, porque son 25 años que no me confieso. Yo le di ánimo y, en ese momento, apareció el padre Pío que lo llamó y lo invitó afablemente a confesarse¹²³.*

Un día subieron a san Giovanni Rotondo dos hijas de un doctor de san Marco in Lamis. Su padre les había prohibido besar la mano del padre Pío para no contagiarse de su enfermedad. Las dos, viendo que todos besaban la mano del padre Pío, para no ser menos, se acercaron, pero el padre Pío les dijo: “No, obedeced a vuestro padre”. Las pobres se pusieron coloradas y maravilladas de que el padre Pío supiese algo que a nadie habían manifestado¹²⁴.

En mayo de 1954 la logia masónica de Monza mandó a San Giovanni Rotondo a una joven, hija de un sacerdote, con el fin específico de cambiar hostias consagradas por otras sin consagrar a ver si el padre Pío se daba cuenta. También tenía el propósito de poner veneno a ver si era descubierto. El asunto llegó a oídos del padre Michelangelo, a quien se lo dijo una amiga de la joven. Yo (padre Tarsicio) le hablé al padre Pío, el cual, sintiendo el pecado que se quería cometer hacía Jesús Eucaristía, lloró mucho durante varios días hasta que el peligro desapareció. Y es de anotar que, cada vez que la joven se acercaba a comulgar, el padre Pío, sin conocerla, la saltaba siempre, sin darle la comunión¹²⁵.

¹²³ Positio III/1, pp. 806-807.

¹²⁴ Positio III/1, p. 807.

¹²⁵ Padre Tarsicio Zullo, Positio II, p. 625.

El cardenal Giuseppe Siri contaba el 23 de setiembre de 1972: *Recuerdo un hecho personal. Un día recibí del padre Pío un telegrama, sin haberle pedido nada, en el que me exhortaba a tomar cierta iniciativa en un problema en el que estaba dudoso hacía mucho tiempo. No recuerdo haber hablado de esto a nadie. No pude comprender cómo él lo sabía. Me llegó el telegrama y me señaló el camino. Lo seguí y todo llegó a buen término*¹²⁶.

Pío Gerardo Trombetta cuenta el caso de su hermano, subteniente del ejército italiano, que fue hecho prisionero en los combates de *El Alamein*, en el norte de África, el 24 de octubre de 1942. A la familia se le comunicó oficialmente que había sido dado por desaparecido. Mi madre estaba sumamente triste y lloraba mucho por el dolor, pensando que estaba muerto. A la mañana siguiente de recibir la noticia, fui a la misa del padre Pío y, después de orar un poco, me dijo: *Manda un telegrama a tu madre y dile que esté tranquila.*

- *¿Está prisionero?*
- *Sí, dijo él.*
- *¿Está herido?*
- *No.*

Pasaron algunas semanas sin noticias, pero hacia mediados de diciembre recibimos una tarjeta de mi hermano que escribía desde Egipto. De Egipto lo enviaron a la India, donde estuvo hasta el final de la guerra, siendo repatriado en 1946 después de tres años y medio de prisión. Cuando regresó, lo llevé para que agradeciera al padre Pío, quien le recordó y le repitió la misma frase que él había escrito en la tarjeta: *Hubiera preferido morir en combate. El padre Pío le llamó la atención, porque, en vez de agradecer al Señor por estar vivo, había preferido morir*¹²⁷.

Nina Campanile, hija espiritual del padre Pío, escribió en sus *Memorias del padre Pío* que en 1917 su madre se enfermó gravemente. El médico de cabecera no estaba y la visitó otro doctor que le diagnosticó pulmonía doble y mandó que le aplicaran sanguijuelas. La señorita Nina fue a pedirle oraciones al padre Pío y él le dijo: *Qué pulmonía ni pulmonía, lo que tiene es malaria.* Nina corrió a su casa, le quitó las medicinas que tomaba su madre al igual que las sanguijuelas y, al llegar el médico de la familia, reconoció que se trataba de malaria. Por lo que, con un tratamiento adecuado, se curó en poco tiempo¹²⁸.

¹²⁶ Positio I/1, p. 59.

¹²⁷ Positio II, pp. 885-887.

¹²⁸ Positio I/1, p. 1269.

PROFECÍA

Es el don de conocer el futuro por el poder de Dios. A veces era su propio ángel custodio quien le hacía saber ciertas cosas, que no hubiera podido conocer de modo natural.

El padre Aurelio, capuchino, en su *Relación* del año 1916 declara que el padre Pío le aseguró que, *de los 14 seminaristas de los que era director espiritual, dos se saldrían pronto, seis llegarían a las Órdenes menores, pero no al sacerdocio, y sólo seis llegarían a ser sacerdotes, como así sucedió*¹²⁹.

El padre Galeone declaró: *Un día el padre Pío, después de celebrar la misa y dar gracias, llamó a un hombre que estaba cerca y lo llevó a su celda. Después de media hora, el hombre salió pálido. Le pregunté si todo estaba bien. Al principio no quería hablar, después me dijo que el padre Pío le había asegurado: “Dentro de una semana dejarás este mundo. No temas, prepárate con humildad. Yo te estaré cercano y yo mismo te acompañaré al cielo”. El padre Pío no lo conocía y era la primera vez que venía a san Giovanni Rotondo. Les comunicó a sus amigos la noticia y, a la semana, como le había dicho el padre Pío, murió*¹³⁰.

La sobrina del padre Pío, Pía Forgione, declaró que durante la segunda guerra mundial fue con una amiga, llamada Titiana Romano, a visitar a su tío el padre Pío a san Giovanni Rotondo. Después de tres días, el tío les dijo: *“Partan de inmediato o será demasiado tarde. Tomen el coche hasta san Severo y de san Severo tomen el tren hasta Termoli, y después el tren Termoli-Campobasso hasta Pietrelcina”*. Obedecí, no de buena gana por no poder estar más tiempo con el tío. Llegamos a Termoli y tuvimos que ir al refugio por las alarmas antiaéreas. Llegadas a la estación de Pietrelcina vimos, mirando hacia Benevento, que la ciudad estaba envuelta en una nube de humo. Supimos que Benevento y, especialmente la estación, había sido duramente bombardeada. Después supimos también que la estación de Foggia había sido destruida la misma mañana de nuestra partida. Entonces entendimos que aquel largo viaje había sido, porque el tío había querido que regresáramos sanas y salvas y evitar que hubiéramos tardado mucho tiempo en llegar a casa, pues de inmediato toda la región de la Puglia quedó en manos de los alemanes y la Campania fue ocupada por los americanos¹³¹.

¹²⁹ Positio I/1, p. 1268.

¹³⁰ Positio II, p. 1106.

¹³¹ Positio II, p. 535.

El general Tarsicio Quarti declaró en el Proceso que, después de visitar al padre Pío en san Giovanni Rotondo con un joven ingeniero, fueron ambos a pedirle su bendición para partir a sus destinos, ya que debían presentarse al día siguiente a sus trabajos. El padre Pío no quiso darles la bendición, diciéndoles en tono tajante que aquella tarde no debían salir. No quiso decir el motivo, pero ellos se quedaron esa noche para seguir su consejo. Dice el general: *Esa misma tarde, a las 10 de la noche, oímos un fuerte ruido de bombardeos aliados que bombardearon la estación de Foggia. Veíamos claramente las llamas que se elevaban de la ciudad. Al día siguiente, asistimos a la misa del padre Pío y le agradecimos el consejo. Sonriente y amable nos dijo que podíamos partir y que nos acompañaba con su bendición. Recuerdo que la estación de tren de Foggia estaba totalmente destruida*¹³².

MILAGROS

Dios le concedió el don de hacer milagros durante su vida. Veamos algunos de ellos.

El padre Rafael, que fue su Prior de 1933 a 1940, dice: *El 10 de junio de 1940 llegó al convento una señora con un hijo de seis años enfermo de encefalitis. Al día siguiente escuchó la misa del padre Pío. Después de la misa, al verlo pasar para ir a confesar, le presentó a su hijo en brazos toda llorosa y desconsolada. El padre Pío la miró con compasión, le hizo una señal de bendición y entró en el confesonario. La pobre madre, un poco decepcionada pero con fe, se quedó en la iglesia a rezar hasta que el padre terminó de confesar. Después se retiró ella al albergue donde acostó al niño, que al momento se quedó dormido. Hacia las 5:30 p.m. el niño se despertó y se levantó solo totalmente curado. A la mañana siguiente, la madre le agradeció al padre Pío, que le respondió: “Agradéceselo a la Virgen que te ha dado esta gracia”. En ese momento estaba presente el doctor Filippo De Capua, pediatra de Foggia, que vio al niño antes y después de la curación*¹³³.

El mismo padre Rafael certificó que el 26 de enero de 1939 fue a san Marco in Lamis donde visitó a la señorita Verónica, gran benefactora de los capuchinos e hija espiritual del padre Pío. Dice: *La encontré agonizante, dos médicos la habían ya desahuciado. Yo la llamé por su nombre, pero no me respondía. Entonces tuve una inspiración: llamé mentalmente al padre Pío y le*

¹³² Positio II, p. 1066.

¹³³ Positio I/1, p. 881.

pedí como su Superior que rezara para que se curara nuestra bienhechora. Al instante, ella abrió los ojos y sintió fuerzas para contestar. Yo la bendije y salí.

Ese mismo día, al regresar al convento, le recomendé personalmente al padre Pío su salud. Me dijo que no moriría. A los pocos días, Verónica mejoró y pudo ir a agradecer personalmente al padre Pío. Vivió otros 26 años y murió el 13 de enero de 1960. Los médicos que la habían desahuciado tuvieron que reconocer en este caso un hecho sobrenatural¹³⁴.

El padre Agustín escribió en su Diario el 10 de junio de 1945: He podido conocer a una señora de Voltutata Appula, que era sorda desde hacía 20 años, que se ha sanado después de haberle pedido la curación al Señor por intercesión del padre Pío. Le he recomendado que traiga los certificados de los médicos que la trataron durante su enfermedad y que se haga revisar para obtener un certificado de curación. Otras personas que la habían acompañado certificaron la veracidad de lo que ella decía¹³⁵.

Declara el padre Alessio Parente: Un día una señora me dijo: “El padre Pío es un santo”. Y me contó que su única hija había tenido una hemorragia interna y, a pesar de los esfuerzos de los doctores, no pudieron hacer nada para salvarla. Decía: “Yo lloraba e invocaba constantemente al padre Pío”. De pronto, lo he visto a mi costado. Me ha puesto una mano sobre mi espalda y me ha dicho: “No te preocupes, yo seré el doctor de tu hija”. Después desapareció. En ese momento, mi hija se agitó en la cama y yo pensé que era el fin. Llamé al doctor y pudo constatar que la hemorragia había cesado. La misma mañana le dieron de alta en el hospital¹³⁶.

El padre Alberto D’Apolito manifestó en el Proceso que el padre Plácido Bux tenía una grave cirrosis hepática y que se curó después de una aparición del padre Pío en bilocación. El siervo de Dios, interrogado sobre esto, lo admitió y dijo haber estado en san Severo para curarlo¹³⁷.

El notario Francesco Fontana afirma que, estando en san Giovanni Rotondo el doctor Sanguinetti, le confió que tenía una joven paciente con grave mal al cerebro y que debía ser operada, pero dudaba si llevarla a Roma o a una clínica de Bari. Le preguntaron al padre Pío y recomendó llevarla a Bari, pero añadió: “Aunque esperamos que antes de llegar...”. Y cortó la frase. La llevaron a Bari y, antes de llegar a la ciudad, se encontró perfectamente curada. La

¹³⁴ Positio I/1, p. 882.

¹³⁵ Positio I/1, p. 944.

¹³⁶ Positio II, p. 205.

¹³⁷ Positio I/1, p. 1250.

llevaron al especialista de la clínica de Bari y sólo pudo afirmar: “No entiendo por qué me la han traído”. El hígado está perfecto y excluyo que haya estado enferma alguna vez.

Al regresar a san Giovanni Rotondo, el padre Pío, riéndose con ganas, les dijo, por lo mal que habían quedado ante el especialista: *Agradecemos al Señor, demosle gracias*¹³⁸.

El padre Rafael dio fe en el Proceso: *Una mañana el hermano sacristán fray Crispín se había olvidado de poner hostias para consagrar. El padre Pío, después de confesar, dio la comunión a los fieles. Había poquísimas hostias en el copón y los fieles eran muchos. Según iba dando la comunión, las hostias iban aumentando. Yo asistí a este portento que fue notado por la señorita americana María Pyle y la señorita Caterina Valentini, alemana*¹³⁹.

En el verano de 1941, dice el padre Rafael, en plena guerra, el pan estaba racionado y cada día pedían pan unos 15 pobres. A la hora de la comida fuimos al comedor, pero no había más que unos 500 gramos de pan para los 10 religiosos, además de los pobres que esperaban. El padre Pío estaba todavía orando en la iglesia. Comenzamos a comer la menestra y, de pronto, llega el padre Pío con bastante pan fresco. Lo miramos sorprendidos y le digo: “Padre Pío, ¿de dónde ha sacado este pan?”. Me responde: “Me lo ha dado una peregrina de Bologna en la puerta”. Le respondo: “Gracias a Dios”. Ninguno de los religiosos dijo una palabra: habían comprendido que era un milagro¹⁴⁰.

CAPÍTULO VI

MINISTERIO DE LA CONFESIÓN

PADRE PÍO CONFESOR

Después de la misa, el padre Pío daba la máxima importancia al ministerio de la confesión, donde obtenía grandes frutos de conversión. Desde que se hizo famoso en 1918 por la difusión de la noticia de sus llagas, el padre Pío confesaba diariamente de ocho a nueve horas. Ya en 1919, en el verano, los hombres debían esperar 10 y hasta 15 días para confesarse. Dormían en los campos alrededor del

¹³⁸ Positio I/1, p. 1257.

¹³⁹ Positio I/1, p. 883.

¹⁴⁰ Positio I/1, p. 882.

convento y lo dejaban todo con tal de poder confesarse con él. Eran miles, y hubo necesidad de pedir ayuda permanente a los *carabinieri* (policías) para cuidar el orden y evitar litigios. A los hombres los confesaba en la sacristía y a las mujeres en la iglesia. Sólo el año 1967, cuando ya tenía 80 años y celebraba la misa en silla de ruedas, confesó a 15.000 mujeres y 10.000 hombres. A muchos de los penitentes los rechazaba de malas maneras, cuando veía que no estaban preparados o arrepentidos.

El padre Gerardo Di Flumeri refiere: Algunos años antes de la muerte del padre Pío, llegó a san Giovanni Rotondo un señor, bienhechor de sus Obras, que vivía en América. Al acercarse al padre Pío, lo mandó fuera bruscamente. El pobre hombre insistía en hacerse reconocer como bienhechor, pero el padre Pío le insistió en que se fuera.

Fue a san Severo a contarme el trato humillante que había recibido y yo le aconsejé que fuera a confesarse con otro sacerdote, pero él me pidió que le acompañara y que intercediera ante el padre Pío como bienhechor. Hablando con él pudo confiarme que tenía una joven amante con la que traicionaba a su esposa algunas veces. Entonces entendí el porqué del rechazo del padre Pío, que tenía el don de conocimiento de los corazones. Por eso, le dije:

- *Si vamos los dos a verlo, nos echará afuera a los dos.*

Fuimos al convento de san Giovanni Rotondo y, apenas nos vio, dijo:

- *¿Has ido a llamar a un abogado? Váyanse afuera los dos.*

Nos retiramos y él se echó a llorar. Yo le exhorté a confesarse con otro sacerdote. Se confesó y regresamos los dos de nuevo a ver al padre Pío. Esta vez él lo recibió bien, le agradeció por su ayuda y lo abrazó. Al despedirse, le insistió:

- *Ahora que vuelves a América, vive como buen cristiano, ¿has entendido?*

Vuelto a América, después de un año me escribió una carta, pidiéndome que le preguntara al padre Pío si podía volver a visitarlo, pero el padre Pío respondió tajante que NO. Supe por una hija suya que había vuelto a retomar la relación con su amante, que era la causa de la discordia en la familia.

Después de varios meses, me escribió diciendo que ya todo había terminado y había vuelto a Dios definitivamente. Entonces el padre Pío me hizo

*escribirle que ya podía volver. Así pudo recibir la bendición del amado padre Pío para sí y su familia*¹⁴¹.

Luciano Livellara se fue a confesar con el padre Pío y a pedirle por la salud de su madre. Al terminar la confesión, el padre Pío le dijo: *Corta inmediatamente esa relación*. Entendió que se refería a su novia, de la que estaba enamorado y que, después de un año, le había declarado que ya estaba casada¹⁴².

Un día una joven terciaria franciscana, que ayudaba a repartir cosas a los pobres, encontró una buena pieza de tela y, como ella también era necesitada, se la guardó. Al confesarse con el padre Pío, le gritó:

- *Tienes las manos sucias.*
- *No, padre, me he lavado las manos.*
- *¿Y aquella tela que te has robado?*
- *Pero la tela era para los pobres y yo soy pobre.*
- *Sí, pero debiste pedir permiso*¹⁴³.

Un comerciante de Pisa fue a pedirle la curación de su hija. El padre Pío le manifestó que él estaba más enfermo que su hija. Él respondió que estaba bien. Y el padre Pío añadió: *¿Cómo puedes estar bien con tantos pecados? Yo veo al menos treinta y dos.*

A una gran pecadora, postrada a sus pies, le dijo todos sus pecados menos uno. Y ella, después de unos momentos, le confesó el que faltaba. Él le dijo: *Ése es el que yo esperaba, ahora sí te puedo dar la absolución.*

Un día se presentó Federico Abresch, de familia protestante, que se había hecho católico por pura conveniencia social. Para no desagradar a su esposa, se acercaba a los sacramentos a pesar de no creer en ellos. Fue a confesarse con el padre Pío, quien le sugirió hacer bien el examen de conciencia desde su última confesión bien hecha. El padre Pío le fue enumerando todos sus pecados y hasta el número de misas no asistidas. El interesado decía: *No pudo ser transmisión de pensamiento, porque yo había decidido confesarme desde mi infancia, de toda mi vida, y él me dijo que sólo desde mi última confesión bien hecha, desde el día de mi matrimonio*¹⁴⁴.

¹⁴¹ Positio IV, problemi morali, pp. 119-120.

¹⁴² Iasenzaniro Marcelino, *Testimonianze*, o.c., p. 66.

¹⁴³ Ib. p. 67.

¹⁴⁴ Positio IV, studi particolari, p. 256.

Otro día un hombre fue a confesarse con el padre Pío y, al arrodillarse, le gritó: *Vete de aquí, animal. ¡Fuera!*

Aquel hombre, humillado y cabizbajo, se retiró. Al día siguiente, en el tren se encontró con alguien que había asistido a la escena y le contó que ciertamente él estaba en pecado; porque, de acuerdo con su esposa, habían abortado tres veces. Se arrepintió y regresó para ser perdonado¹⁴⁵.

Una mañana se fue a confesar un barbero y el padre Pío lo mandó fuera, porque no iba a misa los domingos. El barbero se excusaba de que ese día tenía mucho trabajo, pero después de reflexionar bien, pensó que podía levantarse más temprano y podía ir a misa antes de ir a trabajar. En otra ocasión se le presentó un médico que también fue rechazado, porque dijo que cometía actos impuros y no le podía prometer el corregirse. Después de reflexionar, fue de nuevo y le prometió que los evitaría. El padre Pío le dijo: *Si en 15 días has vuelto a caer, no vuelvas a confesarte conmigo*. Cayó y no volvió por temor a ser rechazado de nuevo. Después de algunas semanas, mejor preparado y decidido a no caer, regresó y fue acogido con una sonrisa y los brazos abiertos. El padre Pío era exigente y exigía seriedad y decisión de cambiar¹⁴⁶.

El padre Gerardo Di Flumeri relató el hecho siguiente: *En 1951 fui a predicar la Cuaresma a cierta parroquia y el párroco me preguntó si conocía al padre Pío. Yo le respondí que sí y que era un religioso de santa vida. Él me dijo que un ciego de su parroquia había ido a confesarse a san Giovanni Rotondo y el padre Pío, antes de arrodillarse, lo mandó fuera, diciéndole: Puerco, ¡fuera de aquí! Él se alejó resentido.*

Hablé con el ciego y, preguntándole, me aclaró que vivía con su empleada sin estar casados. Yo le expliqué que eso era un pecado y, por eso, el padre Pío lo había expulsado del confesonario, a donde había ido buscando solamente la curación física. El ciego meditó en mis palabras y, después de algunos días, se acercó para manifestarme que había decidido casarse y quería que lo confesara, asegurando que, después de casados, iría a san Giovanni Rotondo para agradecer al padre Pío por su amorosa rudeza¹⁴⁷.

¹⁴⁵ Ib. p. 131.

¹⁴⁶ Positio II, pp. 1096-1097.

¹⁴⁷ Positio IV, problema morali, pp. 118.

GRANDES CONVERTIDOS

En la vida del padre Pío hubo muchísimas conversiones. Algunos se convirtieron solamente al verle celebrar misa. Otros por medio de la confesión o de conversaciones personales. Pero todos quedaban para siempre como sus hijos espirituales, por quienes oraba y a quienes encomendaba diariamente a Dios.

Ya hemos anotado anteriormente la conversión de Emanuele Brunatto y de Francesco Morcaldi, sus grandes defensores. Otro convertido fue Ferruccio Caponetti, masón, que relató su conversión en una carta escrita en Bolonia el 18 de noviembre de 1931. Dice así: *Subí por el áspero sendero de Gárgano y encontré al maestro (padre Pío) que me acogió con alegría, porque vio en mí a un ciego. Oyó sonriente las dudas de mi pensamiento. Con sencillas palabras, pero con una inmensa profundidad de pensamiento, demolió una por una todas las teorías de que tenía lleno el espíritu sin que yo encontrase nada que oponerle. Puso de nuevo al desnudo mi alma y, mostrándome las sublimes enseñanzas del Señor, me abrió de nuevo los ojos del espíritu y conocí la verdadera fe. Ahora siento dentro de mí la verdadera paz del espíritu. Ahora conozco al verdadero Dios y eso se lo debo al padre Pío*¹⁴⁸.

El profesor Félix Checcacci de Génova, autor de novelas y de obras de teatro y de música, había vivido en Oriente unos 40 años y consideraba al cristianismo como una derivación del brahmanismo y del budismo. Él dice: *Escribí al padre Pío pidiéndole la paz del espíritu. Dos días más tarde, al atardecer, noté de improviso como un susurro y una voz interior que me dijo: “Vete a la iglesia y reza”. Confieso que hacía más de 30 años que no iba a la iglesia por devoción. Obedecí y, durante la oración, he aquí la voz interior que me susurraba: “La fe no se discute. O la aceptas con los ojos cerrados, admitiendo la insignificancia del hombre para comprender los misterios, o la rechazas. No hay término medio. Escoge”. Desde aquel día, escogí mi camino y debo al padre Pío la vuelta a la religión de mis padres*¹⁴⁹.

El 3 de julio de 1934 llegó a visitarlo el abogado Michele Tortora (1886-1962), masón del grado 32. Y después de algunas conversaciones se retractó de su pasado y se convirtió, siendo a partir de esa fecha un fiel hijo del padre Pío, a quien visitaba frecuentemente¹⁵⁰.

¹⁴⁸ Fernando da Riese Pío X, *Padre Pío de Pietrelcina*, o.c., p. 181.

¹⁴⁹ Ib. p. 182

¹⁵⁰ Positio I/1, p. 866.

Otro convertido fue Giovanni Confetto. Su conversión la contaba el padre Pierino Galeone: *Un día se me acercó Giovanni Confetto y me dijo que su esposa tenía un tumor maligno y que la habían desahuciado. Ella le había insistido para que la llevara a san Giovanni Rotondo al padre Pío, del que decían que hacía milagros. A mí me pidió que le hablara al padre Pío y que le aclarara por honestidad que él no creía, era masón del grado 33, el más alto de la masonería. Vivía en Roma y era un alto funcionario del Ministerio de economía de Italia.*

Fuimos los dos y hablamos a solas al padre Pío, quien le dijo: “¿Cómo puedo hablarle a Jesús, si usted no cree que existe? Primero debe creer en Jesús y después yo le hablaré de su esposa”. Él lo entendió.

A los tres meses lo volví a ver en la plazuela del convento y le pregunté por su esposa. Me respondió:

- *Está curada.*
- *Entonces ¿te has confesado?*
- *Sí, vine a confesarme y, al regresar a mi casa, mi esposa estaba curada. Los médicos no podían entenderlo. Por eso, he vuelto para darle las gracias.*

Y allí encontré a su esposa sonriente, que se acercó a nosotros¹⁵¹.

Otro caso parecido. El abogado Alberto Del Fante también del grado 33 de la masonería, convertido por el padre Pío y que ha escrito varios libros sobre él. También tenía a su esposa muy grave sin esperanza de curación. Dice: *Mi esposa me pidió que fuera a san Giovanni Rotondo a ver al padre Pío para pedirle la curación. Ella sabía muy bien que yo era masón y anticlerical furibundo. Yo decía: “Si la ciencia no puede hacer nada, mucho menos un pobre fraile”. Pero, viéndola llorar, por darle gusto, acepté ir, diciéndole que era como echar a suertes en la lotería”.*

Me puse en la fila de las confesiones y, al llegar mi turno, me dijo: “Joven, no me hagas perder el tiempo. ¿Has venido a jugar a la lotería? Si quieres confesarte, arrodíllate o déjame confesar a esta gente que está esperando”. Me arrodillé sin mucha convicción y el padre cambió su voz y con dulzura me fue descubriendo todos mis pecados, que eran muchos. Yo escuchaba con la cabeza inclinada y sólo respondía sí. Al final, me preguntó: “¿Tienes algún otro pecado?”. Le dije que no. El añadió: “¿No te avergüenzas? ¿Y aquella joven que hace poco tiempo has dejado ir a América y ha tenido un hijo

¹⁵¹ Positio II, p. 1099.

tuyo? Es tu sangre y has abandonado a la madre y al hijo”. Era verdad. Yo me puse a llorar arrepentido. El padre me echó la mano a la espalda y me dijo: “Hijo mío, me has costado lo mejor de mi sangre”. Y lloró conmigo. Una paz inmensa me invadió. Él me pidió: “Hijo mío, ayúdame a ayudar a otros y salúdame a tu esposa”. Al regresar a casa, mi esposa estaba curada¹⁵².

El padre Rafael contaba la conversión del abogado Ricciardi: *Era la tarde del 4 de diciembre de 1928 y llegaron al convento los familiares de Francesco Antonio Ricciardi, pidiendo que se le permitiera al padre Pío ir a la ciudad a confesarlo pues era ateo, estaba moribundo y no quería confesarse con ningún otro. El enfermo nunca había ido a la iglesia y se consideraba incrédulo. Yo acompañé al padre en el coche. Era ya tarde y el tiempo estaba muy frío y nevaba. Llegamos a la casa y quedó sólo el padre Pío con el enfermo, quien se confesó y recibió la comunión de manos del padre Pío. Al regresar, ya se había extendido la noticia y la gente salía de sus casas a aplaudir al padre Pío. El enfermo no murió, sino que se restableció y vivió algunos años más. Yo le di los últimos sacramentos*¹⁵³.

Italia Betti, ilustre profesora de matemáticas del liceo Galvani de Bolonia, activista comunista y secretaria provincial de la Unión de mujeres italianas, fue durante más de 20 años propagandista incansable del comunismo.

Una noche, en un misterioso sueño, se le apareció el padre Pío, invitándola a abandonar las ideas marxistas y seguir la doctrina de Jesús. ¡Quedó desconcertada! Para salir de dudas viajó a san Giovanni Rotondo. Después de la misa del padre Pío, se confesó con él. ¡La transformación fue total! Después abjuró de sus ideas públicamente y escribió una retractación de sus ideas donde decía: *Les he engañado, cuando he tratado de conducirlos por los caminos que sólo llevan a la soledad desesperada del hombre y a la frustración de cada día... Ahora he conquistado la paz. ¡Rueguen por mí!*

Ella se estableció definitivamente el lado del padre Pío en san Giovanni Rotondo. Al año y medio de convertirse murió santamente, consumida por un cáncer, el 26 de octubre de 1950. Murió con el hábito franciscano de la Tercera Orden¹⁵⁴.

Por otra parte Lázaro Cassano refiere la conversión del ateo Alfredo Luciani, que era su amigo y que le contó su historia así: *Tenía cuatro hijas y me*

¹⁵² Positio II, pp. 1099-1100.

¹⁵³ Positio I/1, pp. 793-794.

¹⁵⁴ Sáez de Ocáriz Leandro, o.c., p. 332.

nació un hijo maravilloso que crecía feliz. A los cinco años murió y yo me sentí tan triste y desconsolado que odiaba a todos. Me fui de la casa a vivir en las montañas, donde pasé varios meses recordando a mi hijo en la soledad. Todas las mañanas encendía fuego y echaba un poco de incienso para así unirme a él de alguna manera. Mi esposa y amigos me querían hacer volver a casa, pero todo fue inútil. Un día encontré a un pastor que me recomendó ir a visitar al padre Pío a san Giovanni Rotondo. Le dije que no creía en nada, porque era ateo. Ese mismo día, no podía encender el fuego y poner el incienso, porque no tenía fósforos. Invoqué al padre Pío y los carbones comenzaron a arder solos. Me sentí conmovido y regresé a casa, diciéndole a mi esposa que me iba de inmediato a san Giovanni Rotondo a ver al padre Pío. El padre me recibió, pero me pidió que regresara en 15 días para prepararme bien para la confesión. Regresé a los 15 días y me recibió con sonrisas y abrazos, y me confesé recibiendo así la gracia de Dios. A partir de ese momento, Alfredo Luciani fue un gran apóstol, especialmente entre los ateos, llevándolos al padre Pío¹⁵⁵.

El mismo Lázaro Cassano refiere también la conversión del ateo Eugenio Anchini: *El profesor Eugenio Anchini nos invitó a mí y a otros amigos a cenar a su casa, donde manifestó su opinión de que el padre Pío era un impostor. Yo le contradije, diciéndole que no podía hablar así sin conocerlo. Después de hablar sobre el padre Pío, le entró una gran curiosidad y me pidió llevarlo al día siguiente a san Giovanni Rotondo, donde yo vivía, para visitar al padre Pío. Acepté y llegamos el 29 de junio de 1937.*

El padre Pío, al verlo, se acercó y le dijo: “Oveja selvática, ven aquí. Yo soy un gran pecador como tú, pero ¿qué te he hecho para juzgarme tan mal?”. El profesor se arrodilló y, llorando, le pidió perdón. El padre Pío lo levantó y me rogó que lo acompañara a la iglesia a rezar a la Virgen, diciéndole: “Mañana por la mañana te espero para confesarte”. El padre Pío se alejó después de darnos la bendición.

El profesor estaba conmovido y emocionado y no quería salir de la iglesia. Al día siguiente, se confesó y se convirtió. A partir de ese día realizó un fecundo apostolado, organizando peregrinaciones a san Giovanni Rotondo¹⁵⁶.

La fama del padre Pío atraía a san Giovanni Rotondo a fieles de otras religiones, algunos de los cuales se convertían.

¹⁵⁵ Positio II, p. 575.

¹⁵⁶ Positio II, p. 575.

Uno de ellos fue el doctor Röster Szani, polaco y de religión judía. Le pidió formalmente ayuda al Superior, padre Rafael, quien viendo que estaba bien preparado, le pidió al arzobispo de Manfredonia, el 31 de enero de 1940, el permiso para el bautismo, que le fue administrado el 5 de febrero de 1940 por el mismo padre Pío en la iglesia de los capuchinos de san Giovanni Rotondo. Otros casos fueron el de la luterana Anna Lina Chrafer, bautizada por el padre Pío el 29 de diciembre de 1939 y el de Maria Saline Weber, también luterana, quien recibió el bautismo igualmente de manos del padre Pío en octubre de 1940¹⁵⁷.

El padre Lorenzo refiere otros casos. Un judío de Firenze, enfermo de los ojos, obligado a llevar vendas negras, ya instruido en la fe, hizo su primera comunión (con el padre Pío) y, al regresar a su casa, se mejoró de la vista y ahora lleva lentes. Había venido para curarse y el padre Pío le dijo: *Primero te haces cristiano y después vendrá el resto.*

Un protestante holandés, no bautizado, quiso que el padre Pío lo bautizase. No estando preparado, volvió a Roma y, después de prepararse, vino y recibió el bautismo, la primera comunión y la confirmación.

Un protestante, de padre y madre alemanes, vino aquí y se quedó hasta prepararse y después se bautizó *sub conditione* y recibió la comunión.

Una señorita protestante holandesa estuvo bastantes días aquí para prepararse y recibió el bautismo *sub conditione* y la primera comunión. Ha regresado otras veces para ver al padre Pío.

Una señorita de Estonia, hija de pastores protestantes, vino aquí y recibió el bautismo y la primera comunión.

Un señor de Milán, profesor de teosofía, reconoció sus errores y estuvo aquí un mes, recibiendo la comunión todos los días.

Una señora inglesa, seguidora de doctrinas teosóficas, enderezó su vida. Estuvo aquí unos dos meses y ahora regresa cada cinco a seis meses.

También muchas jóvenes que se han hecho religiosas; otros, sacerdotes, como el padre Arturo Palagi de Firenze, que era profesor de Ciencias y Matemáticas y ahora es religioso capuchino. Un pintor ruso entró en los

¹⁵⁷ Positio I/1, pp. 908-909.

trinitarios de Livorno y muchos hombres alejados de los sacramentos han retomado aquí las prácticas religiosas¹⁵⁸.

María Pyle, llamada la *americana*, fue una de las grandes colaboradoras del padre Pío y de los padres capuchinos. En 1922 su fortuna le permitía viajar por toda Europa. La célebre pedagoga María Montessori la convirtió al catolicismo. Un día asistió a la misa del padre Pío y quedó tan conmovida que decidió quedarse a vivir en san Giovanni Rotondo de por vida. Se construyó su propia casa a cien metros del convento y dedicó toda su fortuna al padre Pío y a sus obras. Ella albergó en los últimos días de sus vidas a los papás del padre Pío y durante muchos años se encargó de tocar el armonio de la iglesia y dirigir el coro los domingos. Murió allí mismo, el 26 de abril de 1968, cinco meses antes que el padre Pío.

CAPÍTULO VII

SUS GRANDES AMORES

JESÚS EUCARISTÍA

Su amor a Jesús Eucaristía lo manifestaba pasando muchas horas del día y de la noche en oración en el coro ante Jesús sacramentado. No es de extrañar que le diera la máxima importancia a la celebración de la misa, que era el centro de su vida y de cada día.

En ella veía a Jesús, quedándose como extasiado en algunos momentos, sonriendo a una presencia invisible. De aquí podemos comprender cuánto le costó cuando le ordenaron que debía celebrar la misa en 35 ó 40 minutos máximo. Él hubiera deseado celebrarla en dos o tres horas como lo hizo en los dos años de Segregación (1931-1933) o en sus primeros años de sacerdote, cuando estaba en Pietrelcina por enfermedad.

Eran tantos los que querían asistir a su misa que el padre Pío trastornaba los horarios de los hoteles, regulaba los de los autobuses y atraía cada día a primeras horas de la mañana a agentes que se apretujaban en la pequeña iglesia del convento. Para todos era una experiencia de fe que los emocionaba y los fortalecía. Durante la segunda guerra mundial, muchos soldados, incluso protestantes de distintos países, iban a verle celebrar la misa.

¹⁵⁸ Castelli Francesco, o.c., pp. 184-186.

El padre Agustín escribe en su *Diario* el 31 de diciembre de 1944: *El padre Pío celebró la misa a unos 20 oficiales y soldados americanos. Todos los domingos vienen soldados americanos a escuchar su misa. Todos quedan admirados, incluso los protestantes. Bastantes soldados católicos comulgan en la misa del padre, aunque sea tarde, hacia el mediodía (en aquel tiempo había que estar en ayunas desde las doce de la noche del día anterior)*¹⁵⁹.

*La noche de Navidad de 1945 vinieron unos 50 soldados y oficiales americanos e ingleses. El día de la Epifanía el padre Pío cantó la misa solemne y bastantes soldados lo acompañaron con el canto de la misa de "Angelis"*¹⁶⁰.

Dice el padre Rafael: *Todos los días viene algún oficial o soldado americano a ver al padre Pío. Dos capellanes católicos, entusiastas del padre Pío, vinieron con otros oficiales. El capellán jefe de la octava Armada británica se quedó a dormir una noche en el convento y habló con el padre Pío. Asistieron a la misa más de setenta soldados americanos con el capellán y algunos oficiales, comulgando casi todos. Un médico militar americano visitó al padre Pío y le donó algunas medicinas reconstituyentes.*

*Desde 1947 llegan comitivas de visitantes de distintos países: Irlanda, Austria, Suiza, Uruguay, Argentina, Estados Unidos... y de toda clase social: obispos, sacerdotes, médicos, embajadores, generales y personas ilustres del deporte, senadores, ministros, príncipes, etc.*¹⁶¹

El escritor Guido Piovene, que asistió a la misa del padre Pío, escribió: *El padre Pío celebra la misa en un estado de éxtasis y arrobamiento. No un arrobamiento inmóvil, porque se alternan sentimientos diversos. Las manos, que durante el día cubre con unos medios guantes, están desnudas en el altar y manifiestan la gran mancha rojiza de los estigmas. Se ve que le duelen y especialmente sufre al arrodillarse como lo pide el rito, agarrándose al altar, pues una sombra de dolor físico aparece en su rostro. Está claro que revive en su cuerpo y alma el sacrificio de Cristo. Más que una misa, el suyo es un coloquio con Cristo. Los sentimientos diferentes de alegría o angustia que se notan en su rostro son suscitados en él por los hechos en que participa. He visto al padre Pío sacarse de la manga un pañuelo, usarlo y después dejarlo sobre el altar. Su misa es al mismo tiempo, trágica y confidencial. Celebrar misa es para el padre Pío un acontecimiento capital de cada día. En otros momentos, ora y*

¹⁵⁹ Positio I/1, pp. 942-943.

¹⁶⁰ Ib. p. 943.

¹⁶¹ Positio III/1, pp. 691-693.

*confiesa. Duerme poco, come algo de verdura y un vaso de cerveza. Sus ocupaciones son celebrar misa, confesar y orar. Ellas constituyen en él un valor de función pública*¹⁶².

Nino Salvaneschi escribió sobre la misa del padre Pío: *Nunca un hombre de Cristo pudo haber celebrado con mayor sencillez a ejemplo de Cristo, cuando rezaba en Galilea. Palidísimo, los ojos medio cerrados como el que está viendo una luz demasiado intensa, el padre Pío celebra la misa como si llegase de una humanidad superior a la nuestra, celebrando en aquel altar sencillito y casi toscito a través de una atmosfera de otro mundo. A su derredor la gente de san Giovanni Rotondo llena la iglesia. La gente se sienta hasta en las gradas debajo del altar... No cabe duda, cuando este hombre celebra la misa, está verdaderamente con Dios*¹⁶³.

El padre Carmelo, hablando de la misa del padre Pío en sus últimos cuatro años, manifiesta. *La misa duraba de 35 a 40 minutos. He visto cómo aquel sacerdote de Cristo revivía y ofrecía con Él el sacrificio del Calvario. Parecía no percatarse de las luces, de los flash de los fotógrafos, de todo lo que ocurría en torno a él. Ensimismado totalmente en Dios, miraba la sagrada hostia con sus grandes ojos de los que parecía salir fuera toda su fe y su amor. Se movía sobre sus pies doloridos. Con frecuencia se enjugaba las lágrimas con un pañuelo blanco que el sacristán tenía siempre a mano. A veces no lograba contener y dominar la emoción interior y, además de las lágrimas, temblaba su voz y toda su persona*¹⁶⁴.

Algunos forasteros decían: *Por fin he asistido a una verdadera misa. Y eso que la decía en latín, pero se notaba con claridad que no era él el único que asistía en el altar, pues le asistían presencias invisibles.*

El padre Vicente de Casacalenda declaró: *Uno no se cansaba de mirarlo. Allí se estaba repitiendo el misterio de la Pasión. Parecía que había nacido para celebrar la misa. Cuando levantaba la patena y el cáliz, las mangas bajaban un poco y dejaban ver las llagas de las manos. Sobre ellas se posaban las miradas de todos. Y, después de la consagración y de la elevación, se advertía algo insólito en su rostro. La gente decía: "Parece Jesús"... ¿Y quién puede olvidar aquel grito: Señor, no soy digno? Se daba golpes de pecho y eran tan fuertes aquellos golpes que causaban maravilla. La gente contenía su respiración,*

¹⁶² Positio IV, problemi storici, p. 46.

¹⁶³ Fernando da Riese Pío X, o.c., p.19.

¹⁶⁴ Ib. p. 201.

cuando llegaba la comunión. El divino crucificado se unía a aquel pobre fraile crucificado como Él¹⁶⁵.

El padre Rosario de Aliminusa declaró: *Durante tres años he podido asistir a la misa del padre Pío y puedo afirmar que, durante la celebración de la misa, su rostro se transformaba y quedaba luminoso. No digo que fuera una luz sobrenatural, sino simplemente que su rostro tomaba un aspecto sereno, resplandeciente como el de una persona que siente una gran alegría interior. Era un rostro en el que transparentaba su íntima comunión con Dios. Él me decía que comenzada la misa, no sentía nada y no se daba cuenta de lo que sucedía a su alrededor en la iglesia*¹⁶⁶.

El padre Vittorio Massaro cuenta sobre la misa de Nochebuena de 1965 a la que él asistió, haciendo de diácono: *Otras veces asistí a la misa de padre Pío, pero aquella noche santa fue algo muy especial. El padre se transformaba al contemplar al Niño divino ante sus ojos. Daba suspiros de amor, que salían de las fibras más íntimas de su corazón. El padre cantaba siempre con voz clara y fuerte, pero aquella noche era una explosión de amor y entonó el canto del Gloria con mucho entusiasmo.*

*La santa misa era para él el centro de su vida. Asistir a ella era como una atracción que quitaba la respiración e invitaba a la meditación profunda. Y, si esto sucedía a todos los que estaban presentes, cuánto más a los que ayudaban en el altar. Parecía que toda la persona del padre Pío resplandecía*¹⁶⁷.

El señor Francesco Vicari en su *Testimonio* declaró: *Tuve la suerte de asistir a su misa. Mirando las llagas de sus manos, la luz de sus ojos y el éxtasis de su rostro, me surgió una plegaria. “Haz Dios mío, que pueda amarte también yo como este hombre santo*¹⁶⁸.

En una entrevista al padre Pío le preguntaron:

- ¿La santísima Virgen está en su misa?
- ¿Y creen que la Madre no se interesa por su Hijo?
- ¿Los ángeles asisten a la misa?
- En multitudes.
- ¿Qué hacen?
- Adoran y aman.

¹⁶⁵ Ib. p. 197.

¹⁶⁶ Positio I/1, p. 573.

¹⁶⁷ Positio I/1, p. 579.

¹⁶⁸ Positio I/1, p. 588.

- Padre, ¿quién está cerca de vuestro altar?
- Todo el paraíso.
- ¿Quisiera celebrar más de una misa al día?
- Si estuviera en mi poder, no descendería jamás del altar¹⁶⁹.

El mismo padre Pío manifestó: *El día de la Asunción de María al cielo estaba celebrando la misa y... me sentía morir. Eran dolores físicos y penas internas que martirizaban mi pobre ser. Una tristeza mortal me invadía y me parecía que todo había terminado para mí: la vida terrena y la eterna. Lo que más me atormentaba era no poder manifestar a la divina bondad mi amor y reconocimiento. No me aterrorizaba tanto la idea de ir al infierno, sino la idea de que allí no hay amor...*

Tocaba la cima de la agonía y donde pensaba encontrar la muerte, encontré el consuelo de la vida. En el momento de consumir las sagradas especies de la hostia santa, una luz me invadió totalmente y vi claramente a la Madre celeste con su Hijo en brazos que, juntos, me decían: “Tranquilízate. Nosotros estamos contigo, tú nos perteneces y nosotros somos tuyos”.

Dicho esto, no vi nada más. Llegó la calma y la serenidad. Todo el día me sentí ahogado en un océano de dulzura y amor indescriptible. Al ocaso del sol de este día he regresado al estado normal¹⁷⁰.

Para celebrar bien la misa se preparaba con mucha oración. Se levantaba muy temprano y se pasaba un par de horas en oración antes de celebrar la misa. Después de la misa, se quedaba, al menos media hora, en acción de gracias.

El padre Buenaventura de Pavullo le hizo algunas preguntas en noviembre de 1939:

- Padre Pío, ¿cómo se debe preparar uno bien para celebrar la misa?
- Pensar en la pasión de Cristo que se renovará poco después.
- ¿Se puede orar en la misa fuera de los Mementos de vivos y difuntos?
- ¿Cómo no se va a poder? ¿Te parece que después de la consagración no se le pueda decir a Jesús allí presente: Te amo, perdona mis pecados, ten piedad y misericordia de mí y de ellos y salva al mundo entero?¹⁷¹.

¹⁶⁹ Tarsicio de Cervinara, *La messa di padre Pio*, San Giovanni Rotondo, 1975, p. 40.

¹⁷⁰ Positio III/2, pp. 2500-2501.

¹⁷¹ Positio I/1, p. 889.

En carta del 18 de abril de 1912 le escribía al padre Agustín sobre su acción de gracias: *Después de la misa me entretuve con Jesús para darle gracias. ¡Qué suave fue el coloquio que he tenido esta mañana con el paraíso!... El Corazón de Jesús y el mío se fundieron. No eran dos corazones que latían, sino uno solo. Mi corazón había desaparecido como una gota de agua en el mar. Jesús era el paraíso, el rey. Mi alegría era tan intensa y profunda que no podría soportar más. Lágrimas deliciosas inundaron mi rostro*¹⁷².

En carta al padre Benito del 21 de julio de 1913 le escribe: *El domingo, después de la celebración de la misa, fui transportado por una fuerza superior a una habitación muy espaciosa, toda resplandeciente de luz vivísima. En un trono alto vi sentada una señora de extraordinaria belleza. Era la Virgen santísima que tenía al niño en su seno, el cual tenía una actitud majestuosa con un rostro espléndido y luminoso más que el sol. Y alrededor había una gran multitud de ángeles bajo formas resplandecientes*¹⁷³.

A partir del 24 de noviembre de 1966 tuvo que celebrar la misa sentado y mirando al pueblo por sus achaques, pues tenía ya 79 años. Pero siempre fue muy cuidadoso en guardar las normas litúrgicas establecidas como hijo obediente de la Iglesia, pues sabía muy bien que la misa, no era la misa del padre Pío, sino la misa de Jesús. Jesús es el que celebra la misa y el sacerdote es sólo ministro de Jesús y ministro de la Iglesia en la celebración.

Cuando vinieron las reformas litúrgicas con el concilio Vaticano II y el establecimiento de la misa de cara al pueblo en lengua vernácula, para evitar faltas, prefirió pedir dispensa, que consiguió, para poder seguir celebrando la misa en latín y según el rito antiguo. Solamente se le pidió observar la rúbrica de levantar el cáliz y la patena con las dos manos. El padre Pellegrino declaró: *El día en que le llegó la dispensa me mandó a la capilla para traerle el cáliz y la patena y ver cómo se levantaban los dos juntos, porque decía: “Las cosas hay que hacerlas bien”*¹⁷⁴.

Cuando estaba enfermo, debían llevarle la comunión sin falta, porque no podía vivir sin ella. Un día dijo: *Si debiera estar un día sin la comunión, yo me moriría*¹⁷⁵.

El padre Agustín refiere que, *estando el padre Pío enfermo en el convento de Venafro, le llevaban la comunión a su celda. Un día estaba muy afligido,*

¹⁷² Positio III/2, p. 1157.

¹⁷³ Positio III/2, p. 1197.

¹⁷⁴ Positio II, p. 238.

¹⁷⁵ Positio II, p. 1534.

*porque no sabía si había comulgado. Le dije que le había dado yo mismo la comunión con mis indignas manos, pero no se convencía. Entonces, el Superior le pidió ayuda a su ángel custodio y, al instante, el padre Pío se acordó de haber comulgado. Dos veces le ocurrió esto por haber comulgado en éxtasis sin darse cuenta*¹⁷⁶.

La eucaristía era para él el alimento para su cuerpo y para su alma. Decía:

- *Un día sin comunión es como un día sin sol.*
- *¿Cómo podría vivir un solo día sin acercarme a recibir a Jesús?*
- *El mundo podría existir sin el sol, pero no sin la misa.*
- *Cuando no puedas ir físicamente, vete en espíritu ante el sagrario.*

LA VIRGEN MARÍA

Su amor a María era como la de un hijo enamorado de su madre, ya que no podía vivir sin Ella, que se le aparecía frecuentemente y a quien veía visiblemente con Jesús durante la misa. El mes de mayo era su predilecto por ser el mes de María. En una carta del 1 de mayo de 1912 escribe al padre Agustín: *El hermoso mes, mes de mayo, es el más bello del año. ¡Cómo predica este mes las bellezas y las dulzuras de María! Mi mente piensa en los innumerables beneficios que me ha hecho esta querida madrecita... El mes de mayo es el mes de las gracias... ¡Cuánto me quiere la mamá del cielo! Lo he constatado una vez más al alborear este mes de mayo. ¡Con qué solicitud tan maternal me ha acompañado en el altar esta mañana! Me parecía como si no tuviera ella otra cosa que hacer sino atenderme a mí a fin de llenar mi corazón de los más santos afectos.*

A ella le dirigía constantemente sus oraciones con su arma favorita: el rosario.

En 1950 la imagen peregrina de la Virgen de Fátima llegó a san Giovanni Rotondo, cuando él estaba muy enfermo. El padre Agustín escribió en su *Diario* el 8 de setiembre de 1959: *El padre Pío atribuyó su curación a la Virgen de Fátima, cuando vino el 5 de agosto. Él le dijo a la Virgen con su corazón ardiente de amor, cuando el helicóptero con la imagen de la Virgen daba algunas vueltas sobre el convento antes de partir: “Mamita mía, desde que has llegado a Italia he estado enfermo y ahora que te vas, ¿no me dices nada?”. En un momento se sintió con una fuerza misteriosa en su cuerpo y dijo: “Estoy*

¹⁷⁶ Positio IV, studi particolari, p. 230.

curado”... *El padre Pío decía: “La Virgen vino aquí, porque quería curar al padre Pío”*¹⁷⁷.

Declara el padre Alessio Parente: *En los últimos años de su vida el padre Pío se hacía lavar la cara por mí o por el padre Honorato. Una tarde le dije: “Padre, yo no he estado nunca en Lourdes, ¿por qué no vamos juntos a ver a la Virgen? Y me respondió: “No es necesario que vaya, porque a la Virgen la veo todas las noches”. Yo entonces le sonreí diciendo: “Ah, ¿por esto es que se pone guapo y se lava la cara por la tarde y no por la mañana?”. Y él no respondió, pero sonrió*¹⁷⁸.

El doctor Kisvardy estaba una vez en la celda del padre Pío para que le firmaba unos cheques. Se fue la luz y quedaron en la oscuridad. El doctor quería ir a buscar una vela, pero el padre Pío le dijo: *¿Adónde vas? No es necesaria una vela. ¡Hay tanta luz en la celda! ¿No ves a la Virgen sentada en aquella silla? El doctor le dijo que él veía todo oscuro y nada más*¹⁷⁹.

A sus hijos espirituales les enseñaba a amar a María y saludarla en sus imágenes, diciéndoles: *“Te saludo, oh María, saluda de mi parte a Jesús”... En sus cartas solía comenzar diciendo: “Jesús y María sean siempre con vosotros y con todos los que los aman con puro corazón”. “Que Jesús y María te conforten y te ayuden”. “Quisiera volar para decir a todas las criaturas que amen a Jesús y María”. “Que Jesús y María reinen en tu corazón y en tu familia”. “Que Jesús y María estén siempre con vosotros y os liberen de todo mal y os consuelen en todas vuestras aflicciones”*¹⁸⁰.

En su habitación tenía una imagen grande de la Virgen que colgaba de la pared a los pies de su cama y, mirándola, se dormía como un niño que espera el beso de su madre antes de dormir¹⁸¹.

Según el padre Rosario da Aliminusa, el padre Pío era la personificación de la oración. Era un hombre de oración permanente. En los pasillos del convento siempre estaba con el rosario en la mano y por las noches, en que casi no dormía, las pasaba también rezando el rosario¹⁸².

¹⁷⁷ Positio I/1, p. 1013.

¹⁷⁸ Positio II, p. 205.

¹⁷⁹ Positio II, p. 1195.

¹⁸⁰ Positio II, p. 523.

¹⁸¹ Positio II, p. 1534.

¹⁸² Positio I/1, p. 572.

Afirma el padre Tarsicio Zullo que una vez le preguntó al padre Pío cuántos rosarios rezaba cada día y le dijo: *Si las cosas van mal, unos 30 rosarios*¹⁸³.

Dos días antes de morir, a quien le pedía que le dijera algo, respondía: *Amen a la Virgen y háganla amar. Reciten el rosario y recítenlo siempre y recítenlo cuanto más puedan*¹⁸⁴.

Una tarde, al ir a acostarse, no encontraba su rosario para rezarlo durante las horas de descanso. Entonces le pidió ayuda al padre Honorato, diciéndole: *Dame el arma*¹⁸⁵.

En una oportunidad lo visitó el obispo monseñor Pablo Corta con un oficial del ejercito. El obispo le pidió, bromeando, un billete de entrada al paraíso para el militar. Y el padre Pío, sonriente, le dijo: *Sí, sí, para entrar al paraíso es preciso contar con el billete de acceso a María Santísima*. Le alargó un rosario y le dijo: *Este es el billete para entrar en el paraíso, rézalo*.

El padre Eusebio Notte manifestó: *Una vez en que me encontraba en su celda con otros hermanos, sonó la campana para ir a rezar el rosario. Los otros hermanos fueron, pero yo me quedé. Me preguntó por qué no iba y le respondí que aquel día me sentía dispensado, porque había rezado tres rosarios. Y él me dijo: “Yo he rezado cuarenta y, si pudiera caminar, iría”*¹⁸⁶.

*Cuando por parte de algunos católicos, e incluso sacerdotes, se ponían en duda algunos privilegios de la Virgen como su virginidad, su inmaculada concepción o su misión mediadora, el padre Pío sufría de verdad y expresaba su opinión de modo fuerte y rudo*¹⁸⁷.

Cuatro días antes de su muerte le regalaron un arreglo floral por el 50 aniversario de sus llagas. Tomó una rosa y se la entregó a un hijo espiritual con el encargo de llevarla a la Virgen de Pompeya. Aquella rosa, a diferencia de otras, no se marchitó. El 23 de setiembre, día de su muerte, el prelado del santuario, monseñor Aurelio Signora, viéndola fresca y perfumada, la colocó entre los recuerdos más queridos del santuario¹⁸⁸.

¹⁸³ Positio II, p. 624.

¹⁸⁴ Positio III/1, p. 849.

¹⁸⁵ Positio II, p. 519.

¹⁸⁶ Positio I/2, p. 1401.

¹⁸⁷ Positio I/2, p. 1406.

¹⁸⁸ Positio II, p. 521.

A veces repetía: *Quisiera tener una voz potente para invitar a todos los pecadores del mundo a amar a la Virgen. Pero como eso no está en mi poder, pediré a mi angelito a cumplir por mí ese oficio*¹⁸⁹.

LOS SANTOS

El padre Pío vivía el dogma de la comunión de los santos de verdad. Sentía la presencia, no sólo de Jesús, de María y de su ángel, que se le aparecían constantemente, sino también de otros santos, especialmente de los de su especial devoción. Entre ellos estaba su padre san Francisco, a quien dirigía frecuentes oraciones como en el caso en que el general de la Orden pensó en pedir para él la separación de la Orden para que quedara sólo como sacerdote diocesano. En este caso, su padre san Francisco se le apareció y le aseguró que no sería separado de la Orden.

También tenía mucha devoción a san José. En una carta al padre Agustín del 21 de marzo de 1912, le dice: *El día de san José sólo Dios sabe cuántas dulzuras experimenté; sobre todo, después de la misa. La cabeza y el corazón me quemaban, pero era un fuego que me hacía bien, en la boca sentía toda la dulzura de la carne del Hijo de Dios. ¡Oh, si en este momento sintiese lo mismo, estaría como en el cielo!*

En otra carta al padre Agustín del 18 de enero de 1912, le escribe: *¡Cuántas veces el diablo me ha tirado de la cama y me ha arrastrado por la habitación! Pero ¡paciencia!, Jesús, la Mamá María, el angelito, san José y el padre san Francisco están casi siempre conmigo.*

Por otra parte, tenía una devoción muy especial a los ángeles custodios de sus hijos espirituales y, sobre todo, a san Miguel Arcángel, recomendándoles que visitaran su santuario del Monte Gárgano, cercano a san Giovanni Rotondo. También invocaba con fervor a san Pío V, el Papa vencedor de los turcos en Lepanto. Al hacer sus votos, quiso llamarse Pío en su honor y todos los años celebraba su onomástico el 5 de mayo fiesta de san Pío V.

Y, por supuesto, invocaba con gran fervor cada día en la misa al santo del día, cuya fiesta se celebraba. Y por su intercesión pedía abundantes bendiciones para él y para sus hijos espirituales.

¹⁸⁹ Carta al padre Agustín del 1 de mayo de 1912.

EL ÁNGEL CUSTODIO

Para el padre Pío el ángel custodio era su amigo inseparable y su devoción la inculcaba mucho a sus hijos espirituales. Él mismo se beneficiaba de la presencia de este ángel que le hacía muchos favores.

A su ángel lo llamaba en las cartas con diferentes nombres: angelito, buen angelito, celeste personaje, inseparable compañero, insigne guerrero, el buen ángel custodio, benéfico ángel, mensajero celeste, como un hermano, como un amigo, como un familiar, buen secretario, pequeño compañero de mi infancia.

Entre sus oficios estaba el de traductor, pues el padre Pío conocía lenguas extranjeras sin haberlas estudiado. No había estudiado ni francés ni griego y las entendía, escribiendo incluso en francés. A la pregunta del padre Agustín de quién le había enseñado francés, el padre Pío le respondió: *Si la misión del ángel custodio es grande, la del mío es más grande aún, ya que debe hacer de maestro, explicándome otras lenguas*¹⁹⁰.

El padre Ruggero afirma que un día se presentaron cinco austríacos que querían confesarse con el padre Pío a pesar de no saber ni palabra de italiano. Pensó que el padre Pío los rechazaría por no entenderlos. Pero, al salir el primero, salió riéndose y los otros igualmente salieron con mucha alegría. Yo le pregunté algunos días después cómo había hecho para confesar a los cinco austríacos, que no sabían italiano, y me respondió: *Cuando quiero, entiendo todo*¹⁹¹.

En 1940 vino un sacerdote suizo y habló en latín con el padre Pío. Antes de irse, el sacerdote le encomendó a una enferma. El padre Pío le respondió en alemán: *Ich werde Sie an die gottliche Barmherzigkeit empfehlen* (la encomendaré a la divina misericordia). El sacerdote quedó admirado del hecho¹⁹².

El padre Agustín escribió en su “Diario”: *El padre Pío no sabía ni francés ni griego. Su ángel custodio le explicaba todo y el padre respondía bien. La ayuda de este singular maestro era tan eficaz que podía escribir en lenguas extranjeras. Entre sus cartas escritas, hay algunas que, al menos en parte, fueron escritas en francés*¹⁹³.

¹⁹⁰ Positio III/1, p. 809.

¹⁹¹ Positio IV, studi particolari, p. 249.

¹⁹² Positio III/1, p. 809.

¹⁹³ Parente Alessio, *Mandam il tuo angelo custode*, Ed. P. Pio da Pietrelcina, san Giovanni Rotondo, 1999, p. 65

Un día vino de Estados Unidos una familia, porque la niña, de padres italianos, quería hacer su primera comunión con el padre Pío. La señorita americana, María Pyle, la preparó, pues la niña no sabía ni palabra de italiano. La víspera de la comunión, María Pyle la llevó al padre Pío para que confesara a la niña, ofreciéndose a hacer de traductora, pero el padre Pío no aceptó.

Después de la confesión, María Pyle le preguntó a la niña si el padre Pío la había entendido, y respondió que sí.

- *Y tú ¿lo has entendido?*
- *Sí.*
- *Pero ¿te ha hablado en inglés?*
- *Sí¹⁹⁴.*

Afirma el padre Tarsicio Zullo: Cuando llegaban a san Giovanni Rotondo peregrinos de distintas lenguas, el padre Pío los comprendía. Una vez le pregunté: “¿Padre, cómo hace para entender tantas lenguas y dialectos? Y respondió: “Mi ángel me ayuda y me traduce todo”.

Muchas veces los hijos espirituales acostumbraban enviarle a su ángel custodio con ocasión de determinadas necesidades. Yo he usado este medio muchas veces. Le preguntábamos al padre Pío, si realmente el ángel custodio había ido a él. Y respondía: “¿Es que creen que el ángel custodio es tan desobediente como ustedes?”¹⁹⁵.

El padre Gabriel Bove declara: Para mí era sorprendente lo que decía la gente de que el padre Pío tenía mucha familiaridad con su ángel custodio y le pedía que fuera durante la noche a confortar a los enfermos y socorrer a los pecadores. Esto me lo confirmó el mismo padre. Un día de verano de 1956, después de bendecir a los fieles, salía el padre Pío de la iglesia muy fatigado. Aquel día parecía que estaba más cansado que de ordinario. Caminaba apoyado del brazo del padre Giambattista y se parecía a san Francisco estigmatizado bajando del monte. Yo lo tomé del otro brazo, preguntándole:

- *Padre, ¿está muy cansado?*
- *Sí, hijo mío, estoy aplastado por tanto calor.*
- *Esta noche descansará. Además pediremos a su ángel custodio que venga a aliviarlo.*

¹⁹⁴ Ib. pp. 65-66.

¹⁹⁵ Positio II, p. 630.

Detuvo el paso y con fuerte voz me gritó: “Pero ¿qué dices? Debe ir de viaje”. Era eso precisamente lo que yo quería saber. Disimulando mi sorpresa, le respondí:

- *¿Qué? ¿Su ángel debe viajar?*
- *Cierto.*

Entonces, le dije: “Padre, si su ángel debe viajar para confortar a los enfermos y socorrer a los pecadores, permita que nuestros dos ángeles al menos tomen su puesto”.

- *No, que cada uno de sus ángeles esté con su protegido. Y, sonriendo, añadió: “¿Y si estos ángeles se ponen celosos?”¹⁹⁶.*

El padre Alessio Parente declaró: Cuando el padre Pío confesaba, si alguien le preguntaba: “¿Qué hago cuando necesito su ayuda y no puedo venir a verlo?”. Generalmente respondía: “Si no puedes venir, mándame tu ángel custodio”. Un día estaba en la terraza con él. Le pedí un consejo para una persona y me respondió: “Déjame en paz, ¿no ves que estoy ocupado?”. Yo me callé, pero lo veía rezar el rosario y no me parecía demasiada ocupación. Pero él añadió: “¿No has visto todos estos ángeles custodios de mis hijos espirituales que van y vienen?”. Yo le respondí: “No los he visto, pero lo creo, porque usted cada día les repite a sus hijos que se los manden”...

En 1965 yo pasaba parte de la noche acompañando al padre Pío y por la mañana debía acompañarlo hasta el altar. Guardaba sus guantes y me iba a mi celda a descansar un poco. Muchas veces, cuando no me despertaba a tiempo, sentía a alguien tocar fuerte en mi puerta. A veces, sentía en mi sueño una voz que me decía: “Alessio, levántate”. Un día no me desperté ni para la misa ni para acompañarlo después con las confesiones. Despertado por otros hermanos, fui a la celda del padre Pío y le dije: “Discúlpeme, padre, pero no me he despertado”. Y me respondió: “¿Tú crees que voy a mandarte siempre a mi ángel custodio a despertarte?”¹⁹⁷.

El mismo padre Alessio Parente relata: Una mañana, al dar la comunión, se terminaron las hostias de mi copón. Cuando lo estaba purificando, del lado derecho de mi espalda vi una hostia que, como una flecha, fue a meterse en el copón. Después de las confesiones, fui a la celda del padre Pío y le conté el

¹⁹⁶ Positio II, p. 327.

¹⁹⁷ Positio II, p. 206.

hecho. Y el padre, en tono severo, me dijo: “Agradece a tu ángel custodio que no te ha hecho caer a tierra a Jesús. Aprende que la comunión se distribuye con amor y reverencia”¹⁹⁸.

Un día le llegó una carta toda ennegrecida por el diablo, que no se podía leer. En carta del 13 de diciembre de 1912 le dice al padre Agustín: *Con ayuda del angelito he triunfado esta vez sobre el pérfido cosaco. He leído su carta. El angelito me sugirió que a la llegada de su carta le echara agua bendita antes de abrirla. Así hice con la última, pero, ¿quién puede describir la rabia de barbazul?*

La gente anciana de Pietrelcina contaba que el padre Pío tenía poco cuidado en cerrar la puerta de su casa cuando salía. A quien le reprendía por ello, decía: *Hay un ángel que me cuida la casa*¹⁹⁹.

La señora Pía Garella manifestó que en 1945, poco después de terminada la guerra, el 20 de setiembre, se hallaba en el campo a unos kilómetros de Turín y deseó enviarle al padre Pío un telegrama de felicitación por el aniversario de sus llagas. Pero no encontró a nadie que se lo pudiese enviar por estar en el campo. De pronto, se acordó de la recomendación del padre Pío: *Cuando tengas necesidad, mándame a tu ángel.*

Entonces, se recogió unos momentos y le pidió a su ángel que le diera personalmente la felicitación. A los pocos días, recibía una carta de una amiga de san Giovanni Rotondo, Rosinella Placentino, en la que le informaba que el padre Pío le había dicho: *Escribe a la señora Garella y dile que le doy las gracias por la felicitación espiritual que me ha mandado*²⁰⁰.

Atilio de Sanctis, abogado ejemplar, contó un hecho que le ocurrió a él mismo: *El 23 de diciembre de 1949 debía ir de Fano a Bolonia con mi mujer y dos de mis hijos (Guido y Juan Luis) para traer al tercer hijo Luciano que estaba estudiando en el colegio Pascoli de Bolonia. Salimos a las seis de la mañana, pero, como no había dormido bien, estaba en malas condiciones físicas. Guíe hasta Forlì y cedí el volante a mi hijo Guido. Una vez que recogimos a Luciano del colegio, nos detuvimos algo en Bolonia y decidimos volver a Fano.*

A las dos de la tarde, después de haber cedido el volante a Guido, quise guiar otra vez. Una vez pasada la zona de san Lorenzo, noté mayor cansancio.

¹⁹⁸ Positio II, p. 206.

¹⁹⁹ Siena Giovanni, *Padre Pío: ésta es la hora de los ángeles*, Ed. L'arcangelo, san Giovanni Rotondo, 1997, p. 123.

²⁰⁰ *Ib.* p. 125.

Varias veces cerré los ojos y cabeceé. Quise dejar el volante a Guido, pero se había dormido. Después, ya no me acuerdo de nada. A un cierto momento recobré el conocimiento bruscamente por el ruido de otro coche. Miré y faltaban sólo dos kilómetros para llegar a Imola. ¿Qué había sucedido? Los míos estaban charlando tranquilamente.

Les expliqué lo sucedido. No me creían. ¿Podían creer que el auto había ido solo? Después admitieron que yo había estado inmóvil un largo rato y no había respondido a sus preguntas ni intervenido en la conversación. Hecho el cálculo, mi sueño al volante había durado el tiempo empleado en recorrer unos 27 kilómetros.

Dos meses después, el 20 de febrero de 1950, volví a san Giovanni Rotondo y le pedí una explicación al padre Pío, que me respondió: “Tú dormías y tú ángel guiaba el coche. Sí, tú dormías y tu ángel guiaba el coche”²⁰¹.

*El señor Piergiorgio Biavate tuvo que viajar en su coche entre Firenze y san Giovanni Rotondo. A medio camino se sentía cansado y se quedó un rato en una estación de gasolina para tomar un café. Después continuó el viaje. Dice el protagonista: *Sólo recuerdo una cosa, encendí el motor y me puse al volante, después no me acuerdo de nada más. No recuerdo ni un segundo de las tres horas pasadas manejando al volante. Cuando ya estaba frente a la iglesia de san Giovanni Rotondo, alguien me sacudió y me dijo: “Ahora toma tú mi puesto”. El padre Pío, después de la misa, le confirmó: “Has dormido durante todo el viaje y el cansancio lo ha tenido mi ángel, que ha manejado por ti”²⁰².**

*Dice una de las hijas espirituales del padre Pío: *Una de las devociones que nos inculcaba era la del ángel custodio, porque, como él decía, es nuestro compañero invisible que está siempre junto a nosotros desde el nacimiento hasta la muerte, por lo que nuestra soledad es sólo aparente. Nuestro ángel esta siempre a nuestro lado desde la mañana, apenas te despiertas, y durante toda la jornada hasta la noche, siempre, siempre, siempre. ¡Cuántos servicios nos hace nuestro ángel sin saberlo ni advertirlo!*²⁰³.*

*En carta al padre Agustín del 5 de noviembre de 1912, le escribía: *El sábado me parecía que los demonios querían acabar conmigo. No sabía a qué santo dirigirme. Me vuelvo a mi ángel y, después de hacerse esperar un poco, al fin viene aleteando en torno a mí y con su angélica voz cantaba himnos a la**

²⁰¹ Siena Giovanni, o.c., pp. 127-129.

²⁰² Parente Alessio, o.c., pp. 195-196.

²⁰³ Positio III/1, p. 1023.

divina Majestad. Le grité ásperamente de haberse hecho esperar tanto, mientras yo estaba pidiéndole su ayuda. Para castigarlo, no quería mirarlo a la cara, quería alejarme y huir de él, pero el pobrecito vino a mi encuentro casi llorando, me agarró para que lo mirara y lo vi apenado. Me dijo: “Estoy siempre a tu lado. Estaré siempre junto a ti con amor. Mi afecto por ti no desaparecerá ni con tu muerte. Sé que tu corazón generoso late siempre por nuestro común Amado”. ¡Pobre angelito! Él es demasiado bueno. ¿Conseguiré hacerme conocer el grave deber de la gratitud?

Otro episodio hermoso. Cuando el padre Pío estaba en el ejército, le dieron licencia por convalecencia. Debía viajar de Benevento a su pueblo de Pietrelcina y no tenía más que 0.50 liras, cuando el billete costaba 1.80. Él contaba lo sucedido: *En la estación de autobús no encontré ninguna persona conocida que me prestara para pagar el billete de Benevento a Pietrelcina. Confiando en la providencia de Dios, subí al autobús y tomé sitio en uno de los últimos lugares para poder hablar con el cobrador y asegurarle que pagaría el porte a la llegada. A mi costado tomó lugar un hombre grande, de bello aspecto. Tenía consigo una maletita nueva y la apoyó sobre sus rodillas. Partió el autobús y el cobrador se iba acercando a mi puesto.*

El señor que estaba a mi lado sacó de su maletín un termo y un vaso, echando en el vaso café con leche bien caliente. Me lo ofreció, pero, agradeciéndoselo, traté de no aceptar. Dada su insistencia, acepté mientras él se servía para beber en el vaso del mismo termo. En ese momento llegó el cobrador y nos preguntó adónde íbamos. Todavía no había abierto yo la boca, cuando el cobrador me dijo: “Militar, su billete a Pietrelcina ya ha sido pagado”. Yo pensé: “¿Quién lo habrá pagado?”. Y le agradecí a Dios por aquel que había hecho esa buena obra. Por fin llegamos a Pietrelcina. Varios pasajeros bajaron y también bajó antes que yo el señor que estaba a mi lado. Cuando me doy la vuelta para saludarlo y agradecerle, no lo vi más. Había desaparecido como por encanto. Caminando, me volví varias veces en todas las direcciones, pero no lo vi más²⁰⁴.

El padre Pío contaba muchas veces este suceso a sus hermanos, reconociendo que aquel joven había sido su ángel de la guarda.

²⁰⁴ Positio IV, problemi storici, pp. 533-534.

LA IGLESIA Y EL PAPA

El padre Pío no consentía que en su presencia se hablara mal de las autoridades de la Iglesia. Amaba a la Iglesia como a una madre y se ofrecía por ella. El padre Rafael manifestó que *el 9 de julio de 1931, cuando el Papa dirigió una carta a los obispos con ocasión de la persecución fascista contra la Iglesia, el padre Pío declaró: “El Papa está a salvo, porque hay almas que se han ofrecido como víctimas por la Iglesia”. No dijo más, pero con seguridad una de ellas era él mismo*²⁰⁵.

Cada día el padre Pío ofrecía la vida por la Iglesia y por el Papa. En 1954 llegó una carta al convento de parte del Papa Pío XII, agradeciendo al padre Pío por rezar por su salud y enviándole la bendición apostólica. *El padre Pío se había ofrecido por la salud del Papa*²⁰⁶. En febrero de 1952, el mismo Papa Pío XII había pedido que *el padre Pío celebrara una misa según una intención suya especial, reconociendo de alguna manera la santidad del padre Pío*²⁰⁷. También se ofreció el padre Pío por la salud de Juan XXIII y Pablo VI. Tenía mucho respeto por los obispos y se arrodillaba a besarles la mano, pidiéndoles su bendición. Incluso, *cuando se le comunicó la muerte de monseñor Gagliardi, que tanto lo había hecho sufrir, él respondió: “Mañana celebraré la misa por él”*²⁰⁸.

A la muerte del Papa Pío XII, el padre Pío sufrió varios días de una otitis dolorosa y tuvo que dejar de confesar durante dos días. *Pero el Señor le hizo ver al Papa en el cielo. Ante la elección del nuevo Papa Juan XXIII, el padre Pío se alegró y rezó por él*²⁰⁹.

Un día, ante las disposiciones del Santo Oficio en 1923, un religioso manifestó de modo violento su desacuerdo ante él, pero el padre Pío respondió con fuerza: *Nosotros debemos respetar las decisiones de la Iglesia. Si el Santo Oficio ha decretado estas cosas es para evitar el fanatismo que tanto nos fastidia a todos. Nosotros debemos callar y sufrir*²¹⁰.

Al único Papa que conoció personalmente fue a Benedicto XV (1914-1922). Fue al ir a Roma del 16 al 23 de mayo de 1917, para acompañar a su

²⁰⁵ Positio I/1, p. 837.

²⁰⁶ Positio III/1, p. 702.

²⁰⁷ Positio I/1, p. 953.

²⁰⁸ Positio II, p. 1521.

²⁰⁹ Positio I/1, p. 1012.

²¹⁰ Sáez de Ocáriz, o.c., p. 320.

hermana Graziella, que entraba como religiosa de santa Brígida. En 1921 este Papa le decía a Fernando Damiano, vicario general de Salta: *El padre Pío es uno de esos hombres que Dios manda de vez en cuando al mundo para convertir a los hombres*²¹¹.

El Papa Pío XI (1922-1939), en una primera etapa no estaba muy convencido de su santidad ante tantas denuncias recibidas en su contra, pero a partir de 1933 se convirtió en su defensor y mandó personalmente que le quitaran las restricciones en su ministerio.

Pío XII (1939-1958), como hemos anotado, se encomendaba a sus oraciones²¹². A Francesco Messina, el autor del famoso Vía crucis de san Giovanni Rotondo, el Papa Pío XII le dijo en una audiencia privada: *El padre Pío es un santo*²¹³.

El Papa Juan XXIII (1958-1963) tuvo sus dudas, cuando en 1960 le llegaron las denuncias de inmoralidad que decían que eran ciertas y confirmadas por las grabaciones y cartas privadas. Felizmente, el arzobispo de Manfredonia, a quien pertenecía el convento del padre Pío, le aclaró que todo eran calumnias y le aseguró: *Conozco al padre Pío desde 1933 y doy fe que ha sido y es un hombre de Dios, un santo*. El Papa terminó la entrevista diciendo: *Don Andrea, ¡qué alivio me has dado! Vete ahora mismo y cuenta todo esto al cardenal Ottaviani y al cardenal Tardini, porque mañana tendremos una reunión y hablaremos de esto*.

Pablo VI (1963-1978) estaba convencido de su santidad desde que era cardenal, arzobispo de Milán. Decía: *Una misa del padre Pío vale por toda una misión. El mismo Papa, en 1964, permitió al padre Pío tener plena libertad para ejercer su ministerio sacerdotal*²¹⁴.

El 12 de setiembre de 1968, unos días antes de morir el padre Pío, le escribió al Papa Pablo VI una carta en la que le decía: *Santidad. Sé que su corazón sufre mucho estos días por la falta de obediencia de algunos, incluso católicos, a las altas enseñanzas que Vos dais en nombre de Dios, asistido por el Espíritu Santo. Os ofrezco mis oraciones y sufrimientos de cada día a fin de que el Señor os conforte con su gracia para continuar el recto y fatigoso camino de la defensa de la eterna verdad*.

²¹¹ Fernando da Riese Pío X, o.c., p. 377.

²¹² Positio I/1, p. 413.

²¹³ Ibídem.

²¹⁴ Positio I/1, p. 419.

Me atrevo también a mostrar mi agradecimiento en nombre de mis hijos espirituales y de los Grupos de oración por las palabras decisivas expresadas en la última encíclica “Humanae vitae” y reafirmo mi fe y mi obediencia incondicional a vuestras luminosas orientaciones²¹⁵.

Juan Pablo II (1978-2005) conocía personalmente al padre Pío desde que se confesó con él siendo simple sacerdote en 1947 y tenía al padre Pío en concepto de santidad. Siendo obispo de Cracovia y asistiendo en Roma al concilio Vaticano II, le escribió una carta el 17 de noviembre de 1962 para pedir su oración por la salud de una doctora-médico polaca, Wanda Poltawska, en la que le decía literalmente en latín: *Venerable padre le ruego una oración por una madre de cuatro hijas, de 40 años, de Cracovia, Polonia, que durante la última guerra estuvo en un campo de concentración en Alemania y ahora está en peligro gravísimo de su salud y de su vida, debido a un cáncer, para que Dios, por intercesión de la Virgen María, le muestre su misericordia a ella y a su familia²¹⁶.*

Cuando el administrador de la *Casa Sollievo* le leyó esta carta al padre Pío, él le dijo: *Angelo, a esto no se le puede decir que no. Guarda esta carta, porque algún día podrá resultar importante.*

A los pocos días, el 28 de noviembre de ese año 1962, el futuro Papa Juan Pablo II le volvió a escribir otra carta en la que le decía textualmente: *Venerable padre. La señora médico de Cracovia, Polonia, madre de cuatro hijas, recuperó instantáneamente la salud el 21 de noviembre antes de la operación quirúrgica. Deo gratias. A usted también, padre, doy devotamente las más rendidas gracias en su nombre, de su marido y de toda su familia²¹⁷.*

La doctora sanada acudió varias veces a visitar al padre Pío para agradecerle personalmente por sus oraciones. El Papa Juan Pablo II, siendo todavía cardenal, cuando ya había muerto el padre Pío, visitó san Giovanni Rotondo en 1974 y, siendo Papa, visitó el convento el 23 de mayo de 1987. En esta oportunidad bendijo la primera piedra de la Casa-Hogar para los ancianos, del Cenáculo de Santa Clara, de la Casa Albergue del peregrino enfermo, del Poliambulatorio y del Centro de espiritualidad *Padre Pío*.

²¹⁵ Sáez de Ocáriz Leandro, o.c., p. 323.

²¹⁶ Positio II, p. 1644.

²¹⁷ Positio II, p. 1644.

DEFENSA DE LA IGLESIA

El padre Pío no era condescendiente con el error y mucho menos con el pecado, actuando enérgicamente como un buen padre con sus hijos. El padre Carmelo refiere que, en 1957, los protestantes de san Giovanni Rotondo lanzaron una campaña de evangelización para contrarrestar la afluencia de católicos que venía al pueblo a visitar al padre Pío. Construyeron una capilla y varios centenares de católicos ignorantes se hicieron rebautizar por ellos en la nueva iglesia protestante.

Dice el padre Carmelo: *Una mañana el padre Pío me llamó a su celda y me preguntó: “¿Tú no sabes nada de lo que está sucediendo en la zona de san Onofrio en las afueras de san Giovanni Rotondo?”*

- *No, padre.*
- *¿No sabes que los protestantes han abierto un asilo infantil y que los niños que salen de allí dicen blasfemias horribles contra la Virgen María? Haz algo y pronto. ¡Niños que blasfeman de la Virgen! Estaba conmovido.*
- *Padre, usted sabe que esa es la zona del arcipreste. Los religiosos no podemos actuar ahí.*
- *¿A ti te interesa la amistad de los hombres o el bien de las almas inocentes? Vete en mi nombre y habla al arzobispo para que autorice abrir un asilo infantil cerca del de los protestantes. No tengas miedo”.*

Fui a ver al arzobispo monseñor Cesarano quien me dio la autorización para abrir una escuela materna en la zona de san Onofrio. Después se llamó a las hermanas del Sagrado Corazón para que la dirigieran.

La reacción, como estaba prevista, fue violenta e implacable, pero el 17 de diciembre de 1957 fue inaugurada la escuela materna “San Francisco de Asís”. Poco tiempo después, los protestantes debieron cerrar su asilo infantil por falta de niños y encontraron refugio en otra zona, pero allí también se instaló otra escuela materna, llamada “Paz y Bien”.

El programa del padre Pío era combatir el mal, no sólo con la oración, sino también con las obras²¹⁸.

²¹⁸ Positio III/1, p. 861.

También luchó contra el comunismo de la ciudad. Una de las cosas que más votos le daban a los comunistas de san Giovanni Rotondo era la floreciente Cooperativa de consumo. A ella acudían incluso organizaciones católicas, ya que los precios eran más bajos que en el mercado. El padre Pío aclaró que no se podía ayudar ni indirectamente al mal y que los católicos no debían ayudar a los enemigos de la Iglesia y quiso hacer su propia Cooperativa de consumo.

Encontró rápidamente un grupo de hijos espirituales, quienes organizaron la deseada Cooperativa de consumo, que se dedicó a san Francisco de Asís. En menos de dos años, los comunistas no pudieron continuar. Todavía permanece esa cooperativa de la Plaza Europa. Y, por medio de ella, se ha conseguido aliviar la miseria de tantos necesitados en nombre del padre Pío²¹⁹.

LAS ALMAS DEL PURGATORIO

Muchos difuntos se le aparecían para pedirle ayuda y él oraba mucho por las almas del purgatorio.

Cuando el padre Pío estaba en su pueblo de Pietrelcina por razón de enfermedad, el sacerdote que había sucedido al arcipreste Caporaso había notado en diferentes días que su predecesor ya difunto, estaba arrodillado detrás del altar. Lo mismo observó la mujer del sacristán, cuando por la mañana iba a la iglesia, pues veía un sacerdote celebrar la misa. El padre Pío también lo vio, pero no le dio importancia, pensando que era un sacerdote que había ido a rezar. Después de un mes, apenas terminada la misa, el difunto le dice al arcipreste: *Ahora puedes estar tranquilo, pues ya no vendré más. Pero qué caro cuesta hacer la procesión del Corpus después de la misa, sin hacer la acción de gracias. El arcipreste le contó al padre Pío que, cuando vivía el padre Caporaso, con frecuencia, apenas terminada la misa, se iba a la farmacia que estaba junto a la iglesia sin hacer la acción de gracias*²²⁰.

En otoño de 1917, una tarde el padre Pío se sentó junto al fuego, porque estaba cansado y empezó a rezar el rosario. Se adormeció y, al despertarse, encontró un anciano junto al fuego envuelto en un capote. El padre Pío le preguntó:

- *Tú ¿quién eres y qué haces?*

²¹⁹ Positio III/1, p. 864.

²²⁰ Positio III/1, p. 805.

- *Yo soy tal y tal, que murió quemado en este convento y estoy aquí para descontar mi purgatorio.*

El padre Pío le prometió celebrar la misa del día siguiente por él y le pidió que no se hiciera ver más. Un día refirió este suceso al padre Paolino. El padre Paolino fue a la alcaldía y encontró que, ciertamente, había muerto quemado en el convento un anciano de nombre N.N. todo tal como lo había contado el padre Pío²²¹. Se refería a Pietro Di Mauro, que había muerto quemado el 8 de setiembre de 1908.

El padre Marcelino cuenta que oyó más de una vez al mismo padre Pío lo siguiente: *Una noche me quedé a orar en el coro y, en cierto momento, oí ruido de candeleros proveniente del altar mayor. Pensé que algún hermano estaba en la iglesia, pero, continuando aquellos ruidos, pregunté:*

- *¿Quién es?*
- *Soy un novicio que descuento mi purgatorio, haciendo la limpieza del altar mayor, porque la descuidé cuando debí hacerla. Ore por mí.*

Después de unos momentos, salí del coro para acompañar a los hermanos que estaban calentándose en el fuego común, pero, apenas comencé a bajar las escaleras, encontré un joven desconocido. Sentí que era el novicio que me había hablado. Me dijo solamente: “Gracias”. Y desapareció²²².

El 29 de diciembre de 1936 moría el padre Giuseppantonio. El padre Pío sabía que estaba muy grave. El día 30 el padre Pío lo vio en su habitación y le preguntó:

- *¿Cómo? ¿Me han dicho que estás gravemente enfermo y estás aquí?*
- *Ya se me han pasado todas las enfermedades.*

Y desapareció²²³.

En diciembre de 1937, una semana después de la muerte del provincial Bernardo D'Alpicella, por tres tardes consecutivas se le apareció al padre Pío que estaba en el coro. Vio que del altar de la Inmaculada de la iglesia de san Giovanni Rotondo regresaba a la sacristía. El padre Pío hablaba también de otras

²²¹ Positio III/1, p. 803.

²²² Positio II, p. 347.

²²³ Positio III/1, p. 802.

almas que se le aparecían para pedirle sufragios o para decirle que ya habían sido liberadas del purgatorio²²⁴.

Fray Modestino declaró en el Proceso de canonización: *El padre Pío me habló sobre la muerte de mi padre y me dijo: “Tu padre está en el purgatorio y tiene necesidad sufragios”. Sobre la suerte del padre Guido afirmó: “Ni siquiera ha estado en el purgatorio, está ya en el paraíso”. Este padre había sufrido dos meses sin lamentarse de un dolorosísimo tumor al pulmón*²²⁵.

El padre Pierino Galerone certificó en el Proceso que un día se le presentó una madre cuyo hijo había desaparecido en Rusia, pidiéndole que le preguntara al padre Pío si su hijo estaba vivo. El padre Pío con lágrimas en los ojos respondió: *Dile a la madre que yo mismo lo he acompañado al paraíso*. Ella explotó en llanto, pero poco a poco se serenó y esperó a que pasase el padre Pío para agradecerle y besar su mano²²⁶. El mismo padre Pierino refiere: *En 1948 alguien me preguntó sobre su hermana difunta. El año anterior el padre Pío había dicho que estaba todavía en el purgatorio, pero en esta oportunidad me respondió que ya estaba en el cielo*²²⁷.

El padre Nazareno certificó: *Una vez una persona muy cercana al convento me pidió que le preguntara al padre Pío sobre la suerte de un hijo que estaba en la guerra. El padre Pío respondió que ya se encontraba en la gloria de Dios*²²⁸.

Pero no todo eran buenas noticias. A una viuda de san Severo, que había mandado preguntar al padre Pío sobre la suerte eterna de su esposo, que se había suicidado, respondió: *No hay ninguna esperanza*²²⁹.

²²⁴ Positio III/1, p. 803.

²²⁵ Positio II, p. 133.

²²⁶ Positio II, p. 1105.

²²⁷ Positio II, p. 1105.

²²⁸ Positio I/1, p. 556.

²²⁹ Positio II, p. 96.

CAPÍTULO VIII

SUS OBRAS

CASA SOLLIEVO DELLA SOFFERENZA

La *Casa Sollievo* (Casa Alivio del sufrimiento) fue una obra gigantesca que el padre Pío pudo realizar con la gracia de Dios y la ayuda de millones de personas del mundo entero. Cuando el padre Pío comenzó las obras, hasta sus propios hermanos religiosos pensaron que era una utopía y que hacer un hospital en aquella zona precaria era, desde todo punto de vista, algo inconveniente por decir lo menos.

Ya en 1925 el padre Pío, con ayuda de algunos voluntarios colaboradores, fundó un pequeño *hospital civil san Francisco* con la finalidad de que las curaciones a los pobres fueran gratis. En 1938 hubo de cerrar sus puertas debido a los daños ocasionados por el terremoto de ese año. Y entonces nació su gran idea.

La *Casa Sollievo della sofferenza* nació el 9 de enero de 1940. Aquel día se reunió el padre Pío con tres amigos, hijos suyos espirituales, y constituyó el Comité de fundación. El fundador era el padre Pío, secretario el doctor Guillermo Sanguinetti y directora de organización interna la señorita Ida Seitz. El padre Pío dijo: *Esta tarde comienza mi Obra terrena. Os bendigo a vosotros y a todos los que colaborarán en esta Obra que será cada vez más grande y bella.* La primera piedra fue bendecida por el padre Pío en la primavera de 1947.

El 19 de mayo de 1947 comenzaron a preparar el terreno con explosivos en la pétrea montaña. Y, desde el principio, comenzaron a llegar ríos de dinero para la Obra. Tuvo que pedir al Papa la exoneración del voto de pobreza para poder ser el administrador del dinero, lo que le concedió gustoso el Papa Pío XII.

Un paso importantísimo en la ejecución de las Obras de la Clínica Sollievo, llamada la catedral de la caridad, fue el apoyo brindado por Barbara Ward, redactora del periódico *The economist* de Londres. Llegó a san Giovanni Rotondo a conocer al padre Pío y vio que con 20 trabajadores estaba abriendo un

camino para la construcción de la gran Obra. Preguntó y el padre Pío respondió que necesitaban unos 400 millones de liras.

Ella le pidió que rezara por una gracia especial. Ella era católica, pero su novio era protestante y quería que se convirtiera. El padre respondió: *Sí, si el Señor quiere, se convertirá. Y, si el Señor quiere, ahora mismo.* La señorita no quedó satisfecha con la respuesta, pero al regresar a Londres se dio con la sorpresa que el mismo día y a la misma hora en que ella habló con el padre Pío se había convertido y bautizado su novio como católico.

Ella reconoció que era un milagro y como agradecimiento le pidió al novio ir a visitar y agradecer al padre Pío personalmente. El novio, comandante Jackson, australiano, era consejero delegado de la UNRRA²³⁰.

Le dijo al padre Pío que, si consentía en dar a la Clínica que quería construir el nombre de *Fiorello La Guardia*, ex-alcalde de Nueva York, de origen italiano, él podía presentar su proyecto para pedir ayuda. Así, por providencia de Dios, le fueron asignados el 28 de junio de 1948 para la Clínica 400 millones de liras, que fueron enviadas al gobierno italiano, quien al final, se quedó con 150 millones y sólo dio por partes 250 millones.

Mientras se realizaba la construcción de la Clínica *Casa Sollievo della sofferenza* llegó una limosna de 10 dólares de un obrero italiano de Nueva York, llamado Mario Gambino, que siguió mandando periódicamente sus pequeñas limosnas a nombre suyo o de su esposa o de cada uno de sus hijos. Este rasgo de generosidad impresionó a los directores de la Clínica y organizaron una Fundación con su nombre, *Fundación Gambino*, con los pequeños fondos de miles de contribuyentes de distintos lugares. De esta manera, cuando alguien no puede pagar los gastos o sólo puede pagar la mitad, el resto lo pone la *Fundación Gambino*, de modo que todos los enfermos salen de la Clínica con la factura pagada y así la economía se equilibra siempre.

Ya en 1951 se habían gastado en la Obra 450 millones de liras con los aportes de gente de todo el mundo. El 24 de julio de 1954 comenzó a funcionar, abriendo al público los servicios ambulatorios. El 10 de mayo de 1956 se internó el primer enfermo. Desde principios de 1957 ya estaban habilitadas 300 camas, que estaban siempre ocupadas. En 1972 ya había 900 camas disponibles y fueron hospitalizados 19.462 enfermos. La Clínica fue clasificada como hospital general

²³⁰ UNRRA (United Nations Relief and Rehabilitation Administration). Una organización surgida en 1943 después de la segunda Guerra mundial para ayudar a las naciones en necesidad, recientemente liberadas.

provincial de carácter privado y con autonomía administrativa. El padre Pío, por testamento del 11 de mayo de 1964, nombró al Santo Padre como heredero universal de todos los bienes de la Clínica, dependiendo así de la Santa Sede. El Secretario de Estado del Vaticano es quien nombra al Presidente o director administrativo. La Obra fue constituida oficialmente como Fundación de religión y culto, reconocida por el Estado italiano.

En 1980 fue declarada la *Casa Sollievo* como hospital general regional. La *Casa Sollievo* tiene actualmente una capacidad de 2.000 camas y está siempre llena. A los enfermos los atienden cinco capellanes capuchinos. Y también hay 35 religiosas, apóstoles del Sagrado Corazón, que atienden en diferentes sectores del hospital.

Mientras el padre Pío estaba vivo, visitaba frecuentemente a los enfermos de la Clínica. A veces, les daba la bendición eucarística y, en algunas pocas ocasiones, les celebró misa, pero trataba de animar a todos. Algunos testigos refieren milagros patentes realizados por el padre Pío en algunos enfermos.

Para él lo más importante era la parte espiritual: llevar a los enfermos a Dios. Cuenta el padre Mariano Paladino que un día el padre Pío, mirando por la ventana del pasillo a la *Casa Sollievo della sofferenza*, le dijo al padre Michelangelo: *Mira esta Obra, bella y funcional. Me ha costado muchas lágrimas y sacrificios; pero, si pudiera evitar allá dentro un solo pecado mortal, no dudaría ahora mismo de encender un fósforo y quemarla*²³¹.

Algo interesante de anotar es que el padre Pío quería que fuera, no un hospital como cualquier otro, sino una Casa, un Hogar Clínica, un lugar donde los enfermos se sintieran a gusto y estuvieran fortalecidos con los auxilios de la religión. Decía el padre Pío: *En el enfermo está Jesús que sufre. En el enfermo pobre está Jesús dos veces*. Y quiso que esa Clínica fuera de lo mejor. Por eso, actualmente es uno de los mejores hospitales de Italia, que va en vanguardia con todos los adelantos modernos de la ciencia.

GRUPOS DE ORACIÓN

El padre Pío fundó grupos de oración en el mundo entero. Su origen fue la llamada a la oración que el Papa Pío XII hizo el 27 de octubre de 1940 en plena guerra mundial. Dijo así: *Ordenamos que en todo el mundo, el 24 del próximo noviembre, se eleven públicas oraciones a Dios. Esperamos que todos los hijos*

²³¹ Positio II, p. 212.

*de la Iglesia secunden nuestros deseos para formar un inmenso coro de almas orantes y el Señor nos conceda su misericordia*²³².

Esta petición de oraciones, precedida y seguida de otras más, halló eco en el corazón del padre Pío y así empezó a organizar los *Grupos de oración* como una manera de responder a los deseos del Papa

Él deseaba que los *Grupos de oración* fueran semilleros de fe y hogares de amor en los que Cristo mismo debía estar presente al hacer oración. Estos grupos debían estar aprobados por el obispo y dirigidos por un sacerdote. Sólo hubo problemas en la diócesis de Padua, donde el obispo los prohibió, porque recogían limosnas para las Obras del padre Pío.

El 4 de mayo de 1986, con ocasión del Congreso internacional de los *Grupos de oración*, la Santa Sede aprobó los Estatutos de los *Grupos de oración*. El padre Pío tuvo la suerte de morir el día en que estaban reunidos en san Giovanni Rotondo miles de miembros de los *Grupos de oración* en un Congreso internacional, el 22 de setiembre de 1968. En esa fecha existían ya 740 *Grupos de oración* en 20 países distintos con un total de unos 100.000 afiliados.

OTRAS OBRAS

Pero las Obras del padre Pío siguen adelante por medio de sus hijos espirituales. Después de su muerte, se construyó una casa para sacerdotes ancianos e inválidos y un monasterio de religiosas capuchinas de clausura. El famoso Vía crucis de san Giovanni Rotondo, obra del escultor Francesco Messina, fue inaugurado el 25 de mayo de 1971. En este monumental Vía crucis está representada la figura del padre Pío en la quinta estación, ayudando a Jesús a llevar la cruz como un nuevo Cirineo.

Otras obras promovidas por él fueron el santuario de santa María de la Gracias, inaugurado en 1959 y una nueva iglesia para 10.000 personas. En 1987 el Papa Juan Pablo II inauguró varias obras como hemos indicado ya. Según la revista *Voce di padre Pío* de octubre de 1995, para esa fecha ya se habían erigido más de 165 monumentos en honor del padre Pío, no sólo en Italia. También en otros países como Estados Unidos, Alemania, Costa Rica, Venezuela, Bélgica, Ucrania...

²³² Positio II, p. 314; Pio XII, *Discursi*, Modena, 1943, p. 166.

CAPÍTULO IX

MÁS ALLA DE SU VIDA

SU MUERTE

El 21 de setiembre de 1968 se sintió mal y no celebró la misa, sólo le dieron la comunión, pues estaba extremadamente débil y cansado, con un fuerte ataque de asma, que le impedía respirar. Por la tarde saludó a la gente desde el coro. Había una inmensa multitud reunida en san Giovanni Rotondo con motivo de celebrar el Congreso internacional de los *Grupos de oración*, al día siguiente, día 22.

El día 22 el padre Pío quiso celebrar la misa sencilla como todas las mañanas, pero el padre Superior le obligó a celebrar misa solemne con canto para los *Grupos de oración*, que comenzaban su Congreso internacional. El padre Pío, aunque muy cansado, obedeció. Estaba muy decaído y cansado y toda la gente lo aplaudía y gritaba: *¡Viva el padre Pío!* Al terminar la misa y levantarse del sillón, antes de descender las gradas del altar, perdió el equilibrio y casi se cae, si no lo hubieran sostenido. Antes de retirarse, bendijo a la gente diciendo: *¡Hijos míos, hijos míos!* Después de dar gracias por la misa quiso ir a confesar, pero debió retirarse, porque estaba muy débil, blanco como un papel, y parecía ausente y lejano de todo.

A las 10:30 de la mañana dio la bendición a la multitud, que estaba reunida ante la plaza de la iglesia, desde una ventana. Después se retiró a su celda.

En la noche del día 22 el padre Pellegrino, que lo atendía, le pidió la bendición para todos y respondió: *Sí, bendigo con todo mi corazón a mis familiares, a la Casa Sollievo della sofferenza, a los enfermos, a los Grupos de oración y a todos mis hijos espirituales. Y pido al padre Superior que les dé en mi nombre esta bendición*²³³.

²³³ Positio III/1, p. 737.

El padre Paolo Covino manifiesta: *Estuve con el padre Pío veinte minutos antes de expirar. Fui yo quien le administré la unción de los enfermos, precedida de la absolución “sub conditione” y de la bendición apostólica. Estaba muy fatigado y respiraba con mucha dificultad. No respondía a las oraciones y estaba sentado en el sillón donde murió. Estaban presentes el padre Superior, padre Carmelo, padre Rafael, padre Mariano Paladino y otros hermanos. También estaba el doctor Sala, médico personal, y el doctor Gusso, director de la Casa Sollievo, algún otro doctor y dos enfermeras. Murió repitiendo los nombres de Jesús y María el 23 de setiembre de 1968*²³⁴.

*Había notado en los últimos días que las llagas de las manos estaban gradualmente desapareciendo. No podía explicarme el motivo, pero sentía que el padre Pío estaba al final*²³⁵.

El cardenal Corrado Ursi declaró en san Giovanni Rotondo el 25 de mayo de 1971: *Ayer por la tarde me decía el padre guardián (Prior): “Cuando el padre Pío murió, a medida que su cuerpo se enfriaba, sus llagas desaparecían de las manos y costado. Los tejidos se iban reconstruyendo y la piel aparecía tierna y fresca. ¿No es esto una señal de la resurrección? Nosotros saldremos de nuestros sepulcros como una nueva criatura, como ángeles de Dios en el cielo (Mt 22,30)... Dios quiso manifestar así la certeza de la resurrección final”*²³⁶.

Después de 50 años de llevar las llagas de Cristo en su cuerpo, al morir, desaparecieron milagrosamente por obra de Dios.

Los restos del padre Pío fueron expuestos durante cuatro días a la veneración de los fieles. Según estimaciones fidedignas, pasaron ante su féretro en los cuatro días unas 100.000 personas. El día 26 de setiembre de 1968, después de los funerales, fue sepultado en la cripta del santuario Santa María de las Gracias, en San Giovanni Rotondo, a las 10:30 de la noche.

Lo enterraron con el rosario entre las manos. Y en la celda que ocupó en vida han escrito estas palabras de san Bernardo: *María es toda la razón de mi esperanza.*

Después de su muerte, su cuerpo incorrupto es visitado continuamente por sus devotos e hijos espirituales. El Papa Juan Pablo II lo visitó en 1987. Son millones y millones los fieles que siguen visitándolo para pedir su ayuda e

²³⁴ Positio II, p. 242; Positio II, p. 180.

²³⁵ Positio II, p. 180.

²³⁶ Positio I/1, pp. 54-55.

intercesión. También visitan su celda, el crucifijo de los estigmas, la antigua iglesia donde celebraba la misa en público, el imponente Vía crucis construido en el lugar y el santuario de santa María de las Gracias, además de la *Casa Sollievo della sofferenza*.

El padre Pío desde el cielo sigue orando por sus hijos espirituales. Un día llegó a decir: *Si fuera posible querría conseguir del Señor solamente esto: “No me dejes ir al paraíso mientras el último de mis hijos, la última persona encomendada a mis cuidados sacerdotales, no haya ido delante de mí... He hecho con el Señor un pacto de que, cuando mi alma se haya purificado en las llamas del purgatorio y se haya hecho digna de entrar en el cielo, yo me coloque a la puerta y no pase dentro hasta que no haya visto entrar al último de mis hijos e hijas”*²³⁷.

SU GLORIFICACIÓN

Después de la muerte del padre Pío, Dios siguió haciendo milagros por su intercesión como los hacía en vida. Incluso se cuentan casos en los que se aparecía para sanar. Así lo manifestó en el Proceso María De Francesco: *Mi madre Lucia Di Biccari, el 29 de setiembre de 1968, pocos días después de la muerte del padre Pío, se enfermó de parálisis del lado derecho y no podía caminar ni mover el brazo derecho. La cara estaba desfigurada y tenía la boca torcida sin poder hablar con normalidad. Papá y yo rezamos al padre Pío para que la curase. El doctor de cabecera no estaba en su oficina y esperábamos que nos llamaran para decirnos que estaba por llegar.*

*En un cierto momento, fui a la cocina con mi padre y oímos que, desde la habitación, mi madre gritaba: “He visto al padre Pío, he visto al padre Pío”. Nos precipitamos a su habitación y la encontramos totalmente curada. Lloramos de alegría, mientras mi mamá nos contaba la aparición*²³⁸.

Entre los muchos milagros realizados, veamos algunos de los que existe una abundante y seria documentación clínica. José Scatigna fue sometido a una operación quirúrgica el 23 de octubre de 1968 para extraerle un tumor linfoglandular en la ingle. El análisis histológico no daba ninguna esperanza: metástasis linfoglandular por melanosarcoma. El 8 de noviembre fue internado en la *Casa Sollievo*, pero para sorpresa de todos, los exámenes fueron negativos, atribuyendo su curación al padre Pío.

²³⁷ Fernando da Riese Pío X, o.c., p. 294.

²³⁸ Positio I/1, p. 1299.

Antonio Paladino estaba inmovilizado desde el 3 de julio de 1935, en que había sido atropellado por un camión con hormigón. En la noche del 12 de diciembre de 1968 sintió que le tocaban el hombro izquierdo y vio al padre Pío que le mandaba levantarse y caminar sin muletas, pudiendo hacerlo normalmente.

Inés Stump estaba casi completamente inmóvil desde hacía dos años por neoplasia de la tibia izquierda. El 29 de octubre de 1968 le propusieron amputarle la pierna. Acudió al sepulcro del padre Pío el 20 de diciembre. El padre Pío se le apareció en sueños, mandándole dejar las muletas. El 25 de abril de 1969 comenzó a caminar normalmente.

María Teresa Romero, de Corrientes (Argentina), sin operación recuperó totalmente el tímpano del oído izquierdo que había perdido por completo, dejando maravillados a los especialistas.

Así podríamos citar otros muchos casos como el de Antonio De Pasquale, Dolores Insaurralde (de Argentina), Carmela Catania, Tony John Collette...

El caso aprobado como milagroso por la Comisión médica vaticana fue el de la señora Consiglia de Martino de 43 años, afectada por una rotura del conducto torácico, que curó de modo repentino y duradero sin ninguna terapia ni intervención quirúrgica, considerándose inexplicable para la ciencia, como lo dictaminó la Comisión vaticana el 20 de abril de 1998.

Con la aprobación de este milagro el padre Pío fue beatificado el 2 de mayo de 1999 por el Papa Juan Pablo II en el Vaticano.

El milagro aprobado para la canonización fue el del niño Mateo Pio Colella, de siete años, que fue atacado de una meningitis fulminante el 20 de enero del año 2000 y fue llevado de emergencia a la *Casa Sollievo* de san Giovanni Rotondo. Toda la familia y conocidos rezaron con fervor al padre Pío. Antes de un mes, estaba totalmente curado y regresó a su colegio a estudiar sin que le quedaran secuelas de ninguna clase. Él manifestó que tuvo un sueño, mientras estaba en coma: *Vi a un anciano con barba blanca, vestido de largo y marrón, que me dio la mano derecha y me dijo sonriendo: "Mateo, no te preocupes que pronto sanarás". A un lado vi tres ángeles que tenían alas, pero no he visto sus rostros, porque eran luminosos.*

Esa noche curé a un niño de ojos celeste-verdes y cabellos negros que estaba en una cama en un hospital en Roma. Cuando mi madre me preguntó: ¿Cómo has ido a Roma?, le respondí:

- *He hecho un vuelo con el padre Pío que me tenía de la mano y me hablaba con la mente. Cuando hemos llegado me preguntó: “¿Quieres sanarlo tú?”. Yo le dije: “¿Cómo se hace?”. Y me respondió: “Con la fuerza de la voluntad”.*

Entendí que estaba en Roma, porque reconocí el Luna Park donde había estado con mi tío Giovanni²³⁹.

Con la aprobación de este milagro, considerado inexplicable para la ciencia, el Papa Juan Pablo II canonizó al padre Pío en el Vaticano el 16 de junio del año 2002.

Sus restos fueron exhumados el 28 de febrero del año 2008 y su cuerpo fue encontrado incorrupto. El 24 de abril del año 2008 fue colocado para la veneración de los fieles en una urna de cristal. Sólo su rostro tiene una máscara especial de cera, hecha en Londres, de acuerdo a sus facciones naturales.

REFLEXIONES

El padre Pío es un santo extraordinario que ha manifestado ante el mundo moderno, incrédulo ante las cosas sobrenaturales, que todavía existen los milagros y que Dios no ha abandonado a los hombres, sino que todavía sigue confiando en ellos. Las abundantes conversiones realizadas a través de la confesión nos indican que este sacramento no está pasado de moda ni lo estará nunca.

Tampoco la misa lo estará. La misa es el memorial del amor infinito de Jesús, es decir, una actualización viva y real del amor infinito de Jesús que se hace realmente presente en medio de nosotros, vivo y resucitado, como la noche de Navidad. El padre Pío vivía de modo especial el misterio de la Navidad cada año, pero especialmente vivía en su cuerpo la Pasión de Jesús por medio de sus llagas y sufrimientos. Jesús le había dicho más de una vez: *Te asocio a mi Pasión*. En la misa vivía la Pasión, muerte y resurrección de Jesús.

Dios le concedió muchos dones sobrenaturales como hemos anotado, especialmente el don de la bilocación, de hacer milagros, de convertir a los pecadores, el don de la profecía y otros más. El padre Pierino Galeone asegura: *El padre Pío convertía pecadores, sanaba enfermos incurables, predecía el*

²³⁹ Testimonio del niño Mateo Pio Colella, Positio super miraculo, segundo tomo, 2001, pp. 17-18.

futuro, estaba a la cabecera de los moribundos, como sucedió con mi madre y lo mismo en muchos casos en hospitales, casa privadas o campos de concentración. Incluso guiaba el coche de choferes dormidos, como sucedió a un amigo mío, o libraba de graves accidentes a choferes distraídos o imprudentes²⁴⁰. Pero por encima de todo, él quería ser un pobre fraile que reza²⁴¹.

Tuvo mucho que sufrir por calumnias e incomprensiones, pero todo lo ofrecía al Señor por la salvación de los pecadores.

Su amor a la Virgen María era en él tan extraordinario, que la llamaba con los nombres más dulces: Mamita, Mamacita linda, Madrecita, Mamá mía. Su relación con su ángel custodio es una característica especial de su vida, pues lo tenía siempre presente y le servía de mensajero y de ayuda para atender las necesidades de sus hijos espirituales. También amaba mucho a la Iglesia, de la que fue siempre un hijo obediente y fiel. Por eso, respetaba mucho a las autoridades eclesíásticas y a sus mismos Superiores religiosos.

A pesar de haber manejado ríos de dinero para hacer Obras, nunca se le pegó en sus manos. Recibía las cartas con dinero e inmediatamente lo daba a quien correspondía. Si era dinero para misas, lo daba al Superior. Si era para sus Obras, se lo daba al administrador.

Y, en cuanto a su pureza, fue extremadamente delicado. A sus hijos espirituales siempre les inculcaba el amor a la pureza y a la castidad²⁴².

El padre Pío fue un santo que, sin salir de su convento físicamente, hacía el bien por el mundo entero; a veces, en bilocación; pero también a través de su oración y sufrimientos. Sus Obras seguirán hablando a los hombres de todos los tiempos del poder de Dios, que enaltece a los humildes, y de que vale la pena ser santo y dar la vida por Dios y los demás.

En una carta a su dirigida Raffaellina Cerase le decía sobre la santidad: *Santidad quiere decir ser superiores a nosotros mismos; significa victoria perfecta sobre todas nuestras pasiones; significa desprecio real y constante de nosotros mismos y de las cosas del mundo hasta el punto de preferir la pobreza a la riqueza, la humillación a la gloria, el dolor al placer. La santidad es amar al prójimo como a nosotros mismos, por amor a Dios. La santidad es amar, incluso a quien nos maldice, nos odia y nos persigue. La santidad es vivir humildes,*

²⁴⁰ Positio II, p. 1107.

²⁴¹ Positio I/2, p. 1938.

²⁴² Positio IV, p. 117.

desinteresados, prudentes, justos, pacientes, caritativos, castos, mansos, laboriosos y cumplidores de los propios deberes... No por otro fin sino por agradar a Dios y por recibir de Él solo la merecida recompensa. En resumen, la santidad tiene en sí el poder de transformar al hombre en Dios²⁴³.

Dios quiere que también nosotros seamos santos y nos eligió desde toda la eternidad para ser santos e inmaculados ante Él por el amor (Ef 1,4; 1 Tes 4,3; 1 Col 1,2; Lev 19,2; 20,26; Mt 5,48; 1 Pe 1,15-16).

&&&&&&&&&&&

DATOS BIOGRÁFICOS

- 1887 25 de mayo nace en Pietrelcina (Benevento).
26 de mayo es bautizado en la iglesia de santa Ana.
- 1899 Recibe la primera comunión a los 11 años.
27 de setiembre, confirmación en Pietrelcina en la iglesia de santa Ana.
- 1903 1 de enero, tiene una visión de que su vida será una lucha contra el diablo.
6 de enero entra al noviciado de los capuchinos de Morcone.
22 de enero viste el hábito capuchino y toma el nombre de fray Pío.
- 1904 22 de enero emite los votos simples.
- 1907 27 de enero hace sus votos solemnes.
- 1908 19 de diciembre recibe las órdenes menores en Benevento.
21 de diciembre recibe el subdiaconado en Benevento.
- 1909 18 de julio se ordena de diácono en el convento de Morcone.
- 1910 10 de agosto se ordena sacerdote en la catedral de Benevento.
14 de agosto celebra su primera misa solemne en Pietrelcina.
Este año empieza a sentir los dolores en manos y pies, pero las llagas son indivisibles.

²⁴³ Carta a Raffaolina Cerase del 30 de diciembre de 1915; Positio III, p. 1555.

- 1915 6 de noviembre es llamado a filas.
- 1918 5-7 de agosto, un misterioso personaje, armado de lanza, le traspasa el corazón.
20 de setiembre aparecen las llagas visibles.
20 de diciembre nota la transverberación del corazón.
- 1919 Se divulga la noticia de las llagas y empieza a venir gente a verlo.
- 1921 Junio-julio, se corre la voz de que lo quieren trasladar de convento y muchos fieles se amotinan para que no se vaya.
- 1923 17 de junio llega la orden del Santo Oficio de que no celebre la misa en público y no conteste las cartas.
17 de agosto, por los problemas ocasionados, se suspende, de momento, el traslado a otro convento.
- 1925 22 de abril, tumultos por algunas restricciones impuestas al padre para confesar.
5 de octubre, el doctor Festa le opera de hernia inguinal.
- 1929 3 de enero muere su madre en san Giovanni Rotondo.
- 1931 9 de junio, orden de suspender cualquier actividad apostólica, menos celebrar la misa en privado.
- 1933 16 de julio vuelve a celebrar la misa en la iglesia.
- 1934 25 de marzo puede confesar sólo a los hombres.
12 de mayo puede confesar también a las mujeres.
- 1946 7 de octubre muere su padre en san Giovanni Rotondo.
- 1947 19 de mayo comienzan los trabajos de desescombro para la construcción de la *Casa Sollievo della sofferenza*.
- 1953 22 de enero, Bodas de oro de vida religiosa.
- 1956 5 de mayo se inaugura la *Casa Sollievo*.
- 1959 1 de julio, consagración de la nueva iglesia Santa María de las Gracias.

- 5-6 de agosto llega a san Giovanni Rotondo la imagen peregrina de la Virgen de Fátima y recupera la salud.
- 1960 30 de julio llega el visitador apostólico monseñor Carlo Maccari.
10 de agosto, Bodas de oro sacerdotales.
- 1964 11 de mayo, el padre Pío nombra a la Santa Sede heredera universal de todos los bienes de la *Casa Sollievo*.
- 1967 25 de mayo, el padre Pío cumple 80 años.
- 1968 29 de marzo comienza a servirse de una silla de ruedas.
20 de setiembre, manifestación por los 50 años de sus llagas.
22 de setiembre, Congreso internacional de los *Grupos de oración*.
Celebra su última misa a las cinco de la mañana.
23 de setiembre muere a las dos y media de la madrugada.
26 de setiembre, oficios fúnebres y sepelio en la cripta del santuario santa María de las Gracias.
- 1999 2 de mayo, beatificación en la basílica vaticana por el Papa Juan Pablo II.
- 2002 16 de junio, canonización en el Vaticano por el Papa Juan Pablo II.
- 2008 28 de febrero, exhumación de sus restos. Su cuerpo es encontrado incorrupto.
24 de abril, su cuerpo es colocado en una urna de cristal para veneración de los fieles en san Giovanni Rotondo.

CONCLUSIÓN

Después de haber visto a grandes rasgos la vida de este gran santo místico y estigmatizado del siglo XX, podemos concluir que ha sido uno de los grandes regalos que Dios da, de vez en cuando, a la humanidad para acercarse a Él y descubrir el mundo sobrenatural. Nosotros vivimos tan inmersos en este mundo material que nos olvidamos fácilmente de que existe ese otro mundo del espíritu y, a veces, dudamos de las verdades de nuestra fe y queremos interpretar el Evangelio con ideas *modernistas*.

Por eso, Dios envía a los santos para recordarnos que Él no ha muerto, que sigue vivo y pendiente de cada uno de nosotros. ¿Hasta cuándo seguiremos sordos sin oír la voz de Dios, que nos habla a través de nuestra conciencia, del Magisterio de la Iglesia, de la Sagrada Escritura y de los milagros y experiencias de los santos?

Los santos no hablan de interpretaciones personales de la Escritura, sino que son la verdadera interpretación de la Escritura en el sentido de que ellos ratifican con su vida y sus experiencias que todas las verdades que la Iglesia nos propone son verdad. Y, si nosotros las creemos por pura fe, ellos las creen también por experiencia personal. El padre Pío veía a Jesús en la Eucaristía, veía a su ángel custodio y a la Virgen María, a quien quería como a una madre y quien se le aparecía frecuentemente. También luchaba contra el demonio, comprendía la gravedad del pecado mortal y lo que valía un alma, haciendo cualquier sacrificio por salvarla. Por eso, era a veces rudo en el confesonario con quienes no estaban bien preparados .

Él nos descubre con su vida el valor de la confesión y de la misa, al igual que el poder inmenso del sacerdocio católico. Dios escuchaba su oración, haciendo milagros por su intercesión, tanto durante su vida, como después de su muerte.

Concluyendo, digamos que el padre Pío de Pietrelcina es un santo de nuestros días, que nos habla de un Dios amoroso, que nos espera en la Eucaristía y también en la confesión, como el padre del hijo pródigo. Él nos hace atractiva la santidad, pues él, a pesar de todos sus sufrimientos personales ofrecidos con amor por la salvación del mundo, era un hombre auténtico, cariñoso y con mucho sentido del humor. Era un hombre sencillo, que se definía a sí mismo como *un pobre fraile que reza*.

Que Dios te bendiga por medio de María. Saludos de mi ángel.

Tu hermano y amigo del Perú.
P. Ángel Peña O.A.R.
Parroquia La Caridad
Pueblo Libre - Lima - Perú
Teléfono 00(511)4615894

&&&&&&&&&&&

Pueden leer todos los libros del autor en
www.libroscatolicos.org

BIBLIOGRAFÍA

- Agostino de san Marco in Lamis, *Diario*, segunda edición, san Giovanni Rotondo, 1975.
- Bevilacqua Franco, *Le opere e i miracoli di padre Pio*, Milano, 1984.
- Camilleri C., *Padre Pio da Pietrelcina nella vita, nel mistero, nel prodigio*, Città del Castello, 1952.
- Castelli Francesco, *Padre Pio sotto inchiesta*, Ed. Ares, Milano, 2008.
- Constantino Capobianco, *Detti e aneddoti di padre Pio*, san Giovanni Rotondo, 1992.
- Chiron Yves, *El padre Pío*, Ed. Palabra, Madrid, 1999.
- Da Casacalenda Paolino, *Le mie memorie in torno a Padre Pio*, san Giovanni Rotondo, 1978.
- Da Riese Pío X Fernando, *Padre Pío de Pietrelcina*, Ed. Centro de Propaganda, Madrid, 1989. Este libro fue editado en su versión italiana por la Postulación general de los padres Capuchinos.
- Da Ripabottoni Alessandro, *Padre Pio da Pietrelcina, Infanzia e adolescenza*, san Giovanni Rotondo, 1970.
- D'Apollito Alberto, *Padre Pio da Pietrelcina, ricordi, esperienze, testimonianze*, san Giovanni Rotondo, 1983.
- Fante Alberto del, *Per la storia Fatti nuovi*, Nova de Alba, 1969.
- Festa Giorgio, *Misteri di scienza e luci di fede*, Ed. Ferri, Roma, 1949.
- Gerardo Di Flumeri, *Le stimate di padre Pio da Pietrelcina, testimonianze, Relazioni*, san Giovanni Rotondo, 1985.
- Giovanni Siena, *Padre Pío: Esta es la hora de los ángeles*, Ed. L'Arcangelo, san Giovanni Rotondo, 1977.
- Leone Gherardo, *Padre Pio e la sua opera*, Ed. san Giovanni Rotondo, 1984.
- Malatesta Enrico, *Padre Pío*, Ed. Deltavideo, Milano, 1991.
- Montanari M., *Padre Pio, chi sei?*, Imola, 1988.
- Nozze Eusebio, *Padre Pio e la devozione all'angelo custode*, en la revista *Voce di padre Pio*, abril de 1970, pp. 7-10.
- Padre Pio da Pietrelcina, *Epistolario I*. Correspondencia con sus directores espirituales (1910-1922); tercera edición, a cargo de Gerardo Di Flumeri, san Giovanni Rotondo, 1987.
- Padre Pio da Pietrelcina, *Epistolario II*. Correspondencia con Raffaelina Cerase (1914-1923); segunda edición, a cargo de Gerardo Di Flumeri, san Giovanni Rotondo, 1987.

